



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araqustain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campomanor, Gamus, Ganalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Río, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Piñueta, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Jo-é Feliz, Jo-é Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poy, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Sanmartín y Aguirre (D. José F.), Teodoro Llorente, Trueba, Torres Mena (D. J.), Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—D. Julian Sanchez Ruano.—El proceso de la Commune de Paris.—Discurso de la reina Victoria al suspender las sesiones de las Cámaras.—El pasado y el presente, por D. A. A.—Un cadáver sobre el trono. Leyenda del siglo XIV, por D. Andrés Avelino de Orihuela.—Buda y su culto, por D. C. Moreno Lopez.—Los hombres de la revolucion, por D. Antonio Labriera.—La peregrinacion de Childe-Harold, por lord Byron, traduccion de D. G. G. S. rano.—La Sota de Bastos, por D. José Maria Prelozo.—Joyas y alhajas, ó sea: su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por D. J. F. y V.—A la ciudad de Cárdenas (poesía), por don Antonio Noguera.—La mirra blanca (poesía), por D. José Cacerdo Rojas.—A Rosario G. (soneto), por D. Luis Alfonso.—A Luz (poesía), por don Luis Alfonso.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE AGOSTO DE 1871.

REVISTA GENERAL.

I.

Mientras continúa la política durmiendo el sueño á que forzosamente la reduce el silencio en las Cámaras y el alejamiento de una gran parte de los hombres que determinan su marcha y sus peripecias, el Gabinete que preside el señor Ruiz Zorrilla, exceptuándose por sí mismo del general descanso, prosigue la obra que desde su advenimiento al poder tiene empezada, desarrollando sin vacilacion el programa que anunció, en aquellos puntos donde cabe la actividad ministerial, sin olvido ni infraccion del respeto que se debe á la Representacion del país, que en muchas medidas de las que están anunciadas y que afanosamente espera el país, ha de dar su *exequatur*, dado que son aquellas de carácter puramente legislativo.

Así que la diligencia de los hombres del Gobierno apenas ha podido aplicarse más que á la cuestion de economías, y así que solamente en esta cuestion hemos visto hasta el presente acuerdos positivos y de tangible utilidad.

Ya en otra *Revista* creemos habernos hecho cargo de las impaciencias que sirven para acusar al ministerio de inactivo ó inconsecuente; pero bien calificamos á los que de tal manera arguyen, que perteneciendo todos á los partidos refractarios al progreso humano, evidentemente se manifiesta que es fingida su ansiedad por ver planteadas las reformas que despues combatirían, y que no es su proceder más que expediente mezquino para sostener de algun modo la oposicion en que están empeñados.

Mas sucede ya que el número de los impacientes por recurso ó hipocresía, se ha aumentado con otros que, por tener

acreditado su espíritu liberal y propicio al ministerio, no pueden dar lugar á sospecha de que obedezcan á los móviles que á los anteriores mueven. Varios son los órganos de la prensa que, reconociendo el buen propósito del Gabinete y habiendo celebrado su formacion, hoy se dedican á producir atmósfera de descontento, quejándose de la lentitud con que se procede al cumplimiento del programa de 25 de Julio.

A estos órganos, y á los que de sus juicios participan, contesta otra parte de la prensa liberal ménos apasionada, y por lo tanto más razonadora, con argumentos de buena ley, que explican y aun legitiman la calma que el Gobierno observa, y que vé convertida en reproche ó acusacion.

Los puntos diversos de política radical que abarca el programa á que nos hemos referido, no son de mero carácter gubernativo, antes conforme al principio, hemos dicho de paso, son todos ellos puntos de legislación, para cuyo planteamiento es de toda necesidad el concurso y asentimiento de las Córtes. Puede el Gobierno llevar la iniciativa para conseguir el breve y favorable acuerdo de todos ellos; pero no estando las Cámaras en funciones, no es posible que ante ellas se haga iniciacion ó se presente proyecto alguno. Si á fuer de liberales discurren los impacientes á quienes nos dirigimos, es seguro que no habrían de ver en calma la infraccion de los preceptos constitucionales, que debería hoy cometer el Gobierno, queriendo llenar en un todo las partes de su repetido programa: tantas reformas como realizara, por liberales que fueren, no dejarían de encerrar el vicio de la ilegalidad. Todas ellas se refieren á términos pendientes de nuestra organizacion revolucionaria, cuyo cumplimiento ha confiado el país á sus representantes elegidos en los comicios.

¿Sería el Gobierno cumplidor de sus deberes, ó respondería á la mision que se atribuyen sus declaraciones y el partido de donde proceden sus hombres, si por ningun sentido atentara á los fueros de la representacion popular?

Veán, pues, los descontentos que tal vez se han dejado engañar y sorprender por lo que intencionadamente se han convertido en quejosos; veán los que sinceramente hacen caso á las oposiciones reaccionarias, como la satisfaccion de sus deseos á que aspiran, si con rapidez se les diera, sería un quebrantamiento del mismo derecho que todos queremos fortalecer y arraigar.

II.

La Asociacion Internacional, por conducto y representacion de su Consejo regional español, ha elevado al señor ministro de la Gobernacion una exposicion ó carta de importancia notoria, pidiendo

garantías legales para ejercer su propaganda y fundar su existencia en España, al paso que haciendo ó queriendo hacer la justificacion de sus doctrinas, de sus propósitos y de su conducta.

No tiene para nosotros, el documento á que nos referimos, su importancia en el sentido de una declaracion internacionalista, que ó precisara el moderno programa socialista, el cual solo conoce el mundo algunos absurdos principios, ninguna solucion práctica, ó nos diera á conocer algun adelanto conseguido por la *Internacional* en la *vía* especulativa; adelanto que habria de ser el desengaño ó la abjuracion de alguna de sus doctrinas. Donde está indudablemente la importancia de la carta-exposicion internacionalista, es en la solicitud que contiene de proteccion y garantías, con la que ha venido á provocar el debate ó juicio de un particular interesante dentro de la política del actual Gobierno.

Para que la *Internacional* no se encuentre en nuestra patria entredichos los elementos de su vida, para que aquí, al igual de otros países, no se viesen desterrados sus prosélitos, prohibiéndoseles el uso del agua y del fuego, debía preceder la determinacion clara y precisa del carácter que la *Internacional* reviste y de los derechos que en atencion á él se le puede otorgar.

Entre los preceptos constitucionales, cuyo cumplimiento debe ser la norma á que el Gobierno español atempere todos sus actos, no se encuentra, á la verdad, uno solo que restrinja en lo más mínimo el legitimo é indisputable derecho de toda asociacion que no agravie los principios de la moral; antes sanciona y proclama nuestro Código este derecho que es directa emanacion de la naturaleza del hombre y de la sociedad.

¿Se encuentra la *Internacional* en el caso de ser considerada dentro del precepto constitucional que acabamos de mencionar? No vacilamos en participar del concepto que unánimemente ha expresado la prensa liberal al ocuparse del documento á que nos referimos.

Creemos que en buena teoría y en buena práctica liberal, ni el individuo, ni la asociacion pueden ser juzgados para los efectos legales, mas que por los actos con que exteriorizan sus tendencias y su carácter, y así como sería un atentado la persecucion de un hombre por el mero hecho de ser temibles ó condenables sus intenciones no realizadas, lo sería al prohibir la existencia de una sociedad, por la misma razon.

Diferentes veces hemos condenado las ideas de la *Internacional*, y aunque siempre nos han parecido más absurdas que peligrosas, abrigamos la conviccion de que hay que oponer á su propaganda las influencias más poderosas de que la sociedad amenazada disponga. No pensa-

mos, empero, que esta lucha pacífica de ideas contra ideas, no debe convertirse en rigurosa persecucion mas que en aquellos momentos, si llegaran, en que la tarea internacionalista, convertida en agresion al derecho social establecido, fuese causa de disturbios, de violencias y de fundados temores.

Mientras esto no suceda, mientras la *Internacional* no se haga por sí propia incompatible con la paz de nuestras clases y con el tranquilo desarrollo de nuestros elementos, no necesita, á nuestro entender, las garantías que solicita, pues que le comprende la general que en nuestro Código fundamental se halla establecida.

III.

Empieza á columbrarse el término de un problema establecido desde que la política española empezó á normalizarse despues de llegada la revolucion al caso de su dichoso coronamiento. La formacion de un partido conservador que, admitiendo los principios sancionados, representara la base estable de los progresos conseguidos, empezó á agitarse poco despues de terminada la obra constituyente; no fué posible en aquella ocasion llegar al necesario y útil arreglo para proceder á los trabajos de organizacion; y hoy que los ánimos se han serenado y calmado, hoy que muchas esperanzas perdieron su apoyo y muchas ilusiones su motivo, se renueva el proyecto y se aspira á la formacion del partido mencionado.

Los artículos publicados en *La Política* por el Sr. Valera, y las contestaciones dadas por *La Opinion Nacional*, han puesto nuevamente en planta el problema, y en verdad que esta vez no deja de llevar buena marcha el asunto que se debate.

Los artículos de *La Política* han señalado con acierto el punto de partida de los que de hoy más quieran llamarse conservadores: es una verdad incontrovertible que un partido necesita, para ser activo y de influencia eficaz, admitir por completo el credo revolucionario. Pero aun hay más; los sucesos han señalado quiénes son los que han de formar este partido, señalando á los unionistas como los que despues de tomar parte muy activa en la obra revolucionaria, han de tomar á su cargo la mision de conservarla, ya que no quieran unirse por su particular criterio á los que se proponen seguir adelante.

IV.

Las noticias de París son de escasa importancia, si atendemos á que aun no se ha resuelto la cuestion Ribet, que preocupa los ánimos de todos; pero un incidente muy esencial ha llamado la atencion pública, y en algunos periódicos se permiten hacer comentarios que no po-

nen en muy buen lugar al Poder ejecutivo.

Preguntados por el Gobierno los prefectos sobre la opinion que merecia del público la solución que quiere dar á la proposición Ribet, algunos de aquellos se han negado á contestar, y otros han dicho resueltamente que el país no se halla muy conforme con que M. Thiers, bajo cualquier forma, ejerza los poderes por un plazo ilimitado, porque esto equivaldrá á entregar la Francia en manos de los Orleans, que son los que más probabilidades tienen de triunfo, conocidas las afecciones de M. Thiers hácia la familia de Luis Felipe; de modo que en París todo se vuelve temores, hasta cierto punto fundados, desconfianza por parte de las clases conservadoras y oposición en el pueblo, que quiere una libertad amplia y á merced de sus necesidades políticas.

*L'Avenir Liberal* publica un artículo demostrando que la Francia, desde la batalla de Sedan, no ha tenido un momento de tranquilidad, paz y sosiego, y que dentro de lo que se propone la Asamblea de Versalles no se ve un término feliz ni á las continuas disidencias de los partidos ni á las impacencias revolucionarias de los demagogos, que, ávidos y deseosos de destrucción, quieren volver á sumir á la Francia en los horrores de una nueva insurrección socialista; todo porque M. Thiers ha apresurado los acontecimientos, ó mejor dicho, ha saltado sobre ellos para mejor asegurar su poder y el de los Orleans.

Así es que la prensa francesa, aun inculcando el *Journal des Debats*, no se halla muy conforme con la conducta seguida por la Cámara en general, y por Thiers y sus ministros en particular.

Como resultado de todo este desbarajuste político se anuncia la dimisión del ministro de Marina, el almirante Pothuan, y hasta se cree que será su sucesor el vicealmirante Reynaud.

M. Thiers llegó á París días pasados y tuvo una larga entrevista con el gobernador militar del distrito, de lo cual deducen algunos periódicos que ha tomado serias medidas para que no se turbe el orden en caso de que él dé parlamentariamente el golpe de Estado que se propone.

Se dice que M. Jules Simon quiere restablecer la censura teatral. Esto—dice el periódico francés que da la noticia—sería el último acto de su reaccionarismo; porque, en efecto, no se concibe una república como la francesa, con previa censura periódica, teatral y servicio militar forzoso; de modo que sacamos en consecuencia que el triunfo de Thiers en París solo ha conseguido hasta ahora un número muy exiguo de libertades y derechos, si prescindimos del sufragio universal, del cual hizo ya aplicación Napoleón III para asegurar su imperio.

También se da como cierta la dimisión de Henri-Didier, procurador de la república en París, reemplazándole M. Ambenin, autor de la célebre acta de acusación del tercer Consejo de Versalles.

Es casi seguro,—dice un periódico francés,—que tal como se hallan las cosas, si por miedo á una solución enérgica se proclama el *statu quo*, resultará una crisis Aouet-Ribet, y la Cámara será disuelta á fines de Setiembre, procediéndose á la elección de otra más conservadora; pero es muy posible que M. Thiers trabaje activamente para que esto no suceda, porque teme unas elecciones nuevas, que pudieran producir un resultado esencialmente republicano bajo la forma Gambetta presidente de la república, lo cual sería la muerte de toda esperanza reaccionaria.

Así es como las cosas se presentan en Francia, en medio de una efervescencia política extraordinaria, producida por los diferentes comentarios y deducciones que se hacen sobre el nuevo orden de cosas que se ha de establecer á voluntad de una Cámara que se dice republicana y permite la anulación de todas las conquistas revolucionarias.

#### D. JULIAN SANCHEZ RUANO.

Después de una penosa y larga enfermedad falleció el domingo 20, á las seis de la tarde, nuestro distinguido amigo el ilustre joven D. Julian Sanchez Ruano. Los esfuerzos de la ciencia

no han bastado para mantener una vida que hubiera dado indudablemente muchos y grandes días de gloria á la causa de la libertad y á las letras españolas. Como era natural, la opinion pública se ha interesado vivamente en esta lucha tenaz en que estaba de por medio la vida de nuestro amigo.

Todos los partidos políticos, todos los hombres que aman el progreso de la cultura de nuestra patria, han demostrado su cariñoso interés por el ilustre finado, y más de una vez ante las constantes y halagüeñas noticias que en estos últimos días ha dado la prensa acerca del curso de la enfermedad del Sr. Ruano, hemos acariciado la lisonjera esperanza de que se conservaría una vida por tantos títulos querida y preciosa. Todo ha sido inútil: la enfermedad ha sido más poderosa que los esfuerzos gigantes de los ilustres médicos D. Federico Rubio y D. Benito Amado Salazar, que constante y diariamente le han asistido, y ayer ha muerto, dejando en sus amigos y admiradores un recuerdo que no se borrará nunca, y en la política y en la literatura un puesto de honor y de gloria, que no sin dificultad puede hoy otro dignamente ocupar.

Don Julian Sanchez Ruano era natural de la villa de Moriñico, cerca de Salamanca, patria del célebre humanista Sanchez Barbero, que figura entre los ascendientes del diputado salmantino.

Nació en 27 de Enero de 1842.

Sanchez Ruano tuvo la habilidad de conocer desde muy joven lo que podían sus propias fuerzas, y emprendió á un tiempo las carreras de derecho y filosofía y letras, á las que dió cima de un modo brillante.

Este hecho significa una buena inteligencia, una grande laboriosidad y una voluntad á prueba, doblemente apreciable cuando es casi un niño quien posee tan excelentes condiciones.

A los pocos meses de residir en Madrid, donde terminó sus estudios, fué elegido secretario del célebre Círculo filosófico. Fué uno de los redactores del periódico *La Democracia*, en compañía del Sr. Castelar.

Poco después se separó de *La Democracia*, y desde entonces ha tenido una participación directa ordinariamente, y casi exclusiva á temporadas, en la dirección del periódico *El Pueblo*, cuya publicación estaba completamente á su cargo cuando los sucesos de Enero y Junio de 1868.

Para probar de un modo concluyente lo que valia el Sr. Sanchez Ruano, baste decir que en el tiempo en que como notable estudiante visitaba las aulas, escribió varias obras dignas de la pluma de un docto y consumado escritor.

Hé aquí sus títulos:

*Del socialismo en España segun la ciencia política.*

*Desagravio filosófico, ó sea crítica imparcial de un libro de texto.*

*Doña Oliva Sabuco de Nantes, escritora ilustre del siglo XVI.*

*Su vida, sus obras, su valor filosófico y su mérito literario.*

*Estudios críticos*

*Fuero de Salamanca (hasta ahora inédita) con ilustraciones y notas y precedido de un discurso preliminar.*

El 29 de Setiembre de 1868, simultáneamente con Madrid, se hizo el movimiento en Salamanca, donde el pueblo entusiasmado condujo á Sanchez Ruano desde el sitio donde se encontraba al en que se formó la junta revolucionaria, formando parte de ella como secretario primero.

A los anteriores datos que entresacamos de una biografía del Sr. Ruano, hace poco tiempo escrita, debemos añadir que él fué el iniciador y redactor de aquella famosa *Declaración de la prensa* que tan profunda y general sensación causó en las huestes del partido republicano federal. El Sr. Sanchez Ruano, dotado de maravilloso sentido práctico, había comprendido desde el principio de nuestra revolución la necesidad de dar una tendencia, práctica también, y sobre todo tranquila, al partido republicano, á fin de concertarla con las exigencias de los elementos conservadores amantes, de suyo, del orden y del respeto á la ley.

Con este fin, el Sr. Ruano reunió en uno de los salones del Congreso á los escritores más distinguidos del partido republicano, manifestó allí que la division entre federales y unitarios, más que de ideas era de pasiones y palabras, discutióse ampliamente un programa, que fué á la postre por todos aceptado, y con arreglo á él redactó el Sr. Ruano aquella ruidosa *Declaración*, en que aun hoy no se sabe qué admirar más, si la limpieza de la frase, si la claridad del pensamiento, ó si la grandeza del acto político.

No alcanzó el éxito que merecía esta empresa tan laboriosamente urdida y con tan feliz resultado llevada á cabo. El directorio republicano lanzó su excomunión sobre el escrito de la prensa; la masa general del partido, más dócil á las inspiraciones de la autoridad que á los consejos de la sana razón, siguió al directorio; los periódicos abandonaron también la causa á que se habían ligado, y el Sr. Sanchez Ruano quedó solo con unos pocos amigos, á quienes después ha conservado profundo afecto, y con el consuelo de haber iniciado una tendencia que la última circular del directorio republicano ha venido á reconocer como única, buena y fecunda.

Antes de esto, el Sr. Ruano, siendo secretario de las Cortes Constituyentes, contrajo matrimonio en Salamanca con una señorita de una de las familias más distinguidas y bien acomodadas de aquella ciudad. Este enlace, ventajoso bajo todos conceptos, vino á dar á su espíritu la tranquilidad y firmeza que necesitaba para lle-

var á cabo las más atrevidas empresas. Seguro ya del porvenir, más seguro todavía de sí mismo, reconociéndose omnipotente, y acaso sin igual, para el ataque; considerado por sus adversarios, temido y respetado por todos, teniendo en su juventud la esperanza de una larga vida, y en su talento la seguridad de alcanzar una influencia positiva y provechosa en los destinos de su país, el Sr. Sanchez Ruano podía creer que había vencido todas las dificultades que siempre se oponen á la grandeza de un joven que, en sociedades como la nuestra, no cuenta con la posición que da el nacimiento ó la fortuna.

Triste y doloroso destino de su vida! Cuando todo lo había conseguido, posición social, reputación, fortuna; cuando á sus pocos años había llegado á lo más alto y glorioso de nuestra tribuna, la enfermedad ha venido á sorprenderle y la muerte lo ha arrebatado de los brazos de su familia y de sus muchos admiradores. En aquella naturaleza tan cáustica había siempre un fondo de amargura que ahora se revela á nosotros que lo conocíamos, como un triste presentimiento. Cuando él nació murió su madre; y esta circunstancia, que él no recordaba jamás sino con lágrimas en los ojos, es ahora el símbolo de su vida, apagada en el momento en que podía recoger el fruto dichoso y bendito de su talento, de su reputación y sus afanes.

No tenemos tiempo para más, y el sosiego nos falta también para ocuparnos del que fué nuestro cariñoso amigo, y á quien no volveremos á oír ni abrazar jamás.

Escrivor galano y castizo; conocedor como pocos de la fadole y riqueza del habla castellana, docto como su antepasado Sanchez Barbero en humanidades, y señaladamente en la lengua latina, había conquistado un puesto eminente entre nuestros literatos; ingenioso, intencionado, lleno de alticismo en sus gracias y de ironía en sus ataques, era un adalid á quien era difícil vencer é imposible de todo punto acallar; orador flexible, ameno, vario, lleno de intención política, y con un conocimiento catal de las personas y de las cosas, era ya una esperanza riquísima de nuestra tribuna, y habría llegado infaliblemente á ser una de sus más grandes glorias con solo examinar las dotes exuberantes de su ingenio y de su travesura política.

Tal era el ilustre joven que hemos perdido. Su familia llevará por él perpétuo luto; pero bien puede asegurar que con ella llorarán la pérdida de Sanchez Ruano todos los que aman la causa de la libertad y del progreso intelectual de nuestra patria.

#### PROCESO DE LA COMMUNE DE PARÍS.

Primera sesión del tercer consejo de guerra, residente en Versalles, celebrada el 7 de Agosto de 1871.

PRESIDENCIA DEL CORONEL MERLIN.

Acta de acusación general, leída al principio de la sesión, por M. Gaveau, comisario del Gobierno.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES JUECES:

Los acusados llamados á comparecer hoy delante de vosotros, han tomado una parte muy preponderante en el movimiento insurreccional que estalló en París el 18 de Marzo último, y que prolongándose hasta el 28 de Mayo, amenazó entregar la Francia entera á los horrores de la guerra civil. Antes de determinar la responsabilidad que incumbe á cada uno de ellos en el crimen de que ha sido teatro la capital durante esos nefastos días, interesa que nos remontemos hasta al del movimiento, investigando sus causas y sucesivas transformaciones.

Cuando en el mes de Setiembre de 1870, el ejército prusiano sitió París, encerró en la ciudad, junto con una población dispuesta á la defensa del orden y del país, fuerzas disciplinadas en considerable número y desde largo tiempo.

Esas fuerzas fueron reclutadas á la vez en las filas del partido revolucionario y entre los miembros de la Asociación Internacional de los trabajadores.

Obedeciendo sobre todo á preocupaciones políticas y resuelto á usurpar el poder por todos los medios y á conservarlo valiéndose de todas las violencias, el partido revolucionario fijaba de un modo muy patente y desde largo tiempo sus aspiraciones demagógicas. Su origen, lo propio que su objeto, le unia á los pocos recuerdos de nuestra historia, gloriándose de ello abiertamente. Primero se le había visto, en una serie de publicaciones que afectaban de intento una forma científica, rehabilitar á los hombres de 1793, exaltar sus actos más odiosos, y proponerse á sí mismo sus procedimientos de Gobierno, como el programa político del porvenir.

Más tarde, tanto en la prensa como en las reuniones públicas, así en las Asambleas electorales como en las agitaciones de las calles, en todas partes, en fin, se le había hallado, fiel siempre á su

obra, excitando en el seno de las masas populares las pasiones más detestables, predicando las doctrinas más subversivas y atacando con sin igual audacia las bases del orden moral, lo propio que los eternos fundamentos del orden social. Los sucesos del 4 de Setiembre no lograron satisfacer á ese partido. Descartado del poder, era al día siguiente, como lo había sido la víspera, el enemigo declarado del Gobierno.

La Asociación Internacional de los trabajadores, constituida en Londres hácia fines de 1864, había tenido en París, desde principios de 1865, un centro de los más activos. Para quien se contentara con las apariencias, no tenia ella más objeto que el mejoramiento de la suerte de las clases jornaleras, y el resultado económico que se proponía se hacia digno de todas las simpatías.

Pero en realidad, por su poderosa organización y por sus aspiraciones mal encubiertas, constituía uno de los peligros más graves para el orden social entero. Extendida muy rápidamente por toda Europa, teniendo en Francia principalmente centros de acción más numerosos cada día, tuvo también muy pronto sus órganos de publicidad, sus congresos, sus manifiestos.

Al propio tiempo se atraía por vía de afiliación las asociaciones obreras de socorro ó de prevision, é intervenía activamente en las huelgas, llegando con mucha frecuencia á provocarlas. Y en último término puso abiertamente el pié sobre el dominio político; las persecuciones judiciales dirigidas en 1868 y 1870 contra los principales jefes de París, no dejaron ya lugar á duda alguna sobre sus verdaderas tendencias.

«Queremos, decía uno de sus periódicos más acreditados, la libertad de todos y la igualdad de todos, es decir, la revolución social. Y por revolución social no creemos entender una miserable sorpresa tentada á favor de las tinieblas; la revolución significa la destrucción completa de las instituciones burguesas, y su reemplazo por otras nuevas

«Lo que queremos es una nueva noche del 4 de Agosto de 1789.

«Los radicales, los partidos políticos todos, y aun aquellos más avanzados quieren simplemente reparar el edificio social, conservándole, empero, sus actuales bases. Nosotros, á ejemplo de la Constituyente de 1789 aboliendo el régimen feudal, queremos hacer tabla rasa con todo, y reconstruirlo todo á nuestro modo. Hé aquí en que sentido somos revolucionarios.»

(*Progrès de Loche*, 29 Enero 1870.)

Hacer tabla rasa con todo y reconstruirlo todo á su modo, es, en concepto de los adeptos de la Internacional, constituir un estado social que no reconozca Gobierno, ni ejército, ni religión; que decreta la legislación del pueblo por el pueblo, la declaración del suelo, propiedad colectiva, la abolición del derecho hereditario individual para los capitales y los instrumentos del trabajo, la abolición del matrimonio en concepto de institución política, religiosa, jurídica y civil; que suprima, en fin, los ejércitos permanentes, y que demoliendo todas las fronteras y borrando hasta la idea de patria, reuna á los trabajadores del mundo entero, ligándoles con los lazos de una estrecha solidaridad.

«Por lo presente, decía en 27 de Marzo *Le International*, órgano oficial de las secciones belgas, la misión de la Asociación consiste solamente en organizar á los obreros por corporaciones y por localidades, después en federarlas por regiones y por naciones, y últimamente en reunir en un solo conjunto todos estos grupos corporativos y locales.

«Bajo el punto de vista más estricto é inmediato, llegaremos de este modo á sostenernos mutuamente en caso de huelga, por medio de sociedades de resistencia y de prevision, cámaras sindicales y sociedades de crédito mútuo.

«Bajo un punto de vista general son idénticos los medios de acción con que la Asociación cuenta; unidos tiene ya bajo su égida algunos millones de obreros, tanto en Europa como en América, y fácil es de comprender que cuando estamos organizados, cuando podamos tendernos la mano de uno á otro extremo del mundo, no tendremos más que levantarnos para conquistar nuestros derechos y hacer que venga al suelo el carcomido edificio de la tiranía.

«...No somos socialistas de sistema; somos revolucionarios pura y simplemente... Los derechos del obrero, hé aquí nuestro principio; la organización del trabajador, hé aquí nuestro medio de acción; la revolución social, hé aquí nuestro objeto.»

A pesar de sus desidencias radicales, muy pronto se aliaron el partido revolucionario y la asociación internacional. Unidos se les encuentra ya en el primer congreso de la Asociación, celebrado en Ginebra en Setiembre de 1866.

Desde la primera época y en los años sucesivos, *Le Courrier Français*, *Le Reveil* y *La Marseillaise*, abren sus columnas a las publicaciones de la sociedad, que no tiene órgano oficial en París. Más tarde vuelve a encontrarseles nuevamente sembrando de concierto la agitación en las reuniones públicas, y fomentando de común acuerdo los disturbios en la calle.

Y no es esto todo. A 26 de Octubre de 1868 en un *meeting* organizado en Londres por sus cuidados, la rama francesa de la Internacional declara en voz alta «que: es una sociedad republicana democrática, social y universal, participando de los principios, del objeto y de los medios propuestos por la *Commune* revolucionaria de París en sus manifestaciones.»

(*La voix de L' Avenir*, 8 Noviembre de 1868.)

Los sucesos del 4 de Setiembre no dieron más satisfacción a las aspiraciones de la sociedad que a las del partido revolucionario. Entrambos aliados permanecieron unidos aguardando una ocasión propicia, preparándose para el gran día y concertando abiertamente sus acciones.

La presencia del enemigo ante las murallas de París, lejos de abatir sus esfuerzos, llegó a ser un nuevo incentivo para sus anárquicas tentativas. No contentos con pedir diariamente *Commune*, en los clubs y en los periódicos, no contentos con dar la voz de traición al menor desastre que sufrían nuestras tropas, por dos veces consecutivas, el 31 de Octubre y el 22 de Enero, no repararon en lanzar sus masas armadas sobre el *Hotel-de-Ville*.

Por fortuna la concentración de una considerable fuerza militar, la actitud de la Guardia nacional, la reprobación unánime contra unos actos que tan gravemente comprometida dejaban la defensa, impidieron que llegasen a obtener el resultado que esperaban.

A pesar de todo no dejaron de aprovechar todas las circunstancias para completar su organización. El armamento general de la guardia nacional, su distribución por cuarteles, sus reuniones para los diversos servicios, los naturales lazos que los comunes sufrimientos establecen entre ciudadanos de un mismo batallón, el descontento que en ciertas circunstancias suscitaba la lentitud necesaria a la defensa, las mismas calumnias que levantaba esa misma lentitud, todo les sirvió para atender a su acción, asegurándose cómplices y gentes que les tolerasen.

Bien pronto se hubieran podido designar de antemano, sin temor de equivocarse, los batallones que, llegado el día, marcharían con ellos, haciéndose reconocer por sus jefes revolucionarios, ardientes ó acérrimos internacionalistas y por sus soldados, que mejor marchaban todos por la Asociación Internacional, que por la patria. En otros y determinados batallones la influencia anarquista se dejaba sentir por las ideas de federación tan injustas como ilusorias. El pueblo, decía, debe velar sus intereses por sí mismo; depositario de sus derechos, debe defenderlos a todo precio, y nadie puede disponer de ellos sin su consentimiento.

Tal era la situación profundamente turbada de los espíritus, cuando en 28 de Enero corrió por París la noticia del armisticio, sumiendo a la ciudad en un estupor general. A la decepción de unos, se unían las irritaciones de otros, las desconfianzas de un gran número, y sobre todo, para las masas obreras, el temor de ver cómo próximamente cesaba una existencia ociosa con la subvención de que se alimentaban.

Al propio tiempo, los obstáculos que la facción anarquista había encontrado a su paso durante el sitio, caían uno a uno. La estipulación del armisticio había pa-

ralizado casi completamente las fuerzas regulares que quedaban en la población, en tanto que la guardia nacional no había sufrido desarme alguno.

La autoridad militar no tenía a sus órdenes más que un número de tropas insignificante y la autoridad civil solo existía de nombre. Un gran número de ciudadanos se había apresurado a abandonar París, menos cuidadosos de sus deberes públicos, que de sus conveniencias personales.

Un gobierno salido de las entrañas del país, el más legítimo que podía pretenderse, estableciase en Burdeos y abría las negociaciones que debían dar por resultado los preliminares de paz. Desde algunos siglos era la primera vez que la capital veía constituirse el poder fuera de sus muros. Finalmente, la cuestión de intereses comerciales, siempre grave en París, levantábase preñada de obstáculos bajo la amenaza de los vencimientos, y complicábase para el pequeño comercio, principalmente con la cuestión de los alquileres.

No cabe duda ninguna que desde el primer momento la fracción anarquista se apoderó de tan grave situación para explotarla en su provecho. El 15 de Febrero, después de diversas reuniones preliminares, una asamblea de delegados de la Guardia nacional ábrese en Rivoli, Vaux-Hall, y nombra una comisión encargada de elaborar los estatutos provisionales de un comité central. La comisión llena su mandato. Un solo párrafo del proyecto que decreta, basta para conocer la mano que lo escribe:

«Los derechos de todo ciudadano, dice, son de ser electores y de tener el arma necesaria para el cumplimiento de sus deberes. La Guardia nacional debe reemplazar en adelante a los ejércitos permanentes que nunca fueron más que instrumentos de despotismo y que llevan fatalmente consigo mismos la ruina del país.»

En una verdadera asamblea de delegados, celebrada en 24 de Febrero, son votados los estatutos, y queda constituido el Comité Central.

Antes de separarse, la Asamblea adopta las siguientes resoluciones que no necesitan comentarios:

«1.º La Guardia nacional protesta por boca de su Comité Central contra toda tentativa de desarme, y declara que en caso necesario se resistirá a ella con las armas en la mano.»

«2.º Los delegados someterán a sus respectivos círculos de compañía la siguiente resolución: A la primera señal de entrada de los prusianos en París, todos los guardias nacionales se obligan a presentarse inmediatamente con las armas, en su sitio ordinario de reunión, para marchar en seguida contra el enemigo invasor.»

«3.º En la actual situación, la guardia nacional no reconoce otros jefes que los que se da a sí misma.»

Esas decisiones no hallaban ninguna razón plausible en los hechos que acababan de producirse.

Su oculto objeto no tardó en aparecer con toda su espantosa realidad. El 27 de Febrero, so pretexto de quitar a los prusianos un número considerable de cañones, dejados en la zona que el enemigo debía ocupar durante su permanencia en París, los guardias nacionales se apoderaron de ellos y los condujeron a las alturas de Montmartre, en donde dispusieronlos en batería. Después, el 28, el Comité Central invita a la guardia nacional a no oponerse a la entrada de los prusianos. En la misma fecha, declaróse en sesión permanente durante las dos noches que preceden a la entrada de los extranjeros.

Finalmente, en 4 de Marzo, en una proclama repartida con profusión, anuncia que tiene «por misión constituir la federación republicana de la Guardia nacional.»

Tres días más tarde podía leerse en *Le Cri du peuple*:

«Hemos sabido con verdadera satisfacción patriótica, que todos los Comités de la Guardia nacional republicana funcionan de común acuerdo y deben asociar sus esfuerzos a los de la federación socialista que reside en la calle de la *Cordonnerie*.»

La federación socialista que residía en la calle de la *Cordonnerie*, no era otra que la asociación internacional. Queda formado el boceto: la insurrección tiene armas y artillería; atrincherada en las

alturas de Montmartre, desde allí amenaza a la ciudad. Entre tanto conservaba sus cañones, prestando ser de su propiedad y no tener nada que ver con ellos el Estado.

En 8 de Marzo, el Comité Central se reúne en *Vaux-Hall* y adopta definitivamente los estatutos que hasta entonces habían tenido carácter provisional.

El 11, una asamblea de jefes de batallón celebrada en la sala de la *Redoute*, adopta la resolución siguiente:

«Estando el principio republicano sobre toda discusión, y siendo la república el gobierno del pueblo por el pueblo, cada ciudadano tiene, no solo el derecho, sino el deber, de defender las instituciones republicanas.»

«En su consecuencia, los abajo firmados, jefes de batallón, declaran estar firmemente decididos a defender la república por todos los medios posibles, hacia y contra todos aquellos que se atrevan a atacarla, y que protestarán y se opondrán por iguales medios contra toda tentativa de desarme total ó parcial de la Guardia nacional.»

A medida que pasa el tiempo y el fin se acerca, los manejos insurreccionales son cada vez más atrevidos, acusándose también, cada vez más abiertamente, las ideas que les sirven de pretexto.

En 15 de Marzo, la federación republicana de la guardia nacional celebra su cuarta asamblea general. El Comité Central dá en ella cuenta de sus actos, y los acusados Jourde, Férat, Arnolt Lisbonne, Assi y Billioray, son llevados a su seno por ilusiones que creen ser sinceras. Todos los poderes se concentran en sus manos. Su autoridad llega hasta el extremo de contrabalancear las órdenes dadas por el Estado Mayor de la plaza. Es a él, a él tan solo, a quien en realidad obedece la mayor parte de la guardia nacional.

Todo hace presagiar la inminencia de una crisis. Véase afluir aventureros de todas las naciones, con extraños trajes y sospechoso aspecto, reclutas de todas las revoluciones, siniestros mensajeros de todos los trastornos. Envíanse emisarios a las principales poblaciones de la provincia, con el objeto de fomentar disturbios, para que estallen en el momento mismo en que París entable la lucha.

De este modo se llega al 18 de Marzo. No obstante el Gobierno legal del país no ha permanecido por esto inactivo delante de los peligros que amenazan al orden social. La Asamblea nacional, después de haber ratificado los preliminares de paz, traslada su residencia a Versalles, el poder ejecutivo la sigue. Cada día en París lucha enérgicamente contra las dificultades de la situación, esforzándose en desenmascarar todas las maniobras, disipar todas las dudas y equívocos y levantar los sentimientos todos.

Pero en vano hace un llamamiento a las ideas de conciliación y de paz, invocando las desventuras de la patria; en 17 de Marzo, a menos de abdicar completamente, véase obligado por fin a resolverse por las medidas decisivas.

El 18, desde la mañana, todas las posiciones donde la facción anarquista había atrincherado sus cañones, eran tomadas por las tropas con notable vigor y entusiasmo.

Pero, una vez obtenido este primer triunfo, había que atravesar París con 250 tiros de caballos, arrastrando caña una una pieza de artillería. Esto dió lugar a cierta confusión y lentitud, permitiendo que los batallones de Montmartre y Belleville tuvieran tiempo de acudir en armas.

Una inmensa muchedumbre, en la que dominaban por su número las mujeres y los niños, rodeaba a los soldados, llevaba la confusión a sus filas, desarmaba a los unos, arrastraba a los otros a una vergonzosa defección, y volvía a apoderarse de los cañones, poniéndolos bajo la custodia de la Guardia nacional.

Sin embargo, la mayor parte de las tropas se replegaba en buen orden hacia la orilla izquierda del Sena, donde el gobierno funcionaba aun en el ministerio de los Negocios extranjeros.

En medio de este tumulto, el general Lecompte, separado de sus soldados, fué hecho prisionero. Poco después, el general Clemente Thomas que, vestido de paisano, había ido en busca de sus ayudantes, era arrestado igualmente. Entrambos fueron conducidos a una casa de la calle des Rosiers, en la que el Co-

mité Central estaba instalado, y fusilados en un jardín adyacente. Hubo un intervalo de seis horas entre el momento de su prisión y el de su suplicio. ¿Cuál fué la parte del Comité central en este espantoso crimen? El Comité procuró sincerarse en una nota publicada en el *Journal officiel* de la *Commune* del 20 de Mayo. El texto de esta misma nota vale tanto como una verdadera confesión; hélo aquí:

«Todos los periódicos reaccionarios han publicado un relato más ó menos dramático de lo que se ha dado en llamar el asesinato de los generales Lecompte y Clemente Thomas. Sin duda alguna estos sucesos son muy lamentables; pero conviene, para ser imparciales, hacer constar dos hechos:

«1.º Que el general Lecompte había mandado por cuatro veces distintas en la plaza Pigalle cargar sobre una muchedumbre inofensiva de mujeres y niños.

«2.º Que el general Thomas fué arrestado en ocasión que, vestido de paisano, levantaba un plano de las barracas de Montmartre.

«Estos dos hombres, pues, han sufrido la ley de la guerra, que no admite ni el asesinato de mujeres ni el espionaje.

«Asegúrese que la ejecución del general Lecompte fué llevada a cabo por soldados de línea, y la de Thomas por guardias nacionales.

«Es falso que estos fusilamientos se hayan ejecutado a nuestra vista y de órden del Comité Central. El Comité Central estaba en permanencia anteayer en la calle de Onfroy cerca de la Bastilla, y supo a un mismo tiempo el arresto y la muerte de las dos víctimas de la justicia popular. Debemos añadir que se ha mandado abrir inmediatamente una información sobre estos sucesos.»

Semejante crimen, seguido de semejante apología, era inaugurar dignamente el reinado de un poder que debía morir entre la sangre de los rehenes y las llamas de París incendiada. Desde el 18 por la tarde, la insurrección ocupaba la plaza Vendôme, el Chateau-d'Eau, los ministerios y las Casas Consistoriales.

Ansioso, sobre todo, de evitar un desastre irremediable, el Gobierno se replegó sobre Versalles, protegido por las tropas, y llamó a su lado a los funcionarios de todo orden y categoría. Durante seis horas esperó que la Guardia nacional se agrupara en torno suyo contestando a su llamamiento; pero los ciudadanos permanecieron en su mayor parte espectadores atónitos é inactivos de acontecimientos que, sin embargo, amenazaban de una manera tan grave sus más caros intereses. Pero muy pronto, aunque desgraciadamente demasiado tarde ya, tuvieron que arrepentirse de su lamentable abstención, hija en unos de una ceguera ó indiferencia inconcebibles, en otros de sentimientos menos dignos tal vez!

Desde el 20 de Marzo, y en vista de los primeros actos del Comité Central, que ya abría cárceles y encerraba rehenes, quedó organizado un centro de resistencia. La prensa valientemente le prestó su apoyo. Los alcaldes y delegados trabajaron por la conciliación. Un nuevo crimen vino el 22 a romper toda clase de negociaciones. En la plaza de Vendôme, una pacífica manifestación, sin armas que se presentó en el estado mayor de la Guardia nacional para reivindicar los derechos de la asamblea elegida por el país, fué recibida con una mortífera descarga.

Numerosas víctimas cayeron heridas por las balas de la insurrección, y el Comité Central a fin de explicar este nuevo atentado, como lo había hecho con el primero, se atrevió a atribuirlo a una provocación venida de las filas de los manifestantes.

Ante actos de esta naturaleza, toda resistencia fué considerada inútil. El almirante Saisset, colocado por el Gobierno al frente de la Guardia nacional, a fin de proporcionar a los hombres de órden un punto de concentración y un jefe adicto, entregó su mando y los acontecimientos siguieron su curso.

El Comité Central, según su pomposa declaración, no era más que el depositario de los derechos del pueblo. Este, pues, fué llamado a nombrar directamente sus mandatarios. Las elecciones del consejo municipal, tuvieron lugar el 26 de Mar-

zo, y el 28 la Commune revolucionaria de París era instalada solemnemente en las Casas Consistoriales.

En apariencia, el Comité Central, compuesto de individuos de la Asociación Internacional, abdicaba ante el resultado de las elecciones; pero en realidad, continuó siendo el verdadero director del movimiento.

Sería ocioso ocuparse en detall de los actos del poder insurreccional que, durante dos meses, dominó París por el terror. Al que quiera abrazarlos en una ojeada general, no ofrecen más que incoherencia y contradicción. Ningun sistema presidió su concepción. El interés ó la pasión del momento parece tan solo haberlos determinado. Con todo, hay un carácter común que les domina, el más insolente desprecio de todos los derechos que la Commune se había impuesto la misión de proteger, y al mismo tiempo la servil imitación de las fórmulas gubernamentales de 1793.

El plagio del Comité de salvación pública, después del plagio de la Commune, la ley de los sospechosos, la constitución de un Tribunal revolucionario, la acusación de los jefes militares poco afortunados, todo, en una palabra, hasta las matanzas de Setiembre, representadas por el asesinato de los rehenes.

Entre tanto, el Gobierno legal de Francia se había constituido en Versalles, y concentraba, á costa de inauditos esfuerzos, los medios necesarios para el restablecimiento del orden en París.

En varios puntos del territorio hubo movimientos insurreccionales, como en Lyon, Marsella, Limoges, Saint-Etienne; pero fueron energicamente reprimidos; París quedaba, pues, aislado en su rebelión.

El 2 de Abril empezaron las operaciones militares y continuaron las mismas sin interrupción hasta el 28 de Mayo, no siendo para la Commune sino una serie de derrotas, y dándole pretexto para numerosos crímenes. Ya el primer día, en el momento de empeñarse la lucha, el físico mayor del ejército, llevando sus insignias, se adelanta para hacer un supremo llamamiento en favor de la conciliación y cae cobardemente asesinado por las tropas de la insurrección.

Después, como queriendo vengarse de sus derrotas en los individuos del Gobierno, la Commune los pone en acusación y secuestra sus bienes; manda derribar la casa de M. Thiers; y ¡qué más! envidiosa de todas las glorias, sin respecto á los grandes recuerdos del país, á la vista del extranjero vencedor, decreta la destrucción de la columna Vendome.

Pero esto no la satisface aun. La Commune echa mano del impío sistema de rehenes; excoje sus víctimas en los rangos más elevados de la magistratura y del clero. El arzobispo de París, el párroco de la Magdalena, muchos otros eclesiásticos y religiosos hacen compañía en la Conciergerie al presidente Bonaparte, arrestado ya desde fines de Marzo.

¡Habrá necesidad de mencionar al lado de estos hechos que dominan todos los otros, la diaria violación del domicilio privado, los robos de toda especie bajo el velo de arbitrarias pesquisas, los arrestos ilegales, el saqueo organizado, la bárbara persecución de los refractarios?

Desde los primeros días del mes de Abril, los bienes del clero habían sido confiscados. Entonces empezó en los conventos y en las iglesias una serie no interrumpida de odiosas inquisiciones y de sacrílegas expropiaciones.

El 4 de Abril fué allanado el establecimiento de enseñanza de los jesuitas de la calle de Lhomond, la casa de los misioneros del Santo-Espíritu, la de los padres dominicos de la calle Jean-de-Beauvis. Los religiosos son maltratados, los muebles destrozados y las bodegas saqueadas.

Dos días después, la iglesia de San Sulpicio es ocupada militarmente; el seminario es invadido y el superior arrestado. Son registrados sucesivamente los establecimientos de los Capuchinos y de las Hermanitas de los pobres.

El 10 de Abril es arrestado el clero de Montmartre, las puertas de la iglesia mandadas cerrar y fijado en las mismas este anuncio:

«Visto que los curas son unos bandidos, y que las iglesias son sus guaridas, en las que han asesinado moralmente al pueblo, humillando la Francia bajo las garras de los infames Bonaparte, Favre

y Trochu, el delegado civil de las Canteras cerca de la prefectura de policía, manda que la iglesia de San Pedro de Montmartre sea cerrada, y decreta el arresto de los curas y religiosos.—*Le Mossu.*»

El 16 de Abril, la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, el convento des Oiseaux, y la iglesia de San Vicente de Paul son saqueados, y en esos santos lugares se instalan clubs. En el convento de Picpus se encuentran instrumentos ortopédicos, que periódicos de mala fama no se avergüenzan de presentar al público como instrumentos de tortura. También son halladas osamentas que pasan á los ojos de una muchedumbre extraviada, como pertenecientes á víctimas de un ciego fanatismo. Se explota igualmente con insigne mala fe el descubrimiento de esqueletos ya antiguos en la iglesia de San Lorenzo.

La iglesia de Nuestra Señora de las Victorias es profanada también, y se hace grande escándalo de una cabeza de níca en perfecto estado de conservación, conocida de todos los fieles como una representación en cera de la de Santa Valeria.

Llegamos al mes de Mayo, el ejército de Versalles estrecha cada día su círculo de ataque, y cada día también señala una nueva derrota de parte de los insurrectos.

Los instantes de la Commune están contados; lo presagian las tempestades que se levantan en su seno y las medidas supremas que se da prisa en adoptar.

El palacio de M. Thiers es completamente derribado el día 15 de Mayo. La columna Vendome cae el 16. El 17 una formidable explosión tiene lugar en la fábrica de cartuchos de la Avenida Rapp. Conviene atizar el odio contra el enemigo en el pecho de los federados á quienes las derrotas diarias van desanimando visiblemente.

La Commune no vacila en atribuir al Gobierno de Versalles un crimen que, según todos los indicios, ha sido obra de sus agentes y arresta á pretendidos culpables que solo deberán su salvación, pocos días después, á la entrada de las tropas regulares.

El 21 de Mayo, gracias á los ataques de una formidable artillería, es forzada la puerta de Saint-Cloud, y el ejército llega á penetrar hasta las alturas del Trocadero. Su inexperado ataque es la señal de los últimos horrores que debían coronar el vergonzoso reinado de la Commune.

El 23, á las diez de la noche, Rigault se dirige á la cárcel de Saint-Pelagie, en la que se hallan encerrados varios rehenes, entre otros M. Chaudey, abogado del Tribunal de apelación de París. Dos individuos le acompañan armados, lo mismo que Rigault, hasta los dientes.

Este manda bajar á Chaudey y brutalmente le notifica su sentencia de muerte, que será ejecutada inmediatamente. El preso se permite alguna ligera recriminación. Rigault le echa en cara con lenguaje violento el haber mandado hacer fuego sobre el pueblo el 22 de Enero.

Entretanto llegan Guardias nacionales para formar el pelotón que ha de ejecutar la sentencia, y Rigault dicta, en presencia de su víctima, una acta que un testigo ocular ha podido relatar casi palabra por palabra. «¿Sabéis bien lo que vais á hacer?» pregunta entonces Chaudey, y como no recibe más contestación que burlas, sale añadiendo: «Raoul Rigault, ahora vereis cómo muere un republicano.»

Llegado al camino de ronda, el fiscal de la Commune desenvaina su espada y da la voz de fuego. Chaudey, herido tan solo en el brazo, cae gritando: ¡Viva la república! Dos hombres se acercan y lo rematan. Son fusilados después tres guardias republicanos, también de orden de Rigault, el que se retira por fin diciendo: «Hace mucho tiempo que se debía haber hecho esto.»

En la noche siguiente el convento de los dominicos de Arcueil es invadido por federados ébrios de furor, y los religiosos son echados á la calle y fusilados allí. Por fin, la calle de la Roquette es teatro, en los días 24 y 25, de una matanza, en la que son sacrificadas simultáneamente ilustres víctimas y humildes soldados del deber, confundidos en un martirio siempre deplorable.

Dejemos hablar aquí á un testigo ocular de estas sangrientas escenas.

El abate Marsy, vicario de la parroquia de San Vicente de Paul, había sido encerrado en Mazas y de allí conducido á la Roquette, donde Monseñor Darboy, M. Boujean, el abate Deguarry y otros le habían precedido. Colocado en una celda contigua á la ocupada por M. Boujean, conversaba con éste, cuando una voz brutal é imperiosa se dejó oír:

«Monsieur Boujean, salid, bajad tal como esteis.» «Comprendió—continúa el testigo—y su mirada, sin por eso perder su tranquila serenidad, me hizo comprender el siniestro sentido de esta llamada. Of después el nombre de otras víctimas, notando que monseñor fué llamado «Monsieur Darboy» M. Boujean me alargó su mano, y mientras cambiábamos el último apretón del supremo adiós, me comunicó con firme voz sus últimas recomendaciones para su familia, reuniéndose después á sus verdugos, y escuché como se alejaba con los otros.»

«Permanecí de pié cerca de la ventana, y al cabo de algun tiempo percibí el grupo de los mártires, bajando el camino de ronda interior y viniendo hácia mí. Iban por el medio del camino, y los satélites sin orden alguno por los lados, monseñor marchaba el primero... La reja que cierra el camino de ronda y que se encuentra casi debajo de la ventana en que me apoyaba, estaba abierta: monseñor, poniendo la mano en la reja, se paró para hablar y pronunciar algunas palabras que, á pesar de todos mis esfuerzos, no pude oír á causa del tumulto, pero una voz brutal cubrió la suya:

«Andando, andando—¡ecia el miserable—no es este el momento para discursos.» Monseñor pasó la reja el primero, los demás seguían firmes, serenos y apacibles con sus verdugos. El padre Ducoudray desabrochando la sotana me designó su pecho y el puesto del corazón. Les vi torcer á todos hácia el camino de ronda exterior, y permanecí abismado en los sentimientos de un sacerdote que acaba de ver por última vez á su obispo, y á este marchando al martirio. Unos dos minutos después retumbó el extrépito de un fuego de pelotón á discreción.»

Estos hechos sucedían el 24 de Mayo por la noche. Al día siguiente quince víctimas más eran sacrificadas. Entre estas se hallaba el Padre de Beny de la Compañía de Jesús.

Un guardia que llama á los condenados no puede leer su nombre; el religioso se aproxima, echa la vista encima del papel y dice sencillamente: «¡Soy yo!» y sigue á los verdugos al lugar del suplicio.

«Nada de quejas, añade el testigo, nada de exclamaciones, ni lloros, nada de recomendaciones, abrazos, ni bendiciones; pero la sencillez, la serenidad, el silencio imprimía á esta escena el más augusto y solemne carácter.»

Pero no bastaban estas matanzas. Obligados á entregar París al ejército, cuya marcha segura y rápida les alcanzaría muy pronto en sus últimos refugios, los hombres de la Commune decidieron no dejar á sus vencedores más que ruinas.

Inspiración de un odio infernal, y al propio tiempo poderoso medio de resistencia, el incendio debía estallar en todos los puntos, á medida que la insurrección se viera obligada á retroceder.

No cabe duda que se trazó en este sentido un plan de operaciones. Se habían tomado todas las disposiciones para su ejecución. La inesperada entrada de las tropas ha salvado á París de una conflagración general. Los tres documentos siguientes son pruebas irrefutables de lo que acabo de decir.—El primero está firmado por Ferré:

«Ciudadano Lucay:  
«Manda prender fuego Hacienda, y venid á reuniros con nosotros.»

TH. FERRÉ  
«4 Prairial, año 79.»

DISCURSO DE LA REINA VICTORIA  
AL SUSPENDER LAS SESIONES DE LAS CÁMARAS.

«Milores y caballeros: Ha llegado el día en que, usando de mis facultades, vengo á relevaros de vuestra asistencia al Parlamento, aplaudiendo vuestros incansables trabajos en bien de la nación.

Reconozco con satisfacción la leal solicitud con que habeis dotado á mis queridos hijos, la princesa Luisa y el príncipe Arturo.

Los grandes acontecimientos y cambios importantes que han ocurrido recientemente en el continente europeo, no han comprometido las relaciones amistosas que existen entre la corona del Reino-Unido y las potencias extranjeras.

Cualquiera paso que yo dé en las cuestiones internacionales, que acaso pueden surgir, estará dictado siempre por el exclusivo deseo de mantener inalterable la concordia universal y el derecho público.

A las deliberaciones de la conferencia que estuvo reunida en Londres al inaugurarse la legislatura actual, asistió un plenipotenciario francés, y dicha conferencia consideró y acordó la revisión de aquellas estipulaciones del tratado de 1856, que conciernen al Mar Negro y al Bósforo. Espero que la unánime decisión de las potencias, registrada en un nuevo tratado, coadyuvará á asegurar la tranquilidad y el bienestar del Oriente.

Con particular satisfacción hago referencia en esta ocasión á nuestras relaciones con los Estados-Unidos. Por el tratado de Washington se ha dado solución á varias cuestiones que hacia tiempo estaban siendo causa de desavenencia entre ambos pueblos.

Mis comunicaciones con el Gobierno americano no han dejado de ofrecer ventajas ulteriores á otras naciones. El presidente se ha puesto de acuerdo conmigo en la aplicación del principio de amistoso arbitraje proclamado por el tratado de París, y que he tenido gran satisfacción en poder recomendar mediante un ejemplo práctico. Además hemos acordado adoptar ciertas reglas para regular la conducta marítima de los neutrales, que, según espero, no tardarán en ser universalmente reconocidas, y en formar un precioso apéndice al Código internacional.

Confío en que el Gobierno americano cumplirá con cordialidad y celo las condiciones subsidiarias acordadas para la ejecución del tratado.

Manifestaré al Parlamento de Canadá, que las providencias que han menester su asenso son, á mi juicio, altamente favorables á los intereses de aquel territorio. Sin embargo, sobre dichas providencias dará aquel Parlamento un dictamen independiente y decisivo.

El Gobierno de Francia ha manifestado el deseo de variar algunos de los artículos del tratado de comercio de 1860, que actualmente puede ser anulado por cualquiera de los Estados contratantes, siempre que así lo manifieste con anticipación de un año. Estoy ansiosa por acceder á los deseos de una potencia amiga, y por facilitar las medidas destinadas á favorecer sus exigencias fiscales; pero vería con disgusto cualquier cambio que tendiese á limitar el tráfico comercial que tanto ha contribuido á estrechar la unión entre ambas naciones.

Caballeros de la Cámara de los Comunes: Os doy las gracias por la liberalidad con que habeis votado los arbitrios que, atendiendo á circunstancias especiales del año, os he pedido mi Gobierno; y por la suma que habeis votado con objeto de cubrir los gastos ocasionados por las compensaciones que exige la abolición de la compra de empleos en el ejército.

Milores y caballeros: Veo con sentimiento que no habeis logrado dar término decisivo á la discusión de algunos asuntos que os fueron encomendados por el discurso del trono, leído al inaugurarse la legislatura.

Sin embargo, han sido agregadas á la colección legislativa (*Statute Book*) varias leyes importantes.

Mediante la ley relativa á la reorganización del ejército, habeis hecho liberal provision en favor de los oficiales del ejército, á los que no les será permitido ya, al pelir su retiro, el vender sus empleos á sus sucesores; y al trasferir al Gobierno ejecutivo los poderes relativos á la organización y mando de las tropas auxiliares, que hasta ahora estaban confiados á los gobernadores (*Lords Lieutenant*) de los condados, habeis abierto camino á medidas que han de efectuar una unión más estrecha entre las diferentes fuerzas terrestres del reino.

El acta en cuya virtud conferisteis, después de un detenido exámen, poderes extraordinarios al virey de Irlanda para la represión de los desórdenes agrarios en el condado de Westmeath, ha dado hasta ahora el resultado apetecido. En todos los demás distritos de aquella parte del Reino-Unido, esos desórdenes son desconocidos, y la agricultura y el comercio prosperan.

Merced á las medidas relativas á los exámenes universitarios, á la derogación de la ley sobre títulos eclesiásticos y á las leyes que afectan á las asociaciones obreras (*Trades Unions*) habeis dado fin á largas y serias controversias.

La ley relativa al Comité de gobierno local preparará el terreno para introducir importantes mejoras administrativas y sanitarias; y la ley relativa al Comité judicial prestará un nuevo elemento de fuerza á un importante tribunal, y ofrecerá la esperanza de resolver una lamentable serie de apelaciones atrasadas que se hallan actualmente en el consejo privado.

Sin embargo, hay muchas probabilidades de que por largo espacio de tiempo, los grandes y diversos intereses del Reino-Unido y del imperio en general, juntamente con las exigencias, siempre crecientes, de la sociedad moderna, evitarán el aligeramiento de los honrosos, aunque asiduos trabajos de legislación.

La situación del Erario público, la animación que renace en el comercio y el buen aspecto que presenta la cosecha, son motivos de satisfacción para todos; y confío en que estas y otras, cualesquiera larguezas que prodigara la Providencia á este pueblo, despertarán en su corazón sentimientos de la más viva gratitud.»

## EL PASADO Y EL PRESENTE.

## III.

El águila de Meau, émulo de Fenelon, que eternizó su nombre con el Telémaco, que ilustró al delfín y es una gloria del siglo xvi, formuló el progreso constante de las sociedades, y probó que la idea de la divinidad se eleva, se depura y brilla á medida que la civilización se perfecciona.

Un ilustre sacerdote español, llorado y digno de ser llorado por la Iglesia y el Estado, escritor eminente, filósofo profundo, gloria del siglo, de España y de Vich, su ciudad nativa, donde un monumento fúnebre recordará á las generaciones donde nació y murió esta brillante constelacion, consideró como un alto honor elevar su elocuente voz en favor de una verdad que tiene la sancion de todas las capacidades, y solicitó la gloria del triunfo para la humanidad, invocando la apoteosis al progreso constante de las sociedades, y con cuyos eminentes conceptos dimos fin al artículo II.

Para que nuestra época reciba los honores de la apoteosis del mérito y el talento que han humanizado á las sociedades modernas, para cubrirla de los ultrajes de los carlinos, resucitados ahora á favor de la libertad, que detestan, pero que usan y abusan, y erigir la estatua de su gloria, todos sabemos que á nadie le es dado ignorar que cada día que pasa por nosotros se acumula un nuevo escudo y un timbre al tesoro comun de los conocimientos; que este capital intelectual, producto de las generaciones enteras que los transmiten á los sucesores sobre la tierra, explica y demuestra hasta la evidencia por qué la sociedad griega valia más que la sociedad asiática, que le dió el sér; por qué la sociedad romana valia más que la griega, de quien heredó leyes, religion y costumbres; por qué la sociedad media valia más que la romana, que le inspiró sus dobles y confusos sentimientos; por qué la sociedad actual, á pesar de las convulsiones en que se agita, vale más, infinitamente más que todas y cada una de las sociedades que se han hundido en la sima de los siglos.

Los hombres que han jurado cerrar los ojos á la luz de la verdad; los que á guisa de los guerreros de Homero en el sitio de Troya herian á los dioses aun en las nubes, apostrofan al siglo, faltando á la historia, que es el testigo del tiempo y la maestra de la vida. Se acusa á nuestra época de feroz y brutal instinto, de salvaje apostolado; se la acusa de ateísmo, horror á la familia y á la propiedad. ¡Cuánta calumnia! La verdad se cubre y elude, pero no se borra.

Nosotros tenemos hecha pública protestacion de nuestras doctrinas á la altura de grandeza de una vocacion cristiana, y disputando sus honores, eclipsando los dichos por los hechos; y excusamos reiterar lo que nada, ni nadie, ni nunca jamás ha de sobrepujarnos, porque no soñamos en rebelarnos contra una ley que en la conciencia gravita más que la de gravedad que nos encadena á la tierra.

Pero atentos tan solo á la voz imperiosa de la verdad, como cumple á todo hombre de honor, nosotros no formularemos groseras acusaciones, por ejemplo, contra todo el sacerdocio porque haya curas regicidas que, haciendo honor y gloria de marchar á la cabeza de las celebridades del crimen, ó de sentarse en afrentoso patibulo, son figuras abominables que manchan la sociedad; como no acusa ningun hombre de conciencia de loca á toda una nacion porque existan algunos á quienes Dios haya privado de la razon.

Si Proudhon ha dejado sembrada una fatal semilla con su célebre frase «La propiedad es un robo», el sagrado de la propiedad cada vez es más respetado, y hoy cual nunca, á través de las generaciones. Si Fourier y Orreu, contemporáneos tambien de nuestros antepasados, han desbaratado nuestra inteligencia, nuestra sociedad culta y civilizada oye á sus discípulos para condenar y convenir, y en defecto los repudia, persigue y mata. Y el ateísmo, que desheredando al hombre de la divinidad, lo trasforma en bestia, tiene hoy, es cierto, sus partidarios; pero esa es una gloria de los antiguos que ensangrentaron el suelo candente de la Europa, y que tienen derecho á reclamarla toda entera.

Solo enemigos cegados por ira y despecho pueden complacerse en imputaciones que, empañando los fueros de la verdad, soliviantan las pasiones, socavan los fundamentos del orden social, siembran el error, y con el error y la mentira la guerra social, la agitacion constante de los ánimos, y convertidos en oráculo de la razon humana, hipócritas de la intolerancia más salvaje, que busca por instrumento la tiranía, se convierten en misioneros de fatalidades, desventuras y muerte.

Pero sigamos apelando á la opinion, impetrando la autoridad de la razon, sin suplicar sentimientos de indulgencia, y unidos al justo dolor que excita la rabia de los adoradores de todo lo pasado, destructores de todo lo presente, entresaquemos hechos irrecusables, de inconcusa veracidad.

Es una creencia universal del humano linaje, que es tanto más grande, digna y culta una generacion, cuanto más alcance á cultivar la centella del espíritu divino que le infundiera Dios al hombre, y que este celestial don se trasmite de siglo en siglo hasta la consumacion de los siglos. Testigo, los hechos.

Nació el cristianismo, y á pesar de que esta religion divina custodia las inspiraciones de toda una eternidad, aquellas generaciones lo recibieron con tormentos, suplicios y una estúpida idolatría. Tres siglos mortales tardó en tener un apoyo en el primer César de Bizancio, la Roma de Oriente.

En aquellos aciagos días la suerte del hombre era puramente terrestre, material. Se fabricaban las máquinas infernales del tormento, y un pueblo inhumano, bárbaro, aplaudia el horrible espectáculo de ser despedazado en el circo por la fe un venerable cristiano.

Cuando el imperio se eclipsó, la fe y la Iglesia volvieron sus ojos á Bizancio y á Nicea, y la verdad iluminó á Constantino. Pero aun los hijos de la nueva secta, de la nueva religion, eran pastores de las fieras, y días de agonía los días que amenazaban á la Iglesia, aun entre los mismos pastores.

Aquellas gentes solo contaban días de tribulacion para el apóstol de la gruta de Belen; y desgraciado si acaudillaba su grey, infeliz si adoraba á Dios como en tiempo de Jacob, víctima triste si oraba en las orillas del Jordán, mártir si deramaba el agua regeneradora al abrigo de las murallas de Jericó.

Y aunque en los siglos III al V pudo gloriarse la Iglesia de grandes hombres, aquel mundo deliró con Mareion, con los genios estúpidos de Basilea, Huss, Praga... con la secta del Mago, con las teorías del Merbo y Filon, con la cábala y los gnósticos y con todas las heregias y una corrupcion que ni comprender es posible en una época en que la moral divina del Evangelio invade la tierra; pues los decretos fulminados en su paroxismo por la Comun de Paris, no son una millonésima parte de aquellas inmundas doctrinas de sectas infernales.

No hay idea malvada, principio degradante al género humano que no hayan libado los siglos VI al XII. La astrología, la adivinacion, la magia, los hechiceros: hé aquí su moral, su ley, su Dios. Una nube de bárbaros, cuyo recuerdo estremece, contempla el cuadro, llevando en pús de sí la desolacion con todos los crímenes más nefandos. El venerable Bada lloró aquellos tiempos horribles, afrentosos al sér racional.

Corriendo los siglos XIII y XIV, los adoradores del sistema ternario de Lulio y otras mil afrentosas aberraciones vinieron á sellar de ignominia aquellos tiempos, aquellas generaciones. Por aquellos días, que—¡parece mentira!—se nos ofrecen como ejemplares al respeto filial y profunda veneracion hácia la figura augusta de la Iglesia y sus dogmas, hay un hecho, entre otros, elocuentísimo á la comparacion de aquellos y estos tiempos que nos hemos propuesto hacer en estos apuntes, y siempre dispuesto á pagar tributo sincero á la opinion y á los fueros de la verdad, estimo conveniente reproducirlo con toda la concision que me sea dado hacer.

Estos acontecimientos análogos tienen lugar el siglo XIV, y en el nuestro, y año de 1849. Presentan un punto digno de toda nuestra atencion. Coloquémoslo primero en el siglo XIV. La Iglesia, contristada, vió fugitivo al Santo Padre, arrojado de la Ciudad Eterna. Albergada

da la Santa Sede en Aviñon, huérfana, se vé despojada por un segundo Papa, y el supremo poder de la Iglesia dividido, desgarrado. Se apresura el cisma de Occidente, cruel y amenazante; se lanza el Concilio de Pisa, y mientras tres Papas se disputan el pontificado—¡ah, y cómo se disputan!—el Concilio de Constanza proclama su indisolubilidad, reforma y corta, y anula y decreta sin la sancion del pontificado. Brota un nuevo Papa, reemplazado á su vez por Félix V. Los muros de Basilea encierran otro sínodo de donde sale otro cisma. El Papa llama á sus miembros, á sus hijos; pero nadie le responde, porque los lazos de la obediencia se habian roto y arrojado. Los Papas se disputan el sumo poder: los Concilios desgarran el seno de la Iglesia. ¡Y estos son aquellos tiempos, aquellos días tan santamente elogiados, y aquellos los hombres y las costumbres tan grandes y ejemplares para el pueblo cristiano!

Comparemos. Coloquémoslo ahora en el año de 1849, en nuestra era, en nuestros días. La Iglesia llora tambien al gran Pio IX, que, fugitivo de la Ciudad Eterna, se refugia en Gaeta. Pero ved ahora el respeto del siglo y de los hombres del siglo á la Santidad de Pio IX, Pontífice máximo de la Iglesia católica, apostólica romana; vedle sin que otros Papas le disputen el poder que ha recibido de lo alto de los cielos, como en aquellos tiempos decantados de respeto y obediencia filial y de altísima consideracion y amor fementido.

Vedle ahora á nuestro Pontífice sin que haya cismas, sínodos, concilios ni otros infernales que le depongan y ultrajen. Nadie le niega la suprema autoridad de que se halla revestido. Muy al contrario, los Gobiernos á porfia le brindan sus escuadras y ejércitos; y mientras los príncipes de la Iglesia, en vez de disputarle el poder y rasgar su alma atribulada, como en aquellos tiempos de ejemplar grandeza y sumision, todos oran por el Supremo Vicario, los pueblos todos tambien le tributan testimonios de profunda veneracion: en suma, y para abreviar, ved los ejércitos de varias naciones que vuelan á postrarse á sus piés, y que apenas reciben su santa bendicion, apenas despliega sus augustos labios, le llevan en triunfo á la Ciudad Eterna y le colocan en la silla de San Pedro, en la plenitud de su poder. Esta es la historia, estos los hechos, esta la verdad, y estos testimonios elocuentísimos tiene registrados nuestra época, y no se nos puede sustraer al imperio de este honor y de esta gloria.

Pero se nos dirá: ¿y qué habeis hecho del venerable Pio IX hoy mismo? Hoy, es cierto, acaba de penetrar en el Quirinal el rey de Italia, y el poder temporal del Papa perece; no queremos decir que sufre expiacion, no.

Mas, ¿tan pronto se han olvidado los panegiristas de nuestros padres que su Gran Capitan con solo un decreto hizo rodar la tiara, y usurpando trono, autoridad y pueblo, coronó por rey de Roma á su hijo, apenas salido de la cuna?

Oigásenos y compréndásenos de una vez. No concebimos los liberales, en primer lugar, la existencia de un pueblo descreido, es decir, la organizacion de una sociedad atea. Y así como no concebimos sociedad sin religion, así creemos que toda religion nos lleva al cristianismo, última palabra de la revelacion divina, y amamos el cristianismo con toda la efusion del alma, con los caracteres y condiciones de la religion, última y completa expresion de la palabra evangélica.

Entiéndásenos bien. En segundo lugar, aun sometiéndonos con reverente humildad á la infalibilidad dogmática del soberano intérprete de la ley de Jesús, queremos apelar de los fallos con que en nombre de la fe se quiera resolver cuestiones que Dios ha dejado bajo la jurisdiccion y competencia de los poderes del reino de este mundo. Bastante católicos para sublimar el espíritu de la Iglesia, somos bastante religiosos para no querer que se comprometa la santidad de la doctrina con deducciones exageradas, con tendencias políticas contrarias á la índole evangélica. En tercer lugar, creemos que la religion, como la naturaleza y la ley, puede ser para el individuo el dolor, la expiacion, el sacrificio; pero para la sociedad es siempre el ór-

den, la paz, la armonía, el progreso, la grandeza; y cuando á los estravíos de la flaqueza humana, tan comunes en política, se entrega esta grandeza, esta paz y armonía, y en vez de sacrificarse por la concordia del Estado y la Iglesia, la Iglesia se explota por un partido, no el más humano por cierto; y cuando se quiere que se ceda y abjure de aquellos derechos y prerogativas que reconoció siempre el catolicismo como propios de la potestad temporal, y que queremos formen el vínculo de union entre la sociedad política y la comunión cristiana; nosotros, viendo contristado el corazón del gran Pontífice, deplorando las causas de su llanto, nos atreveríamos á decirle con todo el respeto y veneracion: Puede ser, ¡oh Santísimo Padre! que tengais tan cerca de vos el velo de luto que os cubre, que pudiérais rasgarle con solo extender la mano para bendecirlos.

Más adelante volveremos sobre estas y otras cuestiones. Sabamos de nuevo á los acontecimientos históricos que estábamos narrando. Así lo haremos desde las primeras líneas del próximo artículo.

A. A.

## UN CADÁVER SOBRE EL TRONO.

LEYENDA DEL SIGLO XIV.

POR DON ANDRÉS AVELINO DE ORHUELA.

(Coclusion.)

VI.

Propósitos.

¡Cómo nos lleva y nos arrastra fácil  
E' hemo o país del desvicio!  
La gallarda ilusion que tolaes alre!

Y sin cararse á devorar la presa  
Prosigue en su furor, y ea cad' buella  
Deja de negra saigre un bondo lago.

J. JACINTO MILANÉS.

Sumergida en el más profundo dolor habia quedado doña Inés de Castro en su palacio de Coimbra, temiendo graves y arteras persecuciones por parte del rey Don Alfonso. La revelacion que éste le hizo del nuevo enlace que proyectaba para su hijo, la fué aun más sensible que si hubiera recibido el golpe de la daga con que vió amenazada su existencia: todas sus ilusiones se desvanecieron bajo el peso de tan terrible declaratoria, y en su vida, por la primera vez, sintió su alma atravesada por el dardo punzador de los celos.

Verdad es que contaba con la proteccion y el auxilio de sus dos hermanos, desde que se vió precisada á revelarles el secreto de sus amorosas relaciones con Don Pedro. Empero estos, empleados en la corte, no obstante que profesaban el más cordial cariño al príncipe y gozaban de sus más distinguidas deferencias, hasta de buen valimiento con los demás que componian el séquito real, podian muy poco para entrar en lucha contra las asechanzas del rey.

Don Alfonso era un hombre tenaz, de una firmeza de carácter á toda prueba, y á propósito para arrostrar por toda clase de inconvenientes cuando se proponia llevar á buen término sus planes; de manera que bien pudieran darse por bien servidos y por muy satisfechos si alcanzaban para ellos conjurar la tormenta que tan de cerca les amenazaba.

Tan perseguida estaba doña Inés de que era casi imposible contrarrestar de una manera directa las combinaciones de Alfonso IV, que no obstante la íntima confianza con que trataba á sus hermanos D. Fernando y D. Alvaro, no se atrevió nunca á referirles la escena aclaratoria y base de su angustiada situacion.

La noche que tuvo lugar la inesperada entrevista con Don Alfonso, apuró verdaderamente hasta las heces el cáliz de la amargura; momentos tuvo en que llegó á creer que cuanto la habia pasado era un sueño forjado por su exaltada fantasía; sin embargo, ante sus ojos constantemente tenia la mirada siniestra y aterradora de Don Alfonso, la respetuosa actitud que tenia el hijo al presentarle muy sumiso la daga que habia hecho caer por tierra cuando la salvó de ser asesinada; la cólera del padre viendo burlado su intento, y el tono amenazador con que ordenó al príncipe que le siguiese, sin permitirle siquiera una palabra de explicacion con ella; todo esto unido á la significativa mirada, que expresando el despecho y la rabia más reconcentrada, cautelosamente le fijó el rey en el instante de salir acompañado de Don Pedro, la situacion y continente de éste, que realmente semejava á un reo que llevan al patibulo; toda esa escena la tenia fija en su imaginacion, delante de sus ojos, renovándose una y otra vez con la misma fascinadora perspectiva de un panorama animado ante la vista, grabado en lo íntimo de su alma.

Distintos planes, incoherentes los unos, irrealizables los otros, agolpábanse con la rapidez del relámpago á la exaltada imaginacion de doña Inés, su corazón agitábase tanto como su fantasía: el resto de la noche permaneció llena de la mayor angustia y afliccion, preocupada por los más tristes pensamientos: más de una vez sus labios dejaron escapar el nombre de Don Pedro, y hasta hubo un momento en que poniéndose en pié, encolerizada, arrojando sus ensortijados cabellos de ébano hácia atrás con un movimiento

brusco de cabeza, oprimiendo su corazón como para contener los latidos, porque parecía querer escaparse del pecho, convulsiva, calenturienta, aumentándose la fiebre del dolor, maldijo la hora en que cediendo á sus más puras inspiraciones dió entrada en su alma á los amorosos reclamos de Don Pedro y á sus halagadoras persuasivas promesas. Por último, recordando ella que ninguno de sus servidores se habían apercibido de la presencia del rey en Coimbra, propúsose guardar el más profundo silencio sobre lo ocurrido, y hasta olvidar ella misma tan funesto acontecimiento; empero teniendo necesidad de estar al cabo de las resoluciones que Don Alfonso pudiera adoptar respecto de la suerte futura de sus amorfos, en todo lo que veía comprometido el porvenir de sus hijos, envió con la aurora del siguiente día un mensajero á su hermano Don Fernando, para que éste de comun acuerdo con Don Alvaro, se pusiesen en observación y la comunicasen cuanto antes cualquiera disposición que intentase el rey respecto de su amante ó de ella; el mismo enviado era portador de una misiva para Don Pedro, en la que le pedía consejo, contándole lo aflictivo de su estado y que viniese tan pronto como le fuese posible á consolarla en sus padecimientos y tortura.

Ya hemos visto cómo Don Fernando y Don Alvaro se ocupaban con el mayor empeño de los intereses de su hermana, con los que andaban tan íntimamente enlazados los suyos personales: por lo que hace á Don Pedro, bien hubiera querido volar al llamamiento de su amada; más por orden riguroso del rey, comunicada al príncipe, no podía éste salir de Lisboa, ni de su habitación en palacio sin previo permiso de su padre.

Tan luego como tuvo oportunidad aprovechó la Don Pedro para dar respuesta á doña Inés, como lo hizo, asegurándole que por el momento no le era absolutamente posible prestarla verbalmente los consuelos que su estado demandaba, puesto que graves atenciones le retenían, á pesar suyo, sin permitirle abandonar el palacio; pero que, en cambio, contaba siempre con la fidelidad y constancia de su cariño; que su hermano D. Alvaro la presentaría un pergamino en que él había estampado su formal promesa de llevarla al altar, y que entre tanto se ocupaba solemnemente en conciliar el más sencillo modo de llevar á debido efecto ese propósito, lo más breve posible y sin que pudiera ser sospechado de nadie, por lo que la encargaba el mayor sigilo y la más prudente cautela.

Sucedíanse estos acontecimientos, y de mala guisa Don Alfonso, viendo burlados sus planes, puesto que la resistencia de doña Inés á casarse con alguno de sus cortesanos era invencible; que su entrada en un convento no lo era ménos, y que ella era la persona que interrumpía la realización del acuerdo pendiente con la infanta de Castilla, concibió el infame proyecto de mandar á dar muerte á doña Inés, prometiéndoselo todo de ese asesinato, seguro de llevar á buen término sus deseos y de hacer que desapareciesen los obstáculos que existían respecto al enlace de su hijo con doña Blanca.

Fijo y resuelto á realizar tan diabólico pensamiento, aplazó la respuesta decisiva que debería dar el rey de Castilla para ganar el tiempo necesario hasta la realización de las infames maquinaciones concebidas que, astuto, urdía con la mayor reserva.

#### VII.

##### Alevosía.

Todos cuantos vivimos que en pies andamos, Siquiera en preso ó en lecho yaxams, To los somos romeros que camino andamos.

BENCO.

*L'avenir est un fantome aux mains vides que promet tout et qui n'arrien.*

V. HECO.

Hallábase Don Pedro de muy mal talante, desesperado con el arresto que sufría. Confiando en que pronto había de calmarse el enojo de su padre, observó vigorosamente sus órdenes; mas como andara el tiempo y notase que pasaban días y más días sin que le fuese permitido salir de su clausura, ni una de tantas entrevistas como solicitó para explicarse con el rey ó instruirse de una manera positiva hasta cuándo se prolongaría su prisión; como además repetidas cartas de doña Inés, á cuyas preguntas no tenía nuevas excusas que añadir, le asediaban constantemente, y más que todo se veía privado de las caricias de sus hijos, avivándosele el deseo de realizar sin pérdida de tiempo el matrimonio clandestino que había propuesto á doña Inés, tanto para cumplir su palabra de honor empeñada en ese prometimiento, como para escucharse con el potente obstáculo que podría oponer por ello á los planes de su padre. En la última respuesta que envió á su amada, en propia mano por conducto de D. Alvaro, de acuerdo con éste y con D. Fernando, hizo presente que era indispensable la celebración de un matrimonio secreto en la forma que la detallaba y él había combinado de antemano, concluyendo con recomendarla que inmediatamente se pusiese en camino para Lisboa, á cuyas puertas él saldría á recibirla el día señalado, llevando en su compañía al sacerdote, los dos hermanos, testigos y séquito que habían de concurrir á la ceremonia del desposorio.

Doña Inés se consideró á la lectura de esa carta como la más feliz de las mujeres: tan plausible noticia imprimió en su alma un sello de bienestar, de consuelo y de dulce alegría, que el lenguaje humano apenas pudiera ser bastante á explicarlo; ella, con la mayor presteza y satisfacción, dispuso cuanto juzgó oportuno para

la realización del viaje, ambicion de su alma que iba á ser coronada para la firmeza y seguridad del porvenir de los hijos de sus entrañas.

Agona estaba doña Inés de la tempestad que se preparaba pronta á esallar sobre su cabeza; ni un pensamiento de tristeza embargó su imaginación, ni halló abrigo en su alma; tan de color de rosa se le presentara el cielo de sus ilusiones; no obstante, algunas nubes siniestras ennegrecidas se agarraban á oscurecerla el horizonte; la mano de la fatalidad trazaba algunos caracteres terribles; su destino estaba ya indeleblemente escrito y se acercaba pausadamente el desenlace de un horrible drama.

La víspera del día determinado para la ceremonia, Don Pedro, de concierto con sus amigos D. Fernando y D. Alvaro, dió un gran baquete en su habitación á todos los buenos servidores de palacio, consultando con esa estratagemma aprovechar algún momento en que pudiera verse libre de la vigilancia de los espiones del rey para escapar de incógnito y presentarse en el lugar señalado en que debiera hallarse la reina de sus pensamientos, su futura esposa.

En efecto, la comida fué espléndida, digna de semejante anfitrión: los vinos y licores más exquisitos se escanciaron de su órden, menudeándole especialmente las copas á Lacerda y á Souza, sus dos centinelas de vista, á fin de lograr que estos se pusiesen en tal estado de exaltación, que ignorasen de todo punto el desaparecimiento del príncipe.

Cuanto había combinado Don Pedro tuvo el más completo resultado. Sus guardianes abusaron con tanto exceso de los vinos, que llegaron á olvidarse absolutamente de las rigurosas órdenes del rey; y así que los demás compañeros dejaron el festín quedáronse á jugar una partida de dados, en la que se enfrascaron hasta aportar á su turno cantidades fabulosas y recíprocamente cuanto poseían.

Entretanto Don Pedro, disfrazado, aprovechando esa oportunidad, abandonó el palacio acompañado de sus favoritos D. Alvaro y don Fernando, poniéndose en camino á toda prisa para llegar á tiempo al encuentro de la novia en el lugar determinado.

Doña Inés por su parte, llena de amor y de entusiasmo, fué exacta á la cita de su amarelado galán: el matrimonio con Don Pedro era para ella toda una epopeya: comprendía una existencia entera de gloria y de ventura, olvidábase de lo ocurrido antes, presagio cierto de un porvenir más amenazador aun, y en el transporte de sus emociones, viendo tan cercano el esperado momento de elevarse al rango de la familia real, desposándose con el príncipe, casi le faltaban las fuerzas para saborear tanta ventura, tanta felicidad.

Don Pedro, al fin á su lado y en la capilla donde se aprestaba la ceremonia nupcial, contemplaba á su doña Inés con tanto amor, con tanto arrobamiento, gustando tan delicadas y tiernas ilusiones, que sus ojos expresaban á las claras el bienestar que por todo su cuerpo se difundía; su voz era dulcísima, para bendecirla, su mirada fascinadora y tierna al contemplarla, y la hablaba de sus proyectos para la suerte futura con tanta fé, con tal confianza en el destino, como si los sucesos que habían de desarrollarse en lo adelante dependiesen directamente de su albedrío.

En tanto que Don Pedro y doña Inés, en amoroso coloquio, se entregaban á la más completa satisfacción, una tempestad muy temible se preparaba á estallar sobre sus cabezas y á destruir en breve el quimérico edificio de sus doradas ilusiones.

Los nuevos esposos estaban aun de hinojos delante del altar de Nuestra Señora de los Angeles, recibidas las bendiciones nupciales, cuando dos hombres de mala traza y de torcidas intenciones, montados sobre buhos alazanes, salían á todo galope por las puertas de la ciudad, encaminándose por la carretera que dirigía á Coimbra.

Objeto muy importante les guiaba, á juzgar por lo apresurado que llevaban el paso, y sin duda directa relación tenía ese viaje con el príncipe y doña Inés; porque aquellos, antes de dejar la ciudad, recatadamente se habían allegado hasta la capilla en que tenía lugar la ceremonia del desposorio; una vez convencidos de que el cortejo permanecía en la iglesia y de quiénes le componían, sin decir una sola palabra montaron en sus bridones, que pafaban á corta distancia de la iglesia, y desaparecieron á todo galope, embozados con cuidadoso esmero.

Teniendo en cuenta el exterior de ambos ginetes, cualquiera les habría tomado por bandideros.

—¡Altó! dijo con voz sonora y resuelta uno de los desconocidos, echando pié á tierra en un sitio que, por lo espeso del ramaje y lo cenagoso del camino, obligaba á andar con cautela y al paso.

—Sea enhorabuena, contestó el compañero, obedeciendo el mandato y ejemplo del anterior; así como así, añadió con aplomo, me encuentro muy molido de esta jornada.

—Nos sobre tiempo para echar un trago, Jimeno; dame tus alforjas, y en tanto preparo el desayuno, ata los caballos á un árbol de ese bosque, que bien demandan un poco de descanso.

—Por vida de Belcebú, amigo Bernao, que desde que ando huyendo el bulto á los hurones de la justicia, no tengo memoria de haber andado tres leguas de camino más extensas y endemoniadas en tan breve tiempo como el que hemos empleado.

—Jimeno, tienes tres quintales de razón, buena cabeza; te la envidia un chorlito; quince

minutos por el agua es una empresa regular; ¡allá va un trago!

—¡Venga esa bota, y brindemos por todos los santos de la corte de Lisboa, incluidos nuestro príncipe y su amable costilla!

—Tú eres la estampa de Satanás: mira, quítate las patillas postizas y hablemos á cara limpia, porque ahora podemos; ó escucha, hablando mal y pronto, cállate, cara de escorpión, ¿te figuras tú que podemos nosotros, miserables perros de trahilla, brandar por esos personajes, de manos á boca y al aire libre? ¿Te olvidas que hasta las hojas de los árboles tienen orejas, y que si llega á traslucirse nuestro lío, nos va en ello el gañote?

—Hombre, hombre, no filosofes más; tú eres el mismísimo Judas; ten confianza, y no temas por el pasa-pasa; tú serás buen agricultor; pero para mí los árboles ni sienten, ni padecen.

—¡Já... já... já... interrumpió el compañero, prorrumpiendo en nueva carcajada.

—Vamos á cuentas; ¿juicio puede sorprender nuestro secreto, Bernao? ¿Desaño al perdiguero de mejor olfato, como antes no le bañe un zapateado en el vientre, á que el mismo Barrabás nos coma á bocados las tripas.

Jimeno y Bernao echaron en derredor una mirada indagadora llenos de recelo, y despues añadió el último:

—No aseguro yo que haya testigos por estos lugares y á estas horas; pero las hojas de los árboles me parecen orejas de elefante, y se persiguen con el penitente más contrito.

—No seas camandulero, afirmó más sosegado Jimeno.

—Ni una mosca, observó Bernao, poniéndose en pié y volviendo á darle un estrujón á la bota.

—Ese rumor es el viento que se entretiene jugando con los árboles, añadió Jimeno, echándose al colete otro sendo trago de vino.

En tanto que Jimeno y Bernao, emboscados en lo más espeso del monte, camino de Coimbra, terminaban su desayuno regalándose á placer, los nuevos esposos, doña Inés y Don Pedro, terminada la ceremonia nupcial, cambiábase mil promesas y formaban grandes proyectos á cual más lisonjeros: momentos hubo en que llegaron á olvidar todos los obstáculos que acababan de vencer, para cumplir el más ardiente de sus deseos, y hasta lo peligroso de la situación en que se habían colocado, toda la vez que daban al traste con los planes del rey, dejándolos frustrados, y la cólera de éste habría de caer sobre ellos.

Eran como las seis de la mañana, cuando volviendo de sus éxtasis de felicidad, resolvieron ambos esposos separarse, aunque con protesta de verse en todas las ocasiones que el príncipe pudiese presentarse en Coimbra.

Don Alvaro y D. Fernando muy satisfechos, regresaron con Don Pedro á palacio: éste estuvo por demás contento, suponiendo que ni Souza ni Lacerda le habían echado de ménos, puesto que ambos espías de su padre aun dormían á pierna suelta en la antecámara de su habitación; de modo que tan secretamente como hizo la salida, volvió á su departamento, sin ser notado, ni hallar el menor indicio de que se hubiese conocido su desaparición.

Doña Inés emprendió la vuelta á Coimbra, contándose por la más feliz de las mujeres, ansiosa de imprimir cariñosos ósculos en las frentes de sus hijos ya legítimos.

Oyóse á que la acompañasen sus hermanos, temerosa de que se hiciese pública su venida á Lisboa, y pudiese llegar á conocimiento del rey su matrimonio clandestino; y por esa misma razón, de incógnito, sin otro acompañamiento que el del campesino que la había servido de guía, se dirigió á su palacio alhagada por las más dulces esperanzas.

El sol estendía sus rayos de oro cubriendo las cimas de las montañas con su manto de escalearia, y la hermosa campiña que se presentó á su vista, desde que salió por las puertas de Lisboa, parecióle más risueña que de costumbre. Embargada con sus ilusiones de felicidad iba entregada á las más lisonjeras reflexiones, cuando se vio repentinamente acometida por dos enmascarados que la cerraron el paso.

Vanas fueron por parte de doña Inés las súplicas y el llanto; ella hizo todo género de promesas; su collar de perlas y sus brazaletes de diamantes, prendas de rico precio, fueron desdénados; no se trataba de un robo: la hermosa Inés de Castro cayó bañada en sangre á los piés de sus asesinos, quienes despues de acompañar al guía hasta cierta distancia, donde le dejaron en libertad, volvieron la grupa á toda brida para Lisboa.

#### CONCLUSION.

Cuatro meses habían transcurrido despues del asesinato perpetrado en la esposa de D. Pedro, y cuatro meses bastaron á operar grandes mudanzas hasta en la misma corte de Portugal.

Don Alfonso IV, pasando á mejor vida, dejó en manos de su hijo las riendas del Gobierno, y Don Pedro I subió al trono, aun con el alma lacerada por la violenta prematura muerte de doña Inés.

Todas las diligencias que se practicaron hasta entonces para descubrir los asesinos, fueron de todo punto infructuosas. D. Fernando y D. Alvaro, sin embargo, seguían constantes las investigaciones, sin tregua, perdidos en un mar de sospechas, hasta que el nuevo rey, casualmente, entre los papeles de su padre encontró la revelación de aquel terrible misterio.

Bernao y Jimeno expiaron en un cadalso el crimen cometido; y Don Pedro I, queriendo honrar la memoria de doña Inés de Castro y de sus hijos, hizo exhumar su cadáver, le colocó en el trouco con todas las ceremonias de etiqueta, y

dispuso que la corte, vestida de riguroso luto, la proclamase y reconociese solemnemente por su reina.

#### BUDA Y SU CULTO.

##### I.

Árdua tarea fué siempre para los historiadores buscar los verdaderos rastros de las primeras revoluciones sociales, pues careciendo por regla general de los datos auténticos é indispensables para guiarse con acierto en sus investigaciones, solo la hipótesis más ó ménos razonada, probable unas veces, absurda no pocas, ha sido siempre el medio que aquellos emplearon para procurarse alguna claridad entre el confuso caos de las edades primitivas y cuando todavía no era conocida la escritura y las tradiciones iban pasando de generación en generación, confiadas únicamente á la memoria, y alteradas por la ignorancia, por la fantasía y por el ambiguo sentido del simbólico lenguaje con que eran reveladas.

Tan cierto es lo que decimos, que así puede solo comprenderse la causa de las frecuentes rectificaciones que paulatinamente han sufrido las ideas adquiridas acerca de los primeros tiempos de la India, ideas nacidas y en ciertas épocas desarrolladas al lado y en contacto con otras que les eran opuestas completamente.

¿Son, por ventura, chocantes tales contradicciones? Nada es, por el contrario, más natural.

Por más recto, por más profundo que sea el juicio analítico del historiador, es casi inevitable, cuando se carece de sólida base ó de seguro punto de partida, el caer entre la mal hurtada red de un falso ó vicioso sistema.

La grandificultad existe en acertar con el verdadero punto de partida, luz que guía en la noche de los tiempos en lugar de hacer divagar y extraviarse á la razón auxiliada, cuando más, por conjeturas que no reconocen otra causa de ser que el criterio del hombre.

Esto es perfectamente lógico, y nadie puede asegurar que las nociones que sobre la Constitución primitiva de la India tenemos hoy por auténticas, no serán dentro de poco modificadas, ó quizá sustituidas con otras nuevas, aunque no ménos hipotéticas.

Ahora bien: si nos remontamos hasta el nacimiento del pueblo asiático, y consultamos los autores que han escrito sobre los orígenes de este pueblo, debemos sospechar, tener casi por cierto, que su procedencia fué la misma que la de los pueblos occidentales, viniendo en apoyo de esta opinión el Génesis, primer libro de la Biblia, y la relación más fiel, por no decir la única, que de los tiempos remotos poseemos.

Filosóficamente juzgado dicho libro— escribe un concienzudo autor—todas las confesiones cristianas le reconocen como la historia auténtica de las primeras edades del género humano, notándose que, aparte de ser sus descripciones incompletas en muchos puntos y á veces ininteligibles en otros, ofrecen aueallas tal carácter de precisión y exactitud, que desde luego hacen de la narración bíblica el primer capítulo de la historia del Asia oriental.

Segun el Génesis, Sen, Can y Jafet, hijos de Noé, fueron los primeros pobladores del globo.

Aquí, pues, tenemos ya tres nombres que son como la síntesis de la procreación humana y el punto de partida de tres diversas civilizaciones. Tres nombres que representan tres distintas razas, á las que responden tres diferentes lenguas.

Juzgando por la analogía que estas ofrecen es indudable que la raza jafética hubo de subdividirse más tarde en dos ramas principales, oriental y occidental, la primera de las cuales fué á poblar la India, importando en dicha región el sanscrito, lengua matriz de que se derivan todos los idiomas y dialectos que se hablan en el Indostan.

A su vez debió descomponerse esta rama en dos sectas, y siguiendo la una las doctrinas del reformador Zoroastro, se segregó de los antiguos Aryas, de quienes nos ocuparemos exclusivamente en estos ligerísimos apuntes.

Volvamos, por consiguiente, á la raza jafética, cuna de dos pueblos hermanos.

A partir de aquí, se exponen á nuestra consideración dos grandes grupos salidos de un centro común, y que llevan, al Oriente el uno, hácia Occidente el otro, las mismas costumbres, idénticas tradiciones, igual germen de ideas sociales, morales y religiosas.

Y ¡cosa extraña! Después de haber alcanzado esos dos pueblos el mayor grado posible de civilización, hasta colocarse á la misma altura que Grecia y Roma; después de marchar con tal comunidad de principios, quién sabe si con un fin político ulterior, esos dos pueblos, decimos, se separan inopinadamente, rompen los lazos que formaban su identidad de miras, y dejando de considerarse como gemelos, toman opuestos rumbos, y llegan, por lo tanto, á opuestas conclusiones.

El pueblo occidental, sóbrio, enérgico y firme, siempre en la ruta que se había trazado desde un principio, infatigable en sus aspiraciones, dotado de una gran fuerza de voluntad y constante y decidido en sus propósitos, sigue impávido y sin cejar la hermosa idea de su desenvolvimiento intelectual y político, y paso á paso conquista al fin su indefinido progreso.

No así la rama oriental.

Enervada sin duda por las especiales condiciones del clima que la rodeaba, se deja subyugar por el más funesto nepotismo: arraigase entre ella para su eterna postración el fatal sistema de castas; se embrutece con la absurda creencia de la *trasmigración del alma*, y degenera, desmayada, se debilita, abdica su libertad y entrega el cuello al rencor ó al capricho de sus tiranos.

De tiempo en tiempo, no obstante, siente hervir su joven y vigorosa sangre, que con sacudidas galvánicas viene á despertarla de su marasmo, y escucha una voz misteriosa que le infunde aliento. ¡Todavía hay esperanza! El ángel de la libertad sacude sobre su cabeza las poderosas alas; laten los corazones henchidos de fé y de entusiasmo; oprime la mano con febril denuevo la tosca espada, y el hierro vengador fulgura airado en las estepas del Asia.

¡Todo es un relámpago!

Cada uno de aquellos sacudimientos escribe una página sangrienta, una revolución más en la historia de la raza envilecida, y una, y otra, y otra vez lucha y sucumbe, tan solo para cambiar de dueños y permanecer siempre estacionaria.

Tal es la India, región magnífica, esplendente, inmensa, con 180 millones de almas, y limitada al Norte y Nordeste por las abruptas cordilleras del *Himalaya*, cuyas gigantes cumbres dan origen al *Ganges*, el río sagrado que va á arrojarse majestuoso en el golfo de Bengala, después de atravesar toda la parte oriental del territorio indico.

Hemos dejado consignadas las excisiones que se suscitaron entre las ramas primitivas, como asimismo que los *Aryas* fueron quienes llevaron á la India el idioma sanscrito.

Definitivamente establecidos en aquel país, admirable por la feracidad su suelo privilegiado, empezaron por crearse una sociedad que estuviera en armonía con la sencillez de sus costumbres, y tal cual debió ser siempre entre todos los pueblos primitivos, esencialmente caracterizada, dice el autor de quien extractamos estos apuntes, por tribus nómadas, poco numerosas, dedicadas á la cria y custodia de sus rebaños, en alto grado batalladoras y siempre amantes de su independencia hasta rayar en el heroísmo.

La más remota civilización de los *Aryas* corresponde indudablemente á esta manera de ser.

Pueblo pastor por excelencia, y belicoso como pocos, sus progresos en la agricultura fueron casi nulos. Sin exigir á la tierra más de lo que esta quería darle buenamente, se contentaban en buscar nueva residencia cada vez que habiendo esquilado una comarca se hacían necesarios nuevos y abundantes pastos. Bajo aquel régimen patriarcal, ageno á las trabas y complicaciones de la moderna civilización, todas las contiendas se dirimían ante una asamblea de ancianos.

Era entonces el hombre el hijo libre de la tierra; el ciudadano libre de la patria y en tiempo de guerra todos corrían á la defensa del hogar y de la familia,

volviéndose implacables con los enemigos prisioneros.

Cuantos detalles dejamos consignados, han sido extraídos del *Rig-Veda*, uno de los cuatro libros religiosos de la India, y en donde están escritos todos sus recuerdos históricos á la par que las invocaciones é himnos que los *Aryas* consagraban á sus divinidades.

Estas eran innumerables, puesto que los principios fundamentales de la religión indica, se atribuyen un alma y una voluntad inteligente á todos los seres de la naturaleza. De aquí, el que la tierra, el cielo, el mar y los ríos, los astros y las montañas, la tempestad y las nubes, todo, en fin, era para los *Aryas* objeto de veneración. Desde su origen tuvieron sacerdotes que gozaban de gran prestigio y se fueron legando tradicionalmente los cánticos y ceremonias sagradas.

La raza sacerdotal empezaba, pues, á constituirse, á consolidarse, á dominar, lo mismo que la de los jefes, quienes se apellidaban por su parte hijos de los seres celestes y aun se hicieron adorar como tales dioses.

Por fin, los sacerdotes declararon que ellos eran los únicos que podían hacer sacrificios agradables á la divinidad.

El lebitismo había de distinguirse siempre y en todas partes y en todas las épocas por su ambición insaciable de dominación y mando; después de atribuirse especiales cualidades, singulares dotes para entenderse frente á frente con Dios, aquellos sacerdotes se impusieron á la multitud y nació la casta de los brahmanes, de cuyo seno emponzoñado había de brotar más tarde el espíritu mezquino, egoísta, de metafísicas especulaciones.

Fanaticando, mistificando al pueblo en provecho propio, lo engañaron y envilecieron; y atribuyéndose, según ya hemos dicho, el poder y el depósito de la gracia y de la venganza divina, se honraron descaradamente con el pomposo título de *amrtas* ó inmortales.

Hicieron una completa reforma dogmática y crearon un dios único, supremo é inmaterial, colocándole por encima de las divinidades terrestres.

Este dios es *Brahma*, alma suprema del mundo, abstracción de las meditaciones, y á cuyo seno debían refluir todos los seres como emanaciones suyas, después de haberse purificado de las culpas cometidas en este mundo.

Pero no adelantemos acontecimientos y digamos antes dos palabras sobre las divinidades más notables de la India antigua, según están designadas en las relaciones del *Rig-Veda*.

Dice este Códice que los sacrificios «son el manjar de los dioses.» Instituyéronse los sacrificios, y los sacerdotes derramaron sangre ante aquellos ídolos cuyos nombres y atributos ofrecen cierta analogía con los de aquellos que adoraron Grecia y Roma.

Antes de ser conocido *Brahma*, era *Indra* en las antiguas leyendas indias el rey de los dioses y el señor del cielo, ni más ni menos que lo fué Zeus entre los griegos y *Júpiter* para los romanos.

Viene después *Agni*. *Ignis* en latín es fuego, y *Agni* representaba la luz etérea, la lumbre solar y el fulgor que aparece en el rayo. *Agni*, sobre todo, *descendía á la llama de los sacrificios, para elevarse después con esa misma llama y llevar al cielo las ofrendas de los hombres.*

Grande confusión se nota en las jerarquías de los dioses indios. Tan pronto se vé á uno de ellos postergado en la escala categórica, como ensalzado colmándole de todos los atributos de un ser realmente superior, y puesto en el lugar más honoroso de la teogonía. Bien puede ser consecuencia de esto la variedad característica de la civilización india, en cuyo caso entrarán por mucho las castas, y sobre todo la *trasmigración*.

Crean los indicanos que el alma empieza por ser planta ó animal, y en virtud de semejante creencia, viene como lógico é inmediato corolario la teoría de las reincarnaciones, desenterrada hoy por nuestros espiritistas.

El mundo subluar, según los *Vedas*, no es más que un lugar de refugio y tránsito; un alto es la peregrinación de las almas, y un sitio de expiación para las que, no estando suficientemente purificadas, esperan en la tierra la libertad, y después una nueva incarnación. En fuerza de experimentar dolores y sufrimientos en las diferentes y sucesivas in-

carneaciones, las almas van, poco á poco, expiando el *pecado original*, y cada vez más perfecta, llega por último á ser alma humana. Extinguido completamente el inevitable estigma con que se manchó al nacer, y epurada por la virtud, la práctica del bien y la *penitencia*, se vé dispensada de la fatalidad que pesaba sobre ella, y va á gozar de una dicha inefable é infinita en la morada de los dioses.

Vemos que, según el dogma indio, la *penitencia* es el gran fin del hombre sobre la tierra, y la vida un castigo impuesto al hombre por una falta anterior á él de que no puede evadirse.

Tal vez de este convencimiento provenga el que los asiáticos miren la muerte con proverbial indiferencia, creyéndola un beneficio del cielo que franquea al alma las puertas de su terrenal prisión.

En nuestro próximo artículo examinaremos de qué modo se operó la trasmisión del primitivo culto de los *Aryas* al sistema teológico moderno, completamente distinto de aquel.

C. MORENO LOPEZ.

## LOS HOMBRES DE LA REVOLUCION.

RETRATOS A LA PLUMA.

IV.

Sucede que los acontecimientos de la juventud se graban en la memoria tan indeleblemente, que no hay suceso posterior, por grande que su importancia sea, que baste á borrar la impresión producida. Por esto nosotros guardamos en el santuario de nuestros recuerdos un día de gloria y una noche de luto: el 17 de Setiembre del 68 y la noche del 27 de Diciembre de 1870.

En la primera de estas fechas España se levantaba en armas contra la tiranía, á fines de 1870 concluía la revolución, y el hombre de la libertad empezaba su lenta y dolorosa agonía. Cuando lanzaba la patria su más justa protesta, su más heróico reto, pronunciamos con entusiasmo el nombre de Topete; y á la conclusión del período constituyente, el mismo nombre, símbolo del cívico desprendimiento, vivía en nuestros pechos como una esperanza. Topete había sido quien dió el grito de libertad; Topete quien por la libertad y por la patria saludó en Cartagena á la nueva dinastía.

Hoy vamos á retratar esa personalidad simpática, y quizá nuestro pincel trace en el cuadro una figura en que el deseo del pintor supere al parecido; pero hoy séanos permitido apartarnos de la aridez del cálculo para dar rienda suelta al sentimiento: un hidalgo caballero pide un lugar en nuestra galería, y si es ley de cortesía concedérselo, es ley de gratitud pagarle la deuda que por su esfuerzo y honradez tenemos con él contraída.

Hemos hablado ya de sus timbres, dado el uno por la nación sublevada y adquirido el otro en el lecho de un amigo moribundo: hablemos, comentando estos dos hechos, de las cualidades que á realizarlos le llevaron.

Topete representa en la España democrática el papel que en otras edades ha estado destinado á los leales con los reyes absolutos: leal servidor de una idea, el hombre de Cadiz ha sacrificado por ella las más caras afecciones, y una duda ha sido para él, en cuestión de principios nube ligera que no ha podido apartarle del camino que sus amigos seguían.

Podemos decir de él que personifica esa mezcla entre las hidalgas cualidades de la España de ayer y los nuevos principios proclamados, que ha de formar nuestra España de mañana. Hay en este enérgico carácter toda la honradez de los antiguos caballeros y el recto sentido de las modernas sociedades.

En 1868 tuvo el talento de conocer el momento oportuno para satisfacer las necesidades de su patria, y el heroísmo y la inquebrantable firmeza que para realizar la empresa necesitaba: como á revolucionario, obró con acierto; con valor como á soldado.

Después fué hombre de gobierno sin ser hombre de partido, distinción que las ambiciones personales hacen con sobre de personalidad y falta de patriotismo; después fué ministro, y así detalló con sus decretos la obra comenzada como la ensalzó con discursos en que el raciocinio

no se sujetaba al sentimiento; después le hemos visto aceptar todos los puestos con tal de no renunciar á la idea, y por último, como si el buen génio de la revolución de Setiembre necesitase de todo el esfuerzo de sus defensores, acudió á la cita que al rededor de un lecho de muerte reunió á los hombres de nuestra revolución.

El corazón del caballero, la franqueza del marino, el entusiasmo del revolucionario y la enérgica iniciativa del hombre de gobierno son los más descolantes rasgos que hoy trasladamos al lienzo. Fondo sean del cuadro las aguas de Cádiz, que guardaban la derrota de Trafalgar y el ensangrentado recuerdo del Trocadero para mostrárselos al hombre que, con un grito de libertad borró el recuerdo de la ineptitud y la crueldad del despotismo.

Como todos los hombres que inician las revoluciones, podríamos decir de Topete que ha recibido su sér de su obra; pero hay otro nombre que en la vida de Topete puede escribirse á la par del de Cádiz: el Callao; pues en la existencia del ilustre marino la gloria de las armas sirve de base á la nombradía del revolucionario.

Concluamos el retrato: si quisiésemos retocar, nos robaría fuerzas de raciocinio la fuerza del sentimiento que, excitada por los recuerdos evocados, haría temblar la mano que maneja el pincel. Lo hemos dicho ya: hoy ha hablado la simpatía y el cariño; hoy colgamos en nuestra galería uno de los más queridos retratos de los hombres de la revolución.

ANTONIO LLABERÍA.

## LA PEREGRINACION DE CHILDE-HAROLD, POR LORD BYRON.

Traducción de D. Gabino Serrano.

(Continuación.)

LXXI. Todos los pueblos tienen sus locuras; pero no son estas las tuyas, ¡oh bella Cádiz, que te contemplas en el sombrío azul de las aguas! Apenas la campana de la mañana lanza las nueve campanadas, dedícase tus pios habitantes á contar los granos de su rosario, y no es poco el trabajo de la Virgen — la única que, en mi opinión, existe en el país — teniendo que redimir de un golpe tantos grandes pecados, cuantos son los fieles que le imploran. Terminada semejante ocupación, dirígense en tropel al circo, donde grandes y viejos, ricos y pobres se manifiestan igualmente ávidos del mismo espectáculo.

LXXII. Abierta está la lid y libre la espaciosa arena, apiñados los unos contra los otros, millares de espectadores llenan el circo; de modo que, mucho tiempo antes de hacer la sonora trompa la primera señal, no encuentran sitio alguno desocupado los curiosos calmados. Abundan los *don*, las *grandezas* y especialmente las mujeres de maduros ojos, muy dispuestas, por otra parte, á proporcionar el bálsamo que ha de restañar las heridas por ellas abiertas. Nadie puede, imitando á los poetas latinos, quejarse de que su frialdad desdenosa le haya condenado á morir á los crueles rayos de amor.

LXXIII. Cesan los murmullos de la concurrencia, y cabalgado en nobles corceles, con blancos penachos, espuelas de oro y ligeras lanzas, avanzan por el circo saludando á los espectadores, cuatro caballeros preparados para la peligrosa justa. Todos lucen ricas bandas y sus cabalgaduras hacen graciosas corvetas. Sus deseos al tomar parte en tan temibles pasatiempos no son otros que los de arrancar ruidosos aplausos de la multitud y obtener la amable sonrisa de las damas: tal es el premio de sus proezas, y de él se pagan igualmente los monarcas y los guerreros.

LXXIV. Vistiendo un magnífico traje y una ostentosa capa, pero siempre á pié, el ligero matador colócase en el centro de la plaza, á fin de asaltar al rey de las mugidoras boyadas; recorriendo, empero, con paso cauteloso todo el terreno, temeroso de que algún obstáculo imprevisto perjudique su destreza. Su arma es un sencillo dardo, así que solo combate de lejos, que es cuanto puede hacer el hombre sin la ayuda del corcel, frecuentemente condenado á derramar su sangre.

LXXV. Tres veces ha sonado el clarín, y dada así la señal y abierto el antro, domina la silenciosa expectativa en las apiñadas filas de los espectadores. De un salto lanzase el poderoso bruto en mitad de la arena, pasea en torno la feroz mirada, golpea el suelo que retumba, pero no se arroja ciego sobre su enemigo. Agita de uno á otro la mano frente amenazadora, como para medir exactamente su primer ataque; azótase los flancos con la coa movida por el furor, y ruedan en las órbitas sus ojos rojizos y dilatados.

LXXVI. Detiénese repentinamente, y fija la mirada... ¡Atrás, joven imprudente, atrás! y apresta la lanza, pues ha llegado el momento de perecer, ó de mostrar aquel arte con cuyo auxilio estás aun á tiempo de detener la furiosa

embestida del monstruo. El ágil corcel se caracolea oportunamente, y el toro, no sin recibir la herida, prosigue su carrera, vomitando espuma: un arroyo de púrpura mana de su costado, y vuela y se encorva ciego de dolor. Sucédense uno tras otro los dardos; acuden las lanzas las unas en pos de las otras, y el animal exhala sus sufrimientos en prolongados mugidos.

LXXVII. Sin que nada le atemorice, ni las lanzas, ni los dardos, ni los precipitados saltos de los caballos, vuela hacia atrás. ¿Qué pueden contra él el hombre y sus destructoras armas? Inútiles son, y aun lo es más su fuerza. Un valeroso corcel yace ya cadáver; otro—¡horrible espectáculo!—vomita los intestinos por la ancha herida, y á través de su sangriento pecho véase palpitar los órganos de la vida; pero aunque mortalmente herido, arrastra los débiles miembros, y aunque vacilante, lucha y salva del peligro á su ginete.

LXXVIII. Vencido, en fin, ensangrentado, faltar de aliento, rabioso, el monstruo se halla en el colmo del furor. Mantiénesse inmóvil en medio de la arena, rodeado de dardos, causa de sus heridas, de pedazos de lanzas que sirvieron para herirle, y de los enemigos á quienes supo poner fuera de combate. Rodándole los matadores agitando las rojas capas y blandiendo el hierro mortal. Por otra vez lánzase en medio de sus enemigos con la rapidez del rayo. ¡Impotente rabial! Una mano páfida desenvuelve el velo funesto que cubre sus ojos inflamados: todo concluye, y la fiera rueda por la arena.

LXXIX. En el punto mismo en que su robusto cuello se une á las vértebras, sumérgese como en su vaina el arma mortal. Detiéndose y estremecese resistiéndose á retroceder: va dejándose caer pausadamente entre gritos de triunfo, y muere sin exhalar un gemido, sin hacer una contorsión. Aparece entonces un carro lujosamente adornado, y en él se coloca el cuerpo del animal, ¡espectáculo grato á la multitud! Cuatro caballos que desprecian el freno, tan ágiles como bien enjaezados, arrastran la pesada carga con tal prontitud, que con dificultad puede seguirlos la vista.

LXXX. Tales son los horribos juegos que encantan á las vírgenes y jóvenes españolas. Avezados de temprano al derramamiento de sangre, su corazón se recrea en la venganza y goza en los agenos sufrimientos. ¡Cuántas enemistades privadas turban y ensangrientan los pueblos! Cuando todos debieran unirse en patriótica falange para hacer frente al extranjero, no son ¡ay! pocos los que permanecen en sus pobres cabañas, aguzando secretamente el puñal que derramará la sangre de un amigo, arrancándole la vida.

LXXXI. Los celos, empero, no reinan ya en España; las rejas, los cerrojos, la prudente dueña, el antiguo centinela y todo lo que subleva las almas generosas, todo aquel lujo de precauciones que el viejo enamorado empleaba para encadenar la belleza, todo ha caído en olvido con el siglo que ha terminado. Antes que reventara en los actuales horrores la presente guerra, ¿quién más libre en el mundo que la joven española cuando, sueltas las largas trenzas de su cabellera, saltaba en la verde campiña sonriendo la reina de la noche á sus danzas y amores?

LXXXII. ¡Oh! A menudo, muy á menudo Harold había amado ó soñado que había amado, ya que no pasa de ser un sueño la dicha; pero entonces su caprichoso corazón estaba ya insensible, porque no había aun bebido las aguas del olvido, y sabía por la reciente experiencia que nada tan suave tiene el amor como sus alas. Por más bello, joven y encantador que nos parezca, en el fondo de sus más deliciosos placeres, encuéntrase la amargura que corrompe su manual, el veneno que se derrama sobre sus flores.

LXXXIII. Con todo, no era insensible á los encantos de la belleza, pero impresionábase como se impresionaba el sábio. Y no es esto decir que la sabiduría hubiese fijado nunca en un alma tal como la suya sus castas é imponentes miradas; pero la pasión huye, ó se consume y sucede el reposo, y el vicio que se abre por sí mismo voluptuosa tumba, había enterrado para siempre las esperanzas de Harold. Desgraciada víctima de los placeres, un sombrío tedio de la vida había escrito en su frente arrugada la fatal sentencia de Cain.

LXXXIV. Espectador insensible, no se confundía con la multitud, aunque no la mirara con el odio del misántropo. Deseaba tomar parte en las danzas y cantos; pero, ¿cómo sonreír cuando nos sentimos abrumados por el destino? Nada de lo que se ofrecía á su vista podía amenguar su tristeza. Un día, sin embargo, trató de luchar con el demonio que le mataba, y hallándose pensativo en el tocador de una bella, dejó escapar esta improvisación dedicada á aquellas perfecciones, no ménos seductoras que las que le habían seducido en más felices tiempos.

#### Á INÉS.

1. No sonrias ante mi abrumada frente, porque no puedo ¡ay! corresponder á tu sonrisa. Permite el cielo que nunca hayas de derramar lágrimas, lágrimas quizá derramadas en vano.

2. ¿Quieres saber qué secreta desdicha envenena mis alegrías y mi juventud? ¿Y para qué deseas conocer un dolor que ni siquiera tú podrías dulcificar?

3. No es el amor, ni el odio, ni los honores que perdiera la vana ambición, lo que me obligó á maldecir mi suerte presente y á huir de todo lo que amaba.

4. Es el fatal hastío que me inspira todo lo que veo y oigo: la belleza no me place; apenas tienen encantos para mí tus mismos ojos.

5. Es la sombra tristeza é incansante que por do quiera arrastraba consigo el fratricida hebreo: tristeza que no se aureve á mirar más allá de la tumba, y que no puede esperar ningún reposo más acá.

6. ¿Quién puede desterrarse de sí mismo? A través de los más remotos climas el azote de mi vida, ese demonio que llaman pensamiento, me persigue siempre.

7. ¿Cuántos parece que se entregan con delirio al placer, hallándolo en lo mismo que yo abandono! ¡Oh! plegue al cielo que prosigan en sus sueños de ventura, sin despertarse nunca, á lo ménos en el estado en que yo.

8. Mi destino es errar á través de cien comarcas, perseguido siempre por un fatal recuerdo, y mi único consuelo saber que, acontezca lo que quiera, he sufrido ya lo más terrible.

9. ¡Lo más terrible! ¿Y qué es ello? ¡Ah! no lo preguntes, por piedad no lo preguntes: vuelve á tus sonrisas, y desiste de sondear un corazón... en el cual llegarías á descubrir el infierno.

LXXXV. ¡Adios, bella Cádiz! Si, adios por mucho tiempo. ¿Quién puede olvidar la vigorosa resistencia de tus murallas? Cuando todos hacían traición á su fe, tú sola te mantuviste fiel: tú, la primera en sacudir el yugo, fuiste la última en ser subyugada; y si en medio de escenas tan terribles y de tan rudos ataques, han enrojado el pavimento de tus calles algunas gotas de sangre española, fué esta la del único traidor (!), víctima de la ofensa que infiriera. Todo fué noble en tu recinto, excepto la nobleza; nadie besó las cadenas impuestas por el vencedor, exclusión hecha de tu degenerada nobleza.

LXXXVI. Tales son los hijos de España, cuya suerte es ¡ay! extraña en demasía. Hoy combaten por la libertad, sin haber nunca sido libres; pueblo sin rey, sostienen una monarquía decrepita, y habiéndolos abandonado el soberano, luchan todavía, fieles á la tradición en aquel encarnada. Dependes esto de que aman su patria, aunque no le haya dado más que la vida, de que un justo orgullo les descubre el camino de la libertad. Rechazados, persisten en el ataque: «¡Guerra!»—exclaman á cada instante;—«¡guerra! aunque hayamos de hacerla á puñaladas!»

LXXXVII. Vosotros los que deseáis tener amplias noticias sobre España, leed las páginas en que se describen estas sangrientas luchas. Todo cuanto puede inspirar en daño del usurpador extranjero la venganza más implacable, ha sido puesto en práctica contra los franceses; todo se ha convertido en arma en manos del español; todo, desde la fulminante cimitarra, hasta el traicionero puñal. ¡Quiera el cielo que con semejante proceder pueda salvar á su hermana y á su esposa! ¡Concedale el cielo la dicha de derramar la sangre del último de los agresores! ¡Y permita Dios que en todas partes reciba semejante invasión tan terrible castigo!

LXXXVIII. ¡Os sentireis por ventura dispuestos á tributar una piadosa lágrima á los que así sucumben? ¡Contemplad en esas arrasadas llanuras las huellas de sus pisadas! ¡Contemplad sus manos tintas en sangre de mujeres! Entonces sin reparo alguno, abandonareis sus insensibles cadáveres á los perros; en onces dejareis á los buitres esos restos, que acaso serán desdeñados hasta por semejantes aves de presa. Es necesario que sus blanqueados huesos y esas manchas de sangre que nadie conseguirá borrar, impriman en el campo de batalla el horrible y duradero sello que descubrirá á nuestros nietos las horribos escenas de que hemos sido espectadores.

LXXXIX. ¡Más ¡ay! que aun no ha tocado á su fin tan terrible obra! Nuevas legiones descienden de los Pirineos; oscurecese el porvenir; apenas se ha dado principio á la horrible tarea y los mortales ojos no pueden columbrar su fin. Las naciones subyugadas tienen fija la vista en España; pues si logra su libertad hará independientes más países que no esclavizara en otro tiempo el cruel Pizarro. ¡Extraña coincidencia! Mientras el apogeo de Colombia alivia los males que han sufrido los hijos de Quito, la devastación y la carnicería se ensañan en la madre patria.

XC. Ni toda la sangre vertida en Talavera, ni todos los prodigios de valor hechos en Barossa, ni en fin, ese osario humano, Albuera, han bastado á proporcionar á España la conquista de sus más sagrados derechos. ¿Cuándo será, pues, reverdecer el olivo en sus llanos? ¿Cuándo podrá reposar el tan sangrientas faenas? ¡Cuántos días de alarma trascurrirán aun, antes que el expoliador abandone su presa y se aclimate en este suelo que lo adopta el árbol exótico de la libertad!

XCI. Y ya que mi inútil dolor se exhala á pesar mio del corazón, mezclándose con mis cantos, ¡oh, tú, amigo!... (2) Si á lo ménos te hubiese derribado el acero como derriba á los héroes, el orgullo serviría de consuelo á las lágrimas de la amistad; pero ¡morir sin haber hecho proezas, sin ceñir laureles, olvidado de todos, ménos de este corazón solitario, y confundir tu cadáver ileso con esa multitud de célebres difuntos, mientras la gloria orna otras muchas frentes menos dignas!... ¿Qué has hecho para no lograr otra que esa oscura muerte?

XCII. ¡Oh, tú, el más antiguo y más querido de mis amigos! Querido á este corazón que tantas amistades ha perdido, aunque arrebatado para siempre á mi inconsolable alma, no niegues tu presencia á mis sueños. Por la mañana,

(1) El gobernador Solano, asesinado por el populacho en Mayo de 1809.

(2) John Wingfield, amigo de Byron desde la edad de diez años, y muerto en Colombia de fiebre.

despierto el sentimiento de mis dolores, renovaré mis lágrimas, y mi imaginación se complacerá en vagar por los alrededores de tu tumba, hasta el día en que, volviendo al polvo mis humildes restos, reposen juntos el amigo ya muerto y el que hoy le llora.

XCIII. Hé aquí el canto primero de la peregrinación de Harold. Los que quieran seguirle más lejos hallarán noticias suyas entre otras páginas, si el que compone estos versos puede hilvanar algunos más. ¡Bastaría con lo dicho hasta aquí!... ¡Silencio!... desapiadado crítico. ¡Paciencia!... y se sabrá lo que vió nuestro peregrino en otras comarcas á donde le arrastró su estrella; comarcas en que se levantaban los monumentos de la antigüedad, antes que la Grecia y sus artes hubiesen sucumbido á mano de los bárbaros.

#### CANTO SEGUNDO.

I. Desciende, ¡oh! sabiduría, vírgen celeste de azulados ojos... Pero ¡ay! que nunca fuiste tú quien inspiró los cantos de un mortal. Aquí, oh Minerva, se elevó tu templo y aquí se levanta aun, á pesar de la desolación de la guerra, del incendio y del tiempo que ha desterrado tu culto. Pero el acero y las llamas y el lento trabajo de los siglos son ménos destructores que el cetro temible y el funesto reinado de esos hombres agenos al sagrado fuego que enciende en las almas civilizadas tu recuerdo y el de tus queridos hijos.

II. Hija de las edades, ¡augusta Atenas! ¿dónde están tus esforzados varones y dónde tus generosas almas? No existen ya, y solo aparecen como un resplandor en los ensueños sobre el tiempo pasado. Ellos, los primeros en la senda de la gloria, conquistaron la palma de ésta y desaparecieron... ¿Y habrás de contentarte con servir de tema en las escuelas y llenarnos de admiración por espacio de horas enteras? En vano busco hoy en tí la daga del guerrero y el manto del filósofo, y solo se contempla en las ruinas de tus torres, ennegrecidas por la bruma de los tiempos, la pálida sombra de tu grandeza.

III. Levántate, hijo de la mañana, ven, aproxímate y sin ultrajar esta indefensa urna, contempla estos lugares, sepulcro de una nación, morada de dioses, cuyos altares fueron derruidos. Esos mismos dioses se ven obligados á abandonar su puesto, pues á cada religión toca su turno. Ayer imperó Júpiter, hoy Mahomet, y otras creencias surgirán con los siglos, hasta que el hombre se persuada de que en vano consume incienso y sacrifica víctimas; de que es débil hijo de la duda y de la muerte, cuya esperanza se apoya en un junco.

IV. Encadenado á la tierra, levanta sus ojos hacia el cielo, como si no fuera suficiente, desgraciada criatura, saber lo que eres. ¡Es, por ventura, la existencia un tan precioso don para que ambiciones vivir más allá de la tumba; ingresando en desconocidas regiones, donde quiera, con tal de que abandones la tierra para penetrar en el cielo? ¡No podrás nunca fin á tus ensueños de felicidades y alegrías venideras? Examina y palpa este montón de polvo antes que lo arrastre el viento; esta estrecha urna conviene más que millares de nomías.

V. O bien escava en la desierta orilla hasta encontrar el elevado túmulo, donde reposa el antiguo héroe. Murió y las naciones que juntamente con él se sintieron morir, vinieron á gemir junto á su mausoleo. Ahora de aquella entristecida multitud ni uno solo llora; ningún guerrero fiel á la memoria de aquel visita este sitio, donde, según cuenta la tradición, los semidiosos aparecían á los mortales. De entre esos esparcidos restos, recoge ese cráneo, y dime si es este el templo donde puede habitar un Dios. Hasta el mismo gusano de las tumbas acaba por despreciar tan ruinosa celda.

VI. Contempla ese destrozado arco, esas paredes ruinosas, esas desiertas habitaciones y esos pórticos desfigurados. Todo ello constituyó en otro tiempo la magnífica morada de la ambición, el dosel del pensamiento, el palacio del alma. A través de las apagadas órbitas, descúbrense el brillante asilo de la sabiduría, del espíritu, de mil indomables pasiones. Todo lo que han escrito los santos, los sabios ó los sofistas, será bastante á poblar esta torre abandonada, á restaurar este edificio.

VII. Razon tuviste, ¡oh! tú el más sábio de los atenienses: «Todo lo que sabemos es que no podemos saber nada.» ¿Por qué retroceder ante lo inevitable? Cada cual tiene sus pesares, pero los débiles deplorar males imaginarios producto de las cavilaciones de su cerebro. Busquemos lo que la casualidad, el destino nos señala como el primero de los bienes. La paz nos espera á orillas del Aqueronte, y allí saciado el convidado, no se ve en la precisión de buscar otros banquetes. El silencio dispone el lecho en que se goza de un reposo que nunca nos hasta.

VIII. Sin embargo, si como han pensado los hombres más virtuosos existe allende la negra rivera un reino de almas, objeto de confusión á causa de la doctrina de los saduceos, y de esos sofistas que se envanece vanamente de sus dudas ¡cuán dulce sería adorar allí el origen del ser, de concierto con los que han aliviado nuestros trabajos mortales! ¡Escuchar de nuevo todas esas voces que no creímos escuchar ya nunca más! ¡Contemplar por nuestros mismos ojos esas sombras veneradas, el sábio de Bactriana, el filósofo de Samos, y todos los que han enseñado la virtud!

IX. Allí es donde te veré, ¡oh tú, cuya amistad solo pudo estinguirse con la vida (1), y que

(1) El joven Eddiestone, el amigo de Byron en Harrow. Véase las Horas de ocio.

me dejaste acá abajo para amar y vivir sin objetar ¡Oh hermano gemelo de mi corazón, yo no puedo creer en tu muerte, cuando la activa memoria te pinta en mi cerebro con caracteres de fuego! Sea: yo soñaré todavía que nos podemos reunir y acariciar esa visión en mi seno que tú dejaste vacio. Si sobrevive en nosotros algo de nuestros juveniles recuerdos, sea cual fuere el porvenir... será bastante dicha para mí el saber que tu alma es feliz.

X. Pláceme sentarme sobre esta piedra maciza, base todavía firme de una columna de mármol; hijo de Saturno, aquí estubo tu residencia favorita, la más espléndida entre tan espléndidas moradas; aquí intento yo encontrar los vestigios que indican la grandeza de tu templo; ¡vana tentativa! ni el ojo mismo de la imaginación puede resucitar lo que los esfuerzos del tiempo han destruido. Sus orgullosas columnas merecen ciertamente algo más que un recuerdo fugitivo, y sin embargo cerca de ellas se sienta impasible el musulmán y el frívolo griego pasa cantando.

XI. Pero de todos los despojadores de ese templo que domina sobre la altura, donde Palas había prolongado su estancia, solo por fuerza abandonado los últimos restos de su poder, ¿cuál fué el último y más odiado? ¡Ruborízate, oh Caledonia, de haber engendrado tal hijo! ¡Feliz soy, oh noble Inglaterra, de que ese hombre no te pertenezca! Tus libres ciudadanos deberían respetar lo que fué libre en otro tiempo; y sin embargo se les vé violar los abandonados templos y elevarse los altares sobre el Océano que parece recibirlos con pena.

XII. Inabole objeto de triunfo para el moderno Picto, haber hollado lo que han sabido respetar el turco y el godo y el tiempo mismo. Debe tener el alma tan estéril y tan fría, el corazón tan duro como las rocas de su rivera natal, el hombre que pudo concebir y ejecutar el odioso designio de despojar á la desventurada Atenas. Sus habitantes, harto débiles para defender sus ruinas sagradas, han comprendido, no obstante, los dolores de la patria, y en ese momento han sentido con más crueldad que nunca el peso de sus cadenas.

XIII. ¡Y qué! ¿podrá decir jamás un inglés que Albion se ha gozado en las lágrimas de Atenas? Aunque esclavos á nombre tuyo han desgarrado su seno, tiembla si se descubre un atentado que haría avergonzarse á la Europa. ¡Cómo pues! ¡la reina del Océano, la libre Bretaña se encarga de los últimos despojos de un país devastado? Si, la que prestas un apoyo generoso á tantos pueblos que bendicen su nombre, arranca con mano de harpa unos restos desdichados que el tiempo ha respetado y que los tiranos han dejado en pie.

XIV. ¿Dónde está, pues, tu égida, ¡oh! Palas, esa égida que supo detener en su marcha al ferroz Alarico y la devastación que arrastraba consigo? ¿Dónde está el hijo de Peleo que el infierno no pudo detener en ese día fatal de la invasión de los godos y cuya sombra se apareció armada de su lanza formidable? Pues que, ¿no podrá Pluton dejar todavía una vez al héroe en libertad para arrancar su presa á un nuevo despojado? ¡Ay! Aquiles ocioso continúa errando en las orillas de la laguna Estigia y no viene ya á salvar la ciudad de Minerva.

XV. ¡Oh bella Grecia, frío es ciertamente el corazón del hombre al contemplarte no siente lo que el amante inclinado sobre las cenizas de la que amó; insensibles son los ojos que pueden ver sin lágrimas tus muros degradados, los restos de tus templos arrebatados por manos inglesas cuando era antes su deber proteger esas ruinas mortales. ¡Maldita sea la hora en que esos miserables abandonaron su isla para desgarrar de nuevo tu sangriento seno, y desterrar tus dioses á helados climas que les causan horror!

XVI. Mas ¿dónde está Harold? ¿Me he olvidado de seguir sobre las olas á ese sombrío viajero? Partióse de España sin soñar en nada de lo que echó á ménos todos los hombres; amante alguna vino á expresar ante él un dolor de encargo; ningún amigo tendió su mano para dar el adiós á ese frío extranjero que iba á buscar otros climas. Duro es el corazón que los encantos de la hermosura no pueden detener; pero Harold no sentía ya lo que sintió en otro tiempo y abandonó sin un suspiro ese teatro de encarnizamiento y de crímenes.

XVII. Cualquiera que haya surcado los azulados mares, ha contemplado, sin duda, y repetidas veces un magnífico espectáculo; la más bella, la más fresca de las brisas hincha la blanca vela, y la valiente fragata emprende su marcha: á la derecha del navegante, los mástiles, los camareros, la rivera, se alejan; á la izquierda el Océano se despliega en todo su magnífico esplendor; las naves del convoy se dispersan como una tropa de cisnes salvajes; y el buque ménos velero marcha con agilidad, tan dulcemente se agitan las olas alrededor de cada proa.

XVIII. Y ved en cada buque todo un aparato militar. El bronce lustroso de los cañones, la red tendida sobre cubierta, la voz ronca del mando, el rumor de la maniobra cuando, á una orden del jefe, los marineros suben á guarnecer los más elevados aparejos del buque. Escuchad el llamamiento del contra-maestre, los alegres gritos por medio de los cuales los marineros se alientan entre sí, mientras las cuerdas se deslizan por entre sus manos. Mirad al imberbe guardia marina que ahueca su voz infantil para aprobar ó reprobar; discípulo que sabe ya dirigir la dócil tripulación.

XIX. Sobre cubierta, aseado y pulcro como un cristal, el lugarteniente de cuarto se pasea

con gravedad. Un espacio queda donde solo el capitán avanza majestuosamente; silencioso y temido de todos, rara vez dirige la palabra á sus subalternos, si quiere conservar intacta esa subordinación severa, sin la cual no se puede conquistar el triunfo ni la gloria; pero los ingleses se someten á las leyes más duras cuando estas tienen por objeto ayudar á su fuerza.

XX. Soplad, soplad rápidamente ¡oh brisas propicias! hasta la hora en que agrandándose el sol estará próximo á apagar sus rayos; entonces el navío que lleva el pabellón almirante deberá disminuir sus velas para que los buques perseguidos puedan juntarse. ¡Ah, maldito retardo, crueles horas de ociosidad! Desperdiciar por indolentes chalupas una tan bella brisa! ¡Cuántas leguas hubieran podido hacerse de aquí á que cierre la noche! Pero nos mantenemos inactivos contemplando la mar tranquila, y la vela abatida cae á lo largo del mástil: y esto para esperar á esos maderos sin vida.

XXI. La luna se ha elevado: hé aquí una hermosa noche para el cielo. Largos surcos de luz se extienden á lo lejos sobre las olas juguetonas: esta es la hora en que los jóvenes suspiran en la ribera, en que las vírgenes añaden fe á sus juramentos: ¡pueda el amor sonreírnos también cuando volvamos á tierra! Entretanto el arco de un Arion bárbaro despierta la salvaje armonía tan grata á los marineros; á su alrededor se forma un círculo de oyentes satisfechos, ó bien danzan los marinos alegremente al compás de un aire conocido, tan frescos y alegres como si se hallasen en su playa libres todavía.

XXII. Harold apercebe las rocas de la costa á la derecha de Calpe. Allí Europa y Africa se contemplan. El país de las vírgenes de ojos negros y el del curtido moro se ven igualmente iluminados por los rayos de la pálida Hecate. ¡Cuán dulcemente se confunden sus rayos sobre las costas de España! A la débil claridad de su disco menguante, ¡con cuánta claridad se distinguen las rocas, la colina, la sombra silva, mientras que en frente los pardos y gigantescos montes de la Mauritania protegen las negras sombras desde su cúspide hasta la costa.

XXIII. Es de noche: esta es la hora en que la meditación nos recuerda que amamos en otro tiempo, aun, nuestro amor haya muerto. El corazón, llevando el luto de sus afecciones mentidas, aunque sin amigo ahora, gusta de soñar que tiene amigo. ¡Quién abate voluntariamente la cabeza bajo el peso de los años, cuando en él la juventud sobrevive á sus amores y á sus alegrías! ¡Ah! cuando dos almas unidas han olvidado su ternura, la muerte encuentra ya bien poco que destruir. ¡Oh dicha de nuestros años juveniles! ¡Quién no querría volver á ser niño!

XXIV. Así reclinados sobre el costado del buque bañado por el agua, contemplando el globo de Diana que se refleja en las olas, olvidamos todos nuestros planes de esperanzas y de orgullo, y á pesar nuestro nos volvemos hacia los años que dejamos atrás. No existe alma tan abandonada, de la que, un ser amado, más amado de lo que ella se ama á sí misma, no ocupe ó haya ocupado el pensamiento, y no venga á pedirle homenaje de una lágrima, relámpago de dolor cuyo brillo fatal en vano querría evitar nuestro apesadumbrado corazón.

(Continuará.)

LA SOTA DE BASTOS,

POR

José María Prollezo.

I.

Corría el mes de Julio de uno de los pasados años cuando dos jóvenes, uno de Cuba y otro de la América del Sur, se paseaban tranquilamente por el Central Park de Nueva-York.

Serian las cinco de la tarde, y á decir verdad, era una de las más hermosas que pueden presentarse en aquella ciudad aun en la estación del estío.

Caminaban los dos conversando alegremente, y al llegar á una de las encrucijadas que ofrecen los caminos cubiertos de enramadas que están esparcidos por toda el parque, donde había un banco rústico, hizo uno de ellos alto y convidó á su compañero á descansar un rato.

En efecto, admitido el convite por el otro, sacó un par de tabacos para obsequiar á su amigo, y después de haber encendido cada cual el suyo, entablaron el siguiente diálogo:

—¿Sabes que he determinado marcharme á Europa?

—Y yo á Méjico.

—Pero, ¿qué vas á hacer en Méjico en el estado en que está el país?

—¡Oh! mucho. Precisamente voy á jugar el todo por el todo; yo nada tengo que perder, y, como para mí ya es la cuestión de vida ó muerte, poco me importa lo que viniere.

Aquí el cubano guardó un momento de silencio, y habiéndole observado atentamente durante decía estas palabras, le interrumpió, agregando con calma:

—Bien, yo comprendo tu posición, y

sé que á pesar de ser arriesgado emprender tal viaje, no habrán de faltar medios de ingeniarte para pasarlo lo mejor que se pueda.—No se me oculta que hoy por hoy no te conviene permanecer más tiempo aquí, y en esa virtud no desecho los planes que, si te salen ciertos al realizarlos, coronarán la idea que te domina.—Pero dime, ¿qué haces de Mary, tu esposa?

—¡Bah! ¡Pues es pregunta! Se quedará en su casa.

—Y ¿tendrías valor para tanto?

—De sobra, y creo que mayor lo tuve cuando me casé, que para eso si me parece que fué para lo que lo tuve, y á prueba de bomba.

—Mira, Mariano, en todo es preciso andar con calma, y bueno es pensar lo que se dice.

—¿Y no es la verdad?

—Podrá ser; pero es necesario obrar con más tiento. Oyeme. Nunca es bueno hablar así, y no es la vez primera que te diga que pecas por falta de juicio, porque eres también imprevisito en demasía. ¿No te acuerdas ya de las mentiras que, según tú me has contado, te impulsaron á efectuar el casamiento?

—Sí, pero eso no hace al caso, pues mi resolución está hecha, y no queda otro camino que tomar; me marchó, y que diga cada uno lo que quiera.

—En fin, cada uno sabe lo que tiene entre manos, y allá te las avengas como puedas; pero esa conducta, francamente, no honra á ningún hombre.

Abrumado sin duda por la fuerza de tales reflexiones, Mariano quedó un rato en silencio, y aunque al parecer mostraba entereza, no dejó de manifestar en últimas cierta especie de vacilación, que indicaba como que sentía interiormente un recuerdo que hubiera querido deseoso apagar.

Volvióse al otro que permanecía tranquilo á su lado, y con cierto modo le dijo, procurando, sin embargo, disimular su turbación:

—Vamos, ¿qué he de hacer?

—Hombre, la respuesta es fácil y difícil á la vez. Preciso sería hablar, y mucho para poder acercarse á un término favorable.

—Bien: dime, ¿qué te parece que se debe hacer en caso semejante?

—Si hemos de ser francos, hablemos claro. Yo empiezo condenando tu conducta en primer lugar, único modo de proceder en justicia.

—¿De modo que también crees que yo?...

—Sí, ya sé donde vas á parar, pero no importa; yo te lo diré de una vez. Tú eres culpable.

—¿De qué pues?

—De todo, y por tanto no debes quejarte del estado en que estás, pues tú mismo has labrado tu desgracia sin ayuda de vecino.

—Pues dí, ¿qué he hecho yo?

—¡Eso dicen todos! ¿Qué has hecho? Está bien. Creo que más vale que registres las memorias de tu pasado y te evites así el mal rato de oírlo de boca extraña. ¡Es condición humana buscar siempre la disculpa, aun en presencia del hecho consumado!

—La sociedad es demasiado exigente, Félix, ¡es muy tirana!

Esta respuesta, si así puede llamarse, dicha con cierta expresión en que rebobaba la amargura con un tinte de desesperación, daba á conocer bien á las claras el estado de exaltación de ánimo del joven de nuestro cuento.

No bien acabó de proferir esas palabras, cuando el otro le contestó con energía:

—¿Tirana dices, eh? ¡Exigente la sociedad? ¡Oh! No digas eso, porque más que lástima me promueve á risa tal especie.

—Sí, lo digo y lo afirmo, porque sufro las consecuencias...

—De un error, ¿no es verdad?

Aquí guardó Mariano silencio por un largo rato, y su amigo, aprovechando la oportunidad, le invitó á continuar la excursión, aplazando para otra ocasión tratar del negocio. Como el estado de su espíritu no le era desconocido, á fin de distraerle se levantó del asiento diciéndole:

—Vámonos. Es tarde. Dejemos la conversación, y cada cual á sus visitas.

—Iremos á «Gramercy Park Hotel.»

—Convenido.

La noche empezaba ya á cerrar, cuan-

do los dos jóvenes, después de haber tomado los carros urbanos que conducen á la ciudad, pasando por University Place, se bajaron en Union Square.

Ambos entraron en la «Maison Dorcé.»

II.

Un día, yendo Félix por Braadway, se encontró con un amigo suyo de la niñez, y convidado por él á tomar juntos el lunch, entraron al efecto en el salón de «Taylor.»

Naturalmente, la impresión recibida al volverse á ver al cabo de muchos años, y más en país extranjero, hizo que hablasen, como sucede en esos casos, de todo á la vez y muy de paso, como si en un momento pudiera referirse una larga serie de sucesos.

Y esto es muy común. Los recuerdos se agolpan á la mente, y las ideas se suceden con excesiva rapidez.

Conversando estaban, cuando Mariano, que todavía no era conocido de Félix, llegó á la mesa, y le fué presentado por su amigo.

No bien hubieron pasado los primeros cumplimientos, cuando la conversación empezó á animarse por grados, y muy pronto se hizo de toda confianza.

—¿Sabes, decía Mariano á Luis, que así se nombraba el paisano de Félix, que he pasado unos días deliciosos? No eres capaz de figurarte lo que me he divertido en este último viaje á Saratoga.

—¿Y qué tal? ¿Estaba allí tu pretendida?

—Vaya que sí estaba. Todas las noches nos reuníamos y pasábamos el rato tocando el piano y bailando en grande.

—Pues ya es buena vida, interrumpió Félix.

—Como que sí es. Pero ante todo, dijo Mariano dirigiéndose á Luis, manda traer cerveza para mí, que lo deseo.

En efecto, llamóse al dependiente, y hecho el nuevo pedido continuaron la conversación.

El tal Mariano era uno de esos tipos bastante marcados. Siempre muy elegante, gastador y más echador todavía; de estatura regular, por no decir pequeña, y fisonomía no muy expresiva, aunque bien revelaba no llevar grabado el sello del juicio.

Amigo de la vida libre, sin pensar jamás en el día de mañana, tanto le importaba enamorar una mujer como tomarse una botella de cerveza. Padrino, por lo común, cuando no arreglador ó testigo de duelos, tal era el destino oficial de aquel mozo, cuya vida tenía cuenta abierta en el presupuesto de los demás.

—Con que dime, Mariano, ¿cómo te va ahora? le interrumpió Luis.

—¡Ay! Luis, á la verdad, mejor que nunca. He ganado mucho, y creo pasar una buena temporada.

—¿Y qué harás?

—Casarme.

—¿Tú?

—Yo.

—Pero, ¿no comprendes que sería una atrocidad semejante conducta?

—Y á mí que se me da.

—Vamos. ¿Qué piensas hacer con esa pobre muchacha?

—Mucho. Ya lo verás.

—Mira. Ese engaño en que la tienes, diciéndola que eres rico en Cuba, y otras tantas, pudiera pasar, mientras no se tratase más que de pasar el rato; pero cuando la cosa es ya trascendental, como un casamiento nada menos, no es justo, ni honrado proceder de tal manera.

—Déjese de sermones, compañero, y déje que cada uno se busque la vida.

—Pero no á costa de una mujer.

—Pues ya estoy decidido, y no ando ni un paso.

—En fin, haz lo que mejor te plazca, que no otro será el responsable sino tú.

Félix á todo esto callado, y observando la actitud de su nuevo conocido, que, en honor de la verdad, tenía maneras cultas y simpatía para todos, porque sabía agradar, á pesar de sus defectos.

Allí se discutieron varios particulares de los que comúnmente tratan los jóvenes, y salieron á plaza las aventuras de cada cual y se charló de todo por pasar un rato.

Félix, que aunque franco en apariencias, era no obstante reservado, no dejó por eso de intimar con Mariano que muy pronto supo granjearse su buena voluntad.

Despidiéronse, en fin, y cada uno se

marchó por su rumbo, habiéndose antes ofrecido mutuamente sus respectivos servicios, y citándose para otra ocasión en hora y lugar más oportunos.

III.

Así fué el conocimiento de Félix y Mariano.

Muchos días pasaron, y como con frecuencia solían verse, no tardaron en tener relaciones, encontrados en opiniones, sin embargo.

Al cabo de algún tiempo ya Félix conocía bien qué casta de pájaro era el amigo Mariano, y se resguardaba de él como era conveniente y precavido.

Raro era el día, sin embargo, que dejaban de verse, siempre que ambos estuviesen en Nueva-York. Como todos los que frecuentan los lugares públicos se encuentran sin querer, así se veían estos dos jóvenes concurrentes á un mismo círculo, por decirlo así.

Una noche, pasada la hora de costumbre en que se separaban, Mariano se separó de Félix manifestando la mayor alegría, aunque al día siguiente había de marcharse fuera de Nueva-York.

Trascurrido no poco tiempo, volvieron á verse, y no fué poca la sorpresa que causara á Félix la noticia verbal del amigo que le participaba haber mudado de estado como quien cambia de camisa, si no estuviese convencido de su vejeidad y poco seso.

Pronto volvíron á las andadas, encontrándose frente á frente á causa de su constante discordancia.

—Pero será posible, Mariano, que observes conducta semejante?

—Yo no veo motivo para que te escandalice una cosa tan corriente como un matrimonio.

—¿Te parece!...

—Sí, tú no sabes quienes son las americanas! Mira, si tú estuvieras en autos de ciertas cosas, no te tomarías siquiera la molestia de darte pena que uno las trate así. Yo me he casado por ahora, y si después no me conviene, conirme del país, está todo arreglado.

—¿Y serás capaz de tal cosa?

—Más valor he tenido para hacerlo, menos tendré para deshacerlo, desde luego.

—Cada loco con su tema. Tu cabeza te dará consejo, y tarde ó temprano tú expiarás las consecuencias de un mal paso que se dá en la carrera de la vida.

—Vaya un hombre raro éste, exclamó Mariano. Hablemos de otra cosa, y será mejor. ¿No sales hoy?

—Sí, pero más tarde.

—Pues entonces, nos veremos.

—Adios.

Así dijo, y se marchó.

Toda esta conversación había tenido lugar en la casa de Félix, que estaba situada en la calle 14.

Este vivía tranquilamente, lejos del torbellino en que figuraba Mariano, y en el cual había de desaparecer desgraciadamente, acercándose á su fin por sus pasos contados.

IV.

Volviendo al principio de nuestro cuento, diremos, como habíamos indicado, que después de aquella entrevista en el Central Park, los dos amigos habían entrado en la «Maison Dorcé.»

Ya hemos expuesto el motivo de las relaciones, la casualidad de haberse conocido, y sobre todo, la locura de casarse Mariano, por todo lo cual ya irán dando los lectores con el hilo de este ovillo.

Habían pasado muchos meses cuando volvió Mariano á Nueva-York, y fué precisamente dos días antes de aquel en que tuvo con Félix aquella conversación en que trataba de abandonar el país para correr nuevamente la suerte del emigrado.

Cualquiera puede figurarse el estado en que se encuentra un hombre que haya contraído obligaciones que la ley le impide burlar, y que acosado por las deudas, perdido y desacreditado, no halla otro camino que el del extranjero para poder así salir por lo ménos no muy mal trecho de la refriega.

Pues tal era la situación de Mariano. Sin crédito, lleno de compromisos, y á dos pasos del abismo, solo á los escasos recursos de unos buenos amigos no más, hubiera evitado el crimen y sus consecuencias.

El que no haya tenido pan que lo alimente, ni techo que lo abrigue en noche de invierno, no pudo sentir tanto como aquel que, abusando de una posición fic-

ticia, ha contraído compromisos que lo han arrastrado á carecer hasta de voluntad para vivir. Y esto le resultaba á Mariano.

Reunidos allí en la «Maison Dorée» estuvieron largo rato, y no habiendo querido Félix acompañarlo hasta más adelante en su excursión, determinó marcharse solo á «Gramercy Park Hotel.»

Vivían allí varios, por no decir muchos, americanos del Sur, y él también paraba en la casa al abrigo de los amigos que con sus escasos recursos lo socorrian.

Separado casi de hecho, pues había tres meses que había abandonado á su mujer so pretexto de evacuar ciertos negocios de interés, llevaba una vida en extremo difícil y azarosa.

Por eso había determinado abandonar el país, para lo cual no le faltaba valor, como ya le había dicho á su amigo en la entrevista que tuvieron.

Pero ante todo volvamos á «Gramercy Park Hotel.»

Llegar á aquella sala ó apartamento en que se reunían por la noche todos aquellos individuos, entre los cuales se contaba Mariano, era lo más divertido para el hombre observador por el golpe de vista que presentaba.

Una habitación de un quinto piso con ventanas reducidas y donde el calor hacía insoportable la permanencia en ella. En el centro una mesa cuyo tapiz era una sobrecama, y á su alrededor todos aquellos hombres sentados unos y los otros de pie, pendientes de la carta que describía el tahir que les proporcionaba ganancia ó pérdida con pasatiempo.

Allí se jugaba todas las noches hasta las altas horas, cuando no venía á sorprender al grupo preocupado por las veleidades de la suerte el primer rayo del sol de la mañana siguiente.

Mariano entró en su casa, y más que de prisa se interpuso entre dos que eran los más interesados, puesto que estaban casi echados sobre la mesa.

Luis, su amigo y compañero de glorias y fatigas, había ganado mucho, y tenía á su lado un montón de monedas. Mariano con toda confianza tomó unas cuantas, diciéndole:

—Con tu permiso—Aquí va mi suerte: O me enriqueces, ó si pierdo me levanto la tapa de los sesos.

Los jugadores no oyeron estas palabras en su mayoría, y algunos que volvieron la cara, apartaron del que lo había dicho la vista con la mayor indiferencia.

El que juega no tiene su espíritu más que en las cartas, y su vista vacila entre el dinero del banco y el que ha puesto él á la suya. En esos momentos la existencia está vinculada en las probabilidades del acertijo. Ganar ó perder. Hé aquí el término.

Una nueva carta salió, y Mariano, el primero entre todos, se adelantó y puso su dinero sobre ella.

Cada cual hizo otro tanto, unos en esa, otros en la contraria.

—Alto ahí, dijo Luis. No consiento que con mi dinero me corten el juego.

Esas son preocupaciones de jugador. Pero Mariano, que se hallaba obligado, tenía que respetarlas en este caso, que otro no hubiera cedido tan fácilmente. Retiró, pues, la cantidad y esperó.

Otra carta vino. En el acto el semblante de Mariano se iluminó de gozo, y su mano trémula depositó sobre ella las monedas.

Era una *sota de bastos*. Todos fueron en su contra. Mariano permaneció inmóvil, y su vista no se movió un instante de la carta. Su suerte dependía del dedo del tahir.

Vino la primera, llegó la segunda, después la tercera, y nada. Algunos querían salirse ó cambiar el juego, pero Mariano no se movía; apenas respiraba.

—¡Cerro, señores? dijo el banquero. Y diciendo y haciendo, su dedo descubrió una carta.

Era el rey de oros.

La *sota* había perdido.

Mariano palideció, y con paso vacilante se retiró del corro.

Luis había ganado, porque ya se evitaba la molestia de volver á decir nada á su desgraciado amigo. Mariano aun conservaba algunas puntas de honrilla y no había de volver á tomar ningún dinero.

El juego envilece los sentimientos. El que está sentado junto al tapete pide,

coje, se empeña, adula, y hasta aguanta el insulto si no tiene y ha perdido.

La burla de la suerte lo empequeñece al extremo de hacerle perder el recuerdo de la dignidad varonil.

Y cuántas veces una mujer tuvo confianza y entregó su afecto á un individuo á quien por repugnancia despreciara altamente!

Sobre el tapete se aventura la honra. Debajo está el abismo.

Muchas veces se encontró el pié delicado de una dama con la bota de un caballero que prendía su vestido. Y así se hermanan la desgracia y la prostitución.

La sesión se había suspendido. Daban la una de la noche, y Mariano á estas horas ya había salido, apenas perdió, con la desesperación del condenado.

## V.

Al día siguiente una muchedumbre de gentes se agolpaba junto á uno de los muelles del río del Norte.

Vendedores de periódicos, de baratijas, y chicos de mala calaña, limpia-botas y fruteros.

Un buque salía en esos momentos del puerto de Nueva York, con dirección á la Habana.

Allí iba sentado un hombre á la proa, triste y meditabundo.

Sobre su cabeza pesaba un mundo de recuerdos, y en su conciencia se despertaban crueles remordimientos.

Por una mala comprensión de cálculo había contraído los lazos de familia, y en poco tiempo había dilapidado los pocos recursos de que podía disponer la que había abandonado y era mujer suya. Había abusado de toda su vida, y ya cansado y presa de los mayores remordimientos emprendía un viaje á tierra desconocida para librarse á las aventuras de una vida llena de desgracias y sinsabores.

Su recreo favorito, que le había interrumpido desde la edad más tierna de la juventud, la adquisición de un porvenir, había sido el fatal vicio del juego. A él había entregado su suerte, y no había sufrido todavía más que la inconstante conducta de tal pasión.

Mediante los escasos medios de sus amigos, que tal vez siguiendo la misma senda correrían igual suerte, había podido despejar la situación.

Pero hasta la última vez apuró el recurso de la fortuna. Había jugado antes de marcharse para siempre.

Antes de embarcarse se había despedido de Félix, que le estrechó la mano infundiéndole confianza.

Serían las cinco de la tarde cuando salía de la bahía de Nueva York el vapor que conducía á Mariano, pobre y acorralado, después de haber entrado por el mismo puerto alegre y lleno de esperanza, antes de confiar su porvenir á las dudosas probabilidades de una *sota*, que fué por mucho tiempo la carta favorita de aquel proscripto por su voluntad del hogar que creó para abandonarlo lleno de frias cenizas.

Pasaron muchos tiempos, y no volvió á saberse del paradero del huésped de *Gramercy Park Hotel*.

## JOYAS Y ALHAJAS.

ó SEA:

su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por

J. F. y V.

(Continuación.)

La más rica cristalización del rubí, no es como en el diamante el octaedro, sino el prisma hexagonal, como la del cristal de roca; pero sin las pirámides hexagonales que terminan el prisma de éste. Es sumamente frágil é infusible al soplete. Su peso específico es igual al del záfiro, esto es, de cuatro á cuatro y medio.

Ya hemos dicho la razón de la escasez de los rubíes de cierto tamaño en Europa, y de ella procede su considerable precio. Cuando se vendió la colección de piedras preciosas del marqués de Drée, un buen diamante de ocho granos (dos quilates) valió 3.200 reales, mientras que por un rubí de peso exactamente igual se pagaron 4.000. Un rubí de diez granos, fué vendido, en 5.600 rs.

### El záfiro.

Esta piedra es tan análoga al rubí, que muchos mineralogistas la consideran una variedad del mismo, sino que su color azul es un tanto menos suave que el encarnado de aquel. En su estado de mayor pureza, el záfiro es de un pre-

cioso color azul claro; pero desgraciadamente pierde mucho de su belleza á la luz artificial. La tinta del záfiro perfecto es blanda, rica, estropeada, ni demasiado ligera, ni demasiado cargada. Tal era el záfiro que los antiguos consagraron á Apolo.

El záfiro del brillante color azul claro de indigo, es también muy estimado.

Esta hialina pierde mucho de su valor según que es más ó menos limpia de nubes. A veces solo es trasparente en partes y manchada, y con veas de colores más fuertes en otras. Mr. H. P. Hope presentó en la exposición de Londres su tan conocido «záfiro maravilloso» que es azul de día y amatista de noche.

La asteria ó piedra estrella es otra variedad del záfiro, en la que se ve una estrella con seis rayos que brillan con gran refulgencia cambiándola de posición á los rayos del sol. Es semitransparente. El záfiro es infusible al soplete, y desarrolla electricidad por medio de la frotación. Un záfiro de diez quilates se regula en 4.200 reales de valor, y uno de veinte en 20.000 reales.

### La amatista.

La amatista oriental es una piedra de un precioso color de violeta, y la más rara de todas las hialinas; tan rara, que antes de la revolución de 1789 el rico banquero Mr. d'Angui, era la única persona privada que se supiese poseía una hermosa amatista. Es tan dura como el rubí y el záfiro, á los cuales corresponde también en cuanto á forma y peso específico. Es tan notable la riqueza de su color, y se presta á un pulimento tan brillante, que muchos mineralogistas se inclinan á considerarla un záfiro de color violeta, y á colocarla entre los diamantes de color, ó entre los rubíes.

La amatista occidental es un simple cristal ó cuerpo coloreado con peróxido de hierro ó manganeso, aunque con frecuencia defectiva de color, esto es, pintada de un extremo y blanca de otro. En su estado perfecto, sin embargo, es muy bonita y de un rico color púrpura de uva. Es susceptible de un pulimento brillante, y se parece mucho á su compañera oriental. Se la encuentra en cantos rodados, en los terrenos de aluvión, en el interior de los bloques, ó en los lechos de águatas; y finalmente, cristalizada, en venas, en las cavidades del *grünstein* y otras rocas.

El precio de la amatista oriental apenas puede determinarse á causa de su extremada rareza, y el de las occidentales se evalúa según su tamaño, belleza y riqueza de color. La amatista es la piedra que vemos en los anillos de los obispos. La occidental se suele encontrar de grandes dimensiones, y los antiguos las usaban no solo como adorno, sino que hacían de ellas copas que valían sumas enormes.

### El topacio.

El topacio es una piedra de forma prismática truncada, la más dura de todas las hialinas corindones á excepción del rubí y el záfiro. Su gravedad específica es de cuatro poco más ó menos.

Cuéntase que el emperador Maximiliano, que de una puñada rompió los dientes á un caballo, y de un puntapié le partió la pierna, pulverizaba también los topacios entre sus dedos. Cualquiera que fuese la piedra á que los romanos daban este nombre, no podía ser ciertamente la hialina corindon que nosotros conocemos con él, aun haciendo concesión de aquellas fuerzas al Goliath Traciano.

Esta hermosa piedra es de un brillante color de junquillo ó limón, y á veces dorado claro. El más estimado es el arrasado, que parece estar lleno de brillantes lent-juelas de oro. Su color debiera ser claro y perfectamente igual; pero las tintas varían según el país de donde proceden. En el comercio, el topacio egipcio suele pasar por oriental; pero puede distinguirse por su menor dureza.

El más estimado después del Oriental, es el topacio del Brasil, y es también el que le sigue en dureza: su color es naranja oscuro, y admite el más fino pulimento.

El topacio bohémio es de color oscuro de jacinco, y á veces de una tinta parduzca.

El topacio sajón es durísimo, extremadamente brillante, y de un color amarillo trasparente. Pierde su color al fuego en un pequeño crisol, ó al del soplete, ó cubierto de ceniza ó arena y calentado, convirtiéndose en blanco perfecto.

Se encuentran topacios también en el Voigtland á dos millas de Auerback, en el cuarzo ó entre las areniscas cristalizadas, y algunas veces cubiertos de margas amarillas.

Hay también otras piedras llamadas topacios alemanes; pero no son sino una especie de espato vítreo, con las que no puede engañarse nadie.

El topacio no siempre es amarillo; lo hay también encarnado, que es la variedad más preciosa, y se confunde á veces con el rubí. El topacio azul es también una joya preciosa.

### El berilo.

Se encuentra esta joya en ejemplares de mayor tamaño que ninguno de los demás corindones. Son frecuentes las de una, dos y aun tres onzas de peso; en la exposición de Londres se presentó uno gigantesco ópaco, de la América del Norte, que pesaba 80 libras, y en el Museo británico se conserva otro casi de iguales dimensiones.

Se conocen dos clases de berilos: el oriental y el occidental. Su cristalización es poligonal; es trasparente, de color verde azulado, y á veces de un pálido verde-mar. Plinio sospechó que esta piedra podía ser una especie de esmeralda, y los mineralogistas modernos se han adherido

á esta opinión, pues ambas cristalizan en la misma forma, son de la misma dureza, y tienen igual gravedad específica. El nombre «esmeralda» se aplica solo á cierta variedad particular que presenta ese color peculiar de verde *esmeralda*, mientras que el de «berilo» se da indistintamente á todas las demás variedades que se distinguen por los colores verde-mar, azul pálido, amarillo de oro, y blanco.

El berilo oriental es trasparente y excesivamente brillante, de delicado color, participando del verde y del azul en iguales proporciones. La esmeralda es perfectamente verde, sin mezcla alguna de azul, y el záfiro es de un azul puro, pero sin sombra de verde, mientras que el berilo participa de ambos colores con un infinito número de sombras.

El oriental, sin embargo, es de sombras más decididas, más duro, y más susceptible de un pulimento fino que el occidental. Este último presenta también una preciosa mezcla de azul y verde-mar, y admite un buen pulimento. La luz artificial que roba al záfiro su tieta etérea, acrecienta por el contrario la brillantez del berilo.

### La esmeralda.

El bello color de la esmeralda es debido á 1 ó 2 por 100 de óxido de cromo que entra en su composición. Esta piedra está compuesta de sesenta y ocho partes de sílice, quince de alúmina, glucina con vestigios de limo, óxido de hierro y cromo. Rompe fácilmente en ángulos rectos respecto de su eje. Su cristalización es un prisma de base hexagonal, truncado por ambos extremos.

La esmeralda perfecta debe ser de un rico, suave, animado y puro verde de pradera sin defecto alguno; pero esta joya se presenta muy raras veces sin jardín, como vulgarmente se llama á sus veas, cuando llega á tener ciertas dimensiones. Se la ve comunemente oscurecida por manchas que suelen anular sus reflejos. Una esmeralda sin jardín ha pasado á ser un proverbio. Las buenas esmeraldas son tan raras y tan buscadas, que según M. Mawe se sabe de una colección de ellas que pasaron por una serie tal de compradores, que dieron la vuelta á Europa en el trascurso de medio siglo.

Es la menos pesada de las hialinas, pues su gravedad específica es solo de 2.6 á 2.77 como el cristal de roca, mientras que el del diamante y topacio es de 3.42, el de las piedras de la familia del záfiro de 4, y mayor aun el del zircon y granate. Es tan blanda, que á duras penas raya el cristal. Se la encuentra en forma de cristales de un hermoso color verde, incrustados en una especie de arcilla blancuzca. La presencia de estos depósitos en una roca de naturaleza y color tan diferentes de la esmeralda, solo puede explicarse por la intervención de la electricidad como causa del fenómeno. (1)

La esmeralda ha sido siempre favorita del público, y se la coloca, por tanto, inmediatamente después del rubí. Tiene también como este la ventaja de no perder de su belleza á la luz artificial. Comunmente se la rodea de brillantes, y así dispuesta, constituye uno de los adornos más preciosos.

La mejor esmeralda conocida estuvo en la gran exposición del año 1851. Tiene dos pulgadas de largo, y pesa ocho onzas. Las almendrilas de cuarzo se confunden frecuentemente con los berilos y vice-versa. Cuando estas sustancias están cristalizadas, el medio de distinguir las esmeraldas es estríado en sentido longitudinal, y sacrificando uno ó dos cristales puede salirse de duda observando la fractura; si se trata de la esmeralda ó el berilo, la fractura será plana ó como la del topacio; si del cuarzo, concóidea. (2)

### El crisólito oriental ó crisoberilo.

El crisólito oriental cristaliza en prisma exáedro, oblongo, de lados desiguales, terminado por dos tetraedros. Su color es un hermoso verde claro de manzana, y es susceptible de un bello pulimento.

Hay dos clases de crisólitos brasileños: uno algun tanto parecido en color al peridoto oriental, salvo una tinta amarilla, y que es un poco más oscuro, menos duro, y de pulimento menos fino.

El otro crisólito del Brasil, es de color pajizo con una delicada sombra verde; es muy duro, y recibe un buen pulimento. Se ha dado su nombre á sustancias minerales muy diferentes, como el crisoberilo, el peridoto, y ciertas variedades de los berilos y topacios. La fractura del berilo es concóidea, y su composición 80-25 de alúmina y 19-75 de glucina. La mayor piedra conocida de este género está en Rio Janeiro. Se la encuentra en Ceilan, Pegu y el Brasil.

### El peridoto ó olivina.

El peridoto es una bonita piedra de color verde aceituna, y tan suave que raya apenas el cristal. Se le halla con frecuencia, aunque en cristales muy diminutos, en la lava de los volcanes, y tiene la distinción de ser contada entre las piedras que se suponen caídas de la luna, que más bien deben de proceder de la atmósfera. Los buenos peridotos orientales traídos de la India son objetos preciosos de adorno, y es muy sensible que no se les dispense un poco más de favor. Se compone de silicato de magnesia (silicato 43-7 y magnesia 56-3) con una cierta cantidad de protóxido de hierro. Su cristalización es romboidal.

### La cimofana, ojo de gato (Bell'Ochio.)

Esta piedra, originaria de Ceilan, es de una tinta verdosa, extriada de amianto blanco, y posee á veces una apariencia lechosa y opalescente.

(1) M. Babinet.

(2) Professor Tennant.

te. Cortada en cabujón, presenta una banda de luz blanca flotante, producida por los reflejos de los filetes de amianto. Algunas variedades de esta piedra se llaman ojos de gato, porque cuando las hiera la luz en cierta posición, despiden uno ó más rayos brillantes de color ó sin él, que parten del interior, ó de la superficie, y de un punto como centro, extendiéndose hasta los bordes. Muchas piedras preciosas poseen á veces esta misma cualidad.

#### El granate.

No hay piedra que ofrezca mayor número de variedades que el granate, en color, forma y cristalización. Los hay de color rojo oscuro, amarillo, pardo oscuro, amarillo naranjado y también negro.

Los granates, en general, no tienen ni el brillo ni la transparencia de otras piedras, si bien debemos exceptuar el sirdio ó oriental venido de Siria ó Sorian, capital de Pegu, que es probablemente el oriental, y cuyo color es de un rico rojo de sangre. Este granate, como el rubí espinela, con el que se confunde, se llamó *carbunculus* entre los antiguos. Tiene á veces un rico color de violeta, con el que, si bien rara vez puede competir con la amatista, de la que se distingue, sin embargo, por la degradación de su color á la luz artificial, con la que adquiere un cierto tinte naranjado.

Los granates se componen de sílice, alúmina y una pequeña parte de óxido de hierro, al que deben su hermoso color. Cuando abunda en él con exceso, es en perjuicio de su esplendor, pues su tinta se convierte en un rojo pardo. La perfección de todas las piedras depende más de la calidad de los elementos que las componen, que de su completa solución y combinación íntima. Las tierras alcalinas, como la cal, la magnesia, y aun más, la potasa, parecen intervenir como disolventes, porque la alúmina completamente disuelta adquiere una cristalización de que por sí sola no es susceptible.

Los granates difieren mucho entre sí en tamaño y dureza: algunos son como un grano de arena, y otros del tamaño de una manzana; unos rayan el cuarzo; otros, al contrario, son rayados por éste, y los hay transparentes y también opacos. La forma inicial del granate es la dodecaedra romboidal. Cuando el granate es de fino color, transparente y capaz de buen pulimento, es tenido por una hermosa piedra, y se talla en cabujón ó en facetas. Es infusible al fuego del soplete, y derretido se convierte en esmalte negro.

El llamado granate occidental, que es muy inferior, tiene un color rojo oscuro, más ó menos brillante según su dureza. Se diferencia del oriental en que su color es más suave y no purpúreo, perdiéndolo además á la luz artificial, que le hace parecer negro.

El granate de Bohemia es, sin embargo, de un hermoso color rojo de sangre y bastante duro para dejarse pulir bien, y entre ellos los hay de gran tamaño y brillantez.

La refracción del granate es siempre como la del diamante: se le talla en cabujón, y ofrece á veces el asterismo, ó sea una estrella de cuatro ó seis rayos, como la generalidad de los corindones.

#### El jacinto.

Es de la familia de los granates, aunque Haüy ha creído que debe separarse como de naturaleza diferente.

Para ser perfecto se requiere que tenga un hermoso color naranjado con una sombra de grana; que sea totalmente claro y sin aguas, y entonces se le llama el hermoso jacinto. Era una de las piedras más favoritas de los romanos, pero es de uso escaso actualmente.

El jacinto occidental procede del Brasil en cristales cuadriláteros, terminados en ambos extremos por una pirámide de igual número de facetas.

El verdadero y rico jacinto oriental es el zircon, de un color fuerte de miel.

El cristal de roca ahumado, calentado, adquiere un hermoso color de jacinto. La esonita de Haüy, que es una especie de granate, es también un jacinto.

#### El ópalo (cuarzo hidratado.)

Esta hermosa piedra tan justamente apreciada de los romanos, lo es también en estos tiempos. La moda la clasifica hoy antes del zafiro, y rodeado de brillantes como se le monta generalmente, con cuyos vívidos reflejos contrastan sus suaves y tranquilas, pero ricas y variadas tintas, no hay duda que es uno de los más bellos adornos que pueden imaginarse. El ópalo es blanco ó gris de perla, y cuando se le mira al través parece encarnado pálido ó de color amarillo de vino, con cierta translucidez lechosa. Por reflexión, y en sus diferentes cambios de posición, ofrece los más radiantes y bonitos colores, particularmente el verde esmeralda, amarillo de oro, rojo de fuego, violeta, púrpura y azul celeste tan primorosamente mezclados que cautivan la atención. Cuando su color está dispuesto como en lentejuelas, toma el nombre de ópalo arlequin. A veces solo se distingue en él uno solo de los colores mencionados, y entre ellos son los más estimados el verde esmeralda y el amarillo naranjado.

El ópalo fino no es tan duro como el cristal de roca, y está frecuentemente lleno de vetas ó aguas que contribuyen poderosamente á su belleza, á causa de la descomposición de la luz en aquellas hendiduras. Nunca se le talla en facetas, sino de forma hemisférica. Su tamaño es pequeño generalmente, rara vez llega al de una almendra ó avellana, si bien se han visto algunos ejemplares como pequeñas nueces, por cada uno de los cuales pedían algunos centenares de libras esterlinas.

Los ópalos, que poseen la propiedad de despedir varios rayos de una efulgencia particular, se distinguen por los lapidarios con el dictado de *orientales*; se le llama también ópalo de lentejuelas, y como los rayos del sol se reflejan en él como otros tantos brillantes de colores, los príncipes de las Indias Orientales le tienen en gran aprecio, considerándolo igual al diamante.

Existen ópalos negros que vienen del Egipto, pero son muy escasos: tienen el color del rubí como visto á través de un vapor, ó como un carbón encendido por uno de sus extremos.

Cuando se le extrae de la tierra es blando; pero se endurece y disminuye de volumen expuesto al aire. Ha de observarse el mayor cuidado en su talla para no destruirlo, á causa de ser una de las piedras preciosas más blandas, si bien esta cualidad ofrece considerables variedades. Su peso específico es de 19-58 á 2-54. La reducción de su gravedad en algunos ejemplares debe atribuirse á cavidades accidentales que contiene la piedra, y que á veces están llenas de agua. Sus colores no los debe á ninguna sustancia colorante, sino á la propiedad de las vetas ó hendiduras que contiene, de refractar los rayos solares. Se compone de 90 de sílice y 10 de agua. Se conoce también un ópalo llamado *hidrófano* que es blanco y opaco, y solo se parece al otro después de haber estado sumergido en el agua.

#### CAPITULO III.

#### Composición química de las piedras preciosas.

El cuarzo se compone exclusivamente de sílice, con una ligera porción de alúmina. El cuarzo hialino ó cristal de roca, es totalmente incoloro. Aunque más duro y más pesado que el cristal artificial, tiene con él una semejanza perfecta. Se le encuentra en las rocas cristalizadas y también en los lechos de los ríos arrastrado por las aguas: el más claro y más puro procede de Madagascar, y se le halla también en los Alpes. El cristal de roca ha perdido mucho de su valor desde que se le sustituyó por el cristal artificial en la mayor parte de sus usos: la dificultad con que deja tallarse le hacia subir á un precio enorme. Los cristales más finos de cuarzo se usan todavía para anteojos y otros instrumentos ópticos, para lo que son muy propios por su dureza.

Las tintas que el cuarzo recibe de los óxidos metálicos, producen los variados colores que admiramos en las hialinas corindones. La amatista falsa ó cuarzo púrpura, se pinta con un poco de óxido de hierro ó con manganeso, y con este se imita también el rubí. La venturina es una hermosa variedad del cuarzo, de un rico color pardo, y de una textura tal, que parece estar llena de brillantes lentejuelas. En España se encuentran pequeños cristales de cuarzo de colores, á los que se llama «jacintos de Compostela.»

Las calcedonias, cornerinas, ónicas, sardónicas, piedras de sangre ó heliotropos, y las numerosas variedades del ágata, están compuestas principalmente de cuarzo teñido de varias sustancias.

En las montañas de Cairn-Gorm, en Escocia, se encuentran hermosos cristales de cuarzo pardo y amarillo, que se emplean para sellos y otros diges, y en Alenson, Medoc, y en las riberas del Rhin, se recogen cristales de todos los colores de las piedras preciosas.

Entre las piedras opacas y semi-opacas, la primera en precio y belleza es

#### La turquesa.

Hay dos clases de turquesas: algunas tanto parecidas entre sí, pero de naturaleza totalmente diferente. La oriental ó *Roca Vieja*, que es la verdadera joya en cuestión; la Calais de los romanos ofrece caracteres exteriores muy marcados: es de un hermoso color azul celeste, ó verde azulado, opaca, ó ligeramente transparente en los bordes; su dureza, algun tanto mayor que la del fosfato de cal, siendo, por tanto, susceptible de pulimento. Su peso específico varía de 28-36 á 30; es infusible al soplete ó inatacable por los ácidos.

La composición química de la turquesa ha sido hasta ahora problemática, pues todos los análisis que de ella se han hecho han dado resultados diferentes: los únicos elementos que se han reconocido como invariables, son el fosfato de alúmina, óxido de cobre y el hierro.

Esta piedra es muy estimada, y obtiene siempre un buen precio si el color es fino. Una turquesa de forma oval, de cinco líneas por cinco y media, de color azul ligero y una tenue tinta verdosa, valió en una almoneda pública 2.000 reales. Mucho debe de haber disminuido de precio esta piedra desde el tiempo de Shakespeare, ó Shylock la valió quizás en más de lo que debía, por ser una memoria de su mujer, cuando mostraba tal sentimiento por su pérdida.

El alto precio de la turquesa ha excitado el interés de su falsificación. La materia más comúnmente adaptada para este fraude, es la de los dientes fósiles de los mamíferos, teñidos, según se dice, con fosfato de hierro que se encuentra en Auch, departamento de Gers en Francia. La dureza de dichos fósiles es mucho menor que la de la turquesa, responden á la acción de los ácidos, y dan al fuego cierto olor animal, por cuyas cualidades se distinguen perfectamente de aquella joya.

#### Ágatas.

Las ágatas son una variedad del cuarzo hidratado, compuestas de una pasta fina, compacta, untuosa y trasluciente, que admite un pulimento muy fino. Nunca son totalmente opacas como el jaspe, ni transparentes como el cristal de

cuarzo: en su pulimento las partes opacas ofrecen el aspecto de rayas, ojos, venas, zonas, bandas, etc. Sus colores son generalmente el encarnado, azulado, amarillo, blanco de leche, de miel, naranjado ó amarillo, de carne, de sangre, de ladrillo, pardo oscuro, violeta, azul y verde pardusco. Se presenta en nódulos redondos irregulares, desde el tamaño de una cabeza de alfiler hasta más de un pie de diámetro.

El ágata oriental, que es la superior, es semi-transparente. Si es de un color blanco de leche ó teñido de azul ó amarillo, pasa á ser una calcedonia; si de naranja, una sardónica; si de color de rosa ó encarnado, una cornerina; y si de un claro hermoso verde, un crisoprasso. Hay ágatas de fondo gris y con filetes retorcidos en espirales.

El ágata leonina, ó de pantera, es parda con manchas como las de este animal, ó ondas de sombra más oscura.

Las hay con venas encarnadas, y con blancas; y también de un hermoso color negro. En algunas ágatas parecen verse dibujos de arbustos, pájaros, musgos, nubes, estrellas y varias clases de animalitos.

#### El onix.

Es una ágata semitransparente en la que se ven capas ó zonas de dos ó más colores que contrastan fuertemente. Un sardio con una zona blanca se considera un onix. El precio del onix aumenta según el número de zonas que contiene, su marcada distinción y el contraste que presentan. Los más famosos grabadores griegos escogían diferentes variedades de ónicos para sus obras maestras, por razón de su dureza, que los hace susceptibles del pulimento más fino.

En los ónicos de tres bandas, la superior es parda, y mirándola al trasluz se observa una tinta encarnada. La segunda banda es de color blanco ó gris lechoso; y la tercera de un hermoso negro de humo. El onix es tanto más raro y curioso cuanto más marcada sea la separación de las zonas, y mayor el contraste de los colores. A veces solo está compuesto de dos de estos, blanco hermoso el superior, y gris el inferior, en cuyo caso se llama ágata onix. Pero los de más valor son los de cuatro capas.

El sardio ó sardónica es un onix con una zona encarnada, y la otra de uno de los colores peculiares del onix. La partícula *sard* indica el color rojo de la cornerina.

El sardio oriental viene de la India, el Egipto, la Arabia, la Armenia y Babilonia. El occidental llamado *niccolo* por los italianos, está lleno de manchas azuladas, y rodeado de zonas de color blanco de leche; es más duro que el oriental, y viene de Bohemia en su mayor parte.

Se conoce un sardio de diferentes zonas, y en el centro común á todas ellas, se vé una mancha que semeja un ojo, de cuyo accidente se aprovechan los artistas para darle mayor efecto, perforando la piedra por bajo de la mancha, ó introduciendo en la cavidad una planchita de oro que hace resaltar el brillo de aquella.

La cornerina citada por Plinio es una especie de ágata semitransparente, de grano fino, susceptible de un delicado pulimento, de color encarnado comunmente, y muy dura, como los demás corindones. Muchos de los enormes rubíes de la India no son si no masas de corindon rojo sin transparencia. Se la trae de la India, Arabia, Persia y Egipto. Se conoce una cornerina de color azulado ó lechoso, y otra de color rojo ó amarillo con rayas blancas, encarnadas ó negras; y aun otras manchadas como de gotas de sangre.

La calcedonia es una piedra semitransparente, nebulosa, de color azul de leche. La calcedonia zafirina es la más dura, la más bonita y estimada: es de color gris azulado. Otras presentan una sombra azulada ó purpúrea. Estos tres colores se multiplican al sol, y muestran los del arco iris, por lo que se llama *iris calcedonia*. La más común es de color blanco de leche, y se distingue de la ágata blanca solo en que es más anubarrada y menos dura. El nombre de calcedonia se da á todas las piedras finas del género de la ágata, cuya transparencia se oscurece por una sombra nebulosa.

#### El jaspe.

Las diferentes variedades del jaspe se distinguen de las ágatas por su fractura mate y su opacidad que es completa. Se emplean en mosaicos, para lo que son muy propios por sus variados colores.

#### El feldspato.

El feldspato es una sustancia preciosa que se usa para diferentes objetos curiosos. Está caracterizado por las tintas opalescentes ó lechosas que nacen de su interior, y por su color, que varia según su transparencia y reflexión. Está compuesto de sílice, alúmina y potasa, y se le encuentra abundantemente en casi todos los países. Blanco y menos duro que el cuarzo, se funde al soplete. Se le encuentra de varios colores, unas veces ópaco y otras semitransluciente. Son notables algunas de sus variedades; y las piedras de la luna, la del sol, las amazonas y las labradoritas cuando son finas, alcanzan precios elevados. La piedra de la luna es trasluciente, y se asemeja á un ópalo blanco de leche reflejando la luz débilmente. La piedra del sol es de color amarillo, llena de una infinidad de partículas brillantes que no son sino lentejuelas de mica. El jade es una especie de feldspato combinado con el talco en una escasa proporción. Su color varia desde el blanco de cera al verde oscuro. Los chinos ó indios orientales hacen de esta piedra adornos de un exquisito trabajo y de precios muy elevados.

#### El lapiz lázuli.

Este mineral es de un hermoso color azul, informe ó en masas redondas de un tamaño regular. Se compone de sílice, alúmina, sosa y azúfre. Se le encuentra con frecuencia marcado con manchas amarillas ó venas de sulfuro de hierro, y es de gran estima para obras de ornamentación.

#### La malaquita.

La malaquita es un óxido de cobre combinado con ácido carbónico, que se presenta en masas sólidas de un hermoso color verde aterciopelado. Procede principalmente de la Suecia, China y los Montes Urales. La malaquita y el grüstein se encuentran en todos los montes de ambos hemisferios, pero el mejor es el de Ukraine.

#### El ambar.

Para darse cuenta de esta sustancia singular, los antiguos inventaron muchos fábulas curiosas y los sabios modernos, si bien no tan inclinados á poetizar sobre lo que no está á sus alcances, no se han visto en menores dificultades para explicar su origen, que aunque parece haberse descubierto se apoya solo en meras conjeturas. Generalmente se ha supuesto que era una resina destilada por una cierta especie de pinos extinguidos, y que alojada largo tiempo en la tierra ha adquirido cualidades especiales. Se le encuentra en riberas irregulares, en las riberas del mar y también en los lechos de liuto, en los exquisitos arcillosos, y en las formaciones calcáreas. Su color varia del amarillo pálido, al rico y peculiar que lleva su nombre, y al rojizo pardo. Aunque comunmente diáfano y también muy transparente es á veces casi opaco. Es de fractura perfectamente concóidea, y fácilmente quebradizo. Su peso específico 1-1, poco más pesado que el agua.

Se compone de 79 partes de carbon, 10-5 de hidrógeno y 10-5 de oxígeno. Se funde fácilmente y da un olor aromático.

La electricidad negativa que en alto grado posee el ambar, había sido ya observada en tiempo de Thales: el fenómeno del poder que le da la fricción de atraer los cuerpos ligeros, hizo tal impresión en aquel filósofo, que le consideraba un cuerpo animado. La electricidad deriva su nombre de *electron*, voz griega con que se denomina el ambar.

Los romanos dieron á esta sustancia un valor inmenso. Plinio se lamenta de que se pagase más por una diminuta elige humana de ambar, que por un hombre robusto de carne y hueso. Era la moda entre las damas romanas llevar bolas de ambar y de cristal de roca en las palmas de las manos; el ambar por el perfume delicado que exhala, y el cristal por su frescura.

Domicio Nerón, entre otras extravagancias, comparó en un poema el cabello de su mujer Popea al color del ambar, y de tal expresión nació la moda de aquel color en los cabellos entre las damas romanas, que recurrieron á toda clase de medios para teñirlos, y aun adoptaron la peluca, sacrificando sus hermosos bucles de ébano.

Shakespeare hace uso de la misma comparación. «Her amber hairs for foul have amber quoted.»

Antiguamente se atribuían al ambar grandes propiedades medicinales; pero la ciencia moderna le ha despojado casi totalmente de aquella injusta reputación. Todavía, sin embargo, suele aplicársele á los niños como un antidoto contra las convulsiones; se extrae de él un ácido llamado succínico (del latin *succinum*, ambar), y un aceite antiespasmódico. También se emplea en la preparación de varios perfumes y medicamentos.

Los antiguos se proveían de él en las costas del mar Báltico, donde se le encuentra todavía, especialmente entre Königsberg y Memel, en mayor abundancia que en ninguna otra parte del mundo. Se le obtiene allí en parte del que saca la mar á sus orillas, por medio de redes, y del que sunda un lecho de hulla bituminosa. Se recoge también en grandes cantidades en las costas de Sicilia y del Adriático, en diferentes partes de Europa, en Siberia, Groenlandia, etcétera. El ambar amarillo de Dantzic se trabaja por un valor de 30.000 á 80.000 francos anuales. El ambar transparente amarillo, fué antiguamente muy buscado, pero actualmente es preferido el de color pálido. Se exportan de él á Turquía cantidades inmensas, para emplearlo en pipas, en la fabricación de adornos, y para incienso en el culto mahometano. Se hacen de ambar objetos muy elegantes, como collares, brazaletes, pendientes, cajas, rosarios, etc. En tiempo de Shakespeare debió de estar muy de moda, puesto que en sus obras hace mención de los brazaletes de ambar, collares, rosarios, etcétera.

Por largo tiempo decayó la moda del ambar, pero en estos últimos años ha renacido algun tanto. Un collar ó sarta de cuentas grandes para usarlo con tres ó cuatro vueltas como pulsera, de ambar de color ligero y transparente, costaba hace cinco años en París de 30 á 60 francos. Se han encontrado trozos de ambar de doce á trece libras de peso; pero ejemplares de este tamaño son muy raros.

Han solido encontrarse encerrados en el ambar insectos de una especie existente en una época no muy remota, y hojas y otras materias vegetales, perfectamente conservados. El ambar que contiene estas curiosidades es sumamente estimado.

## CAPITULO IV.

## De las perlas.

*"Rain from the sky which turns into pearls as it falls in the sea."*

Este singular producto de la naturaleza confundió con sus misterios á los sábios más afamados de la antigüedad, y como acontece con todo lo incomprendible, dió motivo á las hipótesis más infundadas, ocasionando una total discordancia de opiniones. Atenco suponía que las perlas se formaban en la carne del molusco, como las hidátides en la del marrano enfermo; Plinio y Dioscórides, más poéticos en sus ideas, las atribuían á una fuerza productiva del rocío; Valentin decía que eran los huevos del molusco hembra; y Samuel Dale, las consideraba una especie de cálculos producidos por una contusión. Admitiendo que sean el producto de ciertas secreciones mórbidas del animal, quedan aun hoy muchas dudas por resolver. Redi y M. de Bournon, abrieron diferentes perlas y siempre hallaron en el interior de ellas un cuerpo extraño parecido á un pequeño grano de arena. Suponiendo que este cuerpo extraño introducido en la ostra ha producido una irritación, y que se ha ido cubriendo por capas sucesivas de una secreción del animal, á semejanza de la formación de los cálculos en la vejiga, nos explicamos satisfactoriamente la formación de la perla, pero no se halla luz suficiente respecto de su estructura, tamaño y hermosura de su brillo.

Segun la opinión más generalmente admitida, la perla procede de una concreción del exceso de materia calcárea destinada á la formación de la concha. Confirma esta hipótesis la observación de que la perla es siempre del mismo brillo que la madreperla, de que se compone la capa más interior de la concha. Si se dá un corte á una perla, se verá que está formada de una serie de capas á semejanza de la cebolla, y de la misma sustancia de la concha.

La creencia de que la perla debía su origen á una contusión recibida por el animal, sugirió á Linné la idea de causar la enfermedad en el molusco nuevo, para obtener la formación de las perlas. La invención pareció tan importante al Gobierno sueco, que le recompensó con un premio de 1.800 dollars, que era una gran suma para aquella época. Se establecieron, pues, criaderos artificiales de ostras en diferentes rios, manteniendo en el secreto el *modus operandi*, mas, sin embargo, se aseguró que se practicaban unos agujeritos en las conchas de las ostras, y que por ellos se les introducía una sustancia extraña, y, con efecto, la ostra contraía la enfermedad de la perla. El resultado no obstante, no correspondió á las esperanzas concebidas, pues las perlas obtenidas eran tan pequeñas, que no sufragaban el trabajo y los gastos, y, por tanto, la industria fué totalmente abandonada.

Los chinos echan en la concha de un pescado, el *mytilus cygneus* (molusco cisne), cuando se abre, cinco ó seis perlas muy diminutas, fuertemente ensartadas en un hilo, y en el discurso de un año las encuentran cubiertas de una corteza de la materia de la perla, que le da toda la apariencia de la verdadera joya.

Varias especies de conchas bivalvas tienen la propiedad de producir perlas; pero el mayor número, las mayores y más finas las produce la *melegrina margaritifera la marck* que se cria en el mar y en diferentes costas. Esta ostra es muy parecida á la común inglesa, pero considerablemente mayor, pues mide de ocho á diez pulgadas de circunferencia. El cuerpo del animal es blanco, carnoso y glutinoso, y el interior de la concha (la verdadera madre perla), es más brillante y más hermosa que la perla misma: el exterior es liso y de color oscuro.

Se obtienen también las perlas en gran número de la *unio margaritifera*, natural de las riberas de Europa; y es de notar, como observó Humboldt, que aunque abundan muchas especies de este género en las costas de la América meridional, ofrecen la singularidad de no ser aptas para la formación de la perla.

Las perlas se hallan en el cuerpo de la ostra, ó sueltas entre ella y la concha, ó finalmente adheridas á ésta por una especie de cuello ó vástago, y se dice que no aparecen hasta que el animal llega á tener cuatro años. Su brillo es precioso, pero nada peculiar ofrece su composición química, que consiste simplemente en carbonato de cal y una materia gelatinosa.

Carthusias lija en veinticuatro partes la proporción en que entra en ella aquella última sustancia.

De la composición química de la perla se deduce evidentemente que puede disolverse con facilidad en los ácidos, á cuya propiedad se debe el rasgo de Cleopatra que tanta fama, ó más bien descrédito, le ha valido durante tantos siglos.

El comercio de las perlas desciende de la más remota antigüedad. La historia nos dice que desde tiempo inmemorial, las princesas del Oriente hacían una gran demanda de ellas, y que las usaban de adorno en todas las prendas de sus trajes. Segun Ateneo, los persas las vendían á igual peso de oro. Es evidente que los grandes bancos de ostras de perlas no han disminuido considerablemente, así como tampoco los de las ostras comunes.

Mucho tiempo antes de la dominación de los persas, los fenicios y babilonios, impedidos por los desiertos arenales de la Arabia, tomaron el camino de las costas occidentales, en cuya preferencia les determinaron las islas que favorecían el comercio de la India oriental. Ceilan, la antigua Trapobana, y aquellas mismas costas, ofrecían también productos muy ventajosos, en-

tre los que no era el menor el de la pesca de las perlas. Segun el autor del *Periplus*, las perlas se pescaban cerca de Manaar entre Ceilan y el continente. Solo á los criminales se les destinaba al oficio de buzar en la pesca de las perlas. La operación de perforar las perlas se hacía en la isla, lo cual prueba la antigüedad de esta pesca, puesto que la perla no podía usarse en aquellos tiempos sino perforada, y este trabajo por sí solo requería una extraordinaria habilidad.

La pesca de la perla por los antiguos se hacía en el golfo pérsico, que aún en nuestros dias produce las mejores que se conocen, y en mayor abundancia que en ningún otro paraje; en el Océano Indico, en el mar Rojo y en la costa de Coromandel. Las antiguas pesquerías del mar Rojo se ven hoy olvidadas ó abandonadas por improductivas, habiendo perdido por consecuencia toda su importancia, ó convirtiéndose en ruinas, ciudades de gran celebridad. Dhalac era el principal puerto del comercio de las perlas, al Sur del mar Rojo, y Suakem al Norte, y en la época de los Tolomeos, y mucho después, bajo el gobierno de los califas, aquellas islas se veían favorecidas de príncipes que se dedicaban á él; pero extinguido aquel movimiento y aquella importancia desde hace mucho tiempo, quedaron reducidas, como se las ve hoy, á ser la morada de una pobre raza de pescadores.

Las principales pesquerías en nuestros dias son las de la costa de Coromandel, de las islas de Solóo, y de la costa de Argel; las que se hacen en los bancos que se extienden por la costa occidental desde las islas de Bahrein hasta cerca del Cabo Dsuilfar, mencionadas por Nearchus, son tan abundantes hoy como lo eran en tiempo de éste. En el Nuevo-Mundo se cuentan las pesquerías de Santa Margarita ó islas de las Perlas en las indias occidentales, y otras en otros lugares de la costa de Columbia.

En la costa de Escocia se pesca también una clase de perla, que es de las de inferior calidad.

Las perlas del mar corcánico á las islas de Karak y Corgo, dicese que son de las de superior calidad por su hermoso brillo y bonitas formas. Están formadas de ocho capas, mientras que otras solo tienen cinco, pero el agua de aquel mar es tan profunda, que la pesca resulta sumamente difícil y costosa, además de estar monopolizada por el Sheik de Bushire, que se considera el dueño absoluto de aquellas islas.

Las perlas más finas que se conocen, dicese que proceden de Bahrein, y que constituían en cierta época el comercio principal de la ciudad de Bassora, adonde se enviaban; y allí se hacía la elección de las más ricas para el mercado europeo, remitiéndose las más pequeñas á la China, donde se las emplea en la preparación de ciertas pociones medicinales.

La especie de ostra que produce la perla se la encuentra en bancos de gran extensión, adherida á las rocas submarinas, y siempre á una gran profundidad. Uno de los bancos más notables es el de la confrontación de Condachy (Ceilan) de veinte millas de extensión. Estos bancos se conservan hoy tan productivos como en tiempo de los romanos, por el cuidado con que está dirigida la pesquería. El banco se divide en siete partes, como se hace con los de coral en la costa de Sicilia, y se explotan sucesivamente uno cada año. El período de siete años es el que se calcula necesario para que el animal adquiere toda su desarrollo y se propaga.

Se supone que si se difiriese por mas tiempo la pesquería, la molestia que las perlas causarían al animal, le obligaría á desprenderse de ellas. Los lechos de las ostras y el estado de éstas son reconocidos antes de hacerse el arriendo de su explotación.

La época de la pesquería de las perlas empieza en Febrero y se extiende hasta mediados de Abril. Los botes destinados á este trabajo son de ocho á diez toneladas y sin cubierta. El cañon del vecino puerto de Arripo dá la señal á las diez de la noche para la partida de los botes reunidos en la bahía de Condachy. Se hacen á la mar con viento de tierra, y siguen su rumbo al banco, que se halla de nueve á doce millas de distancia. Si llegan á él antes del día, se detienen junto al buque de vigilancia del Gobierno, que está siempre estacionado en aquel punto, sirviendo con sus luces de faro á las barcas que se dirigen al banco. El tiempo está generalmente en calma durante la estación de la pesquería, la cual se hace totalmente impracticable si aquella se altera en lo más mínimo. Los buzos empiezan su faena en cuanto la luz del día les permite ver, y lo continúan hasta el mediodía, á cuya hora un disparo de cañon del buque de guardia avisa la cesación del trabajo.

La tripulación de un bote consiste en un patron, diez buzos, y otros trece hombres para las faenas comunes. Cada bote lleva cinco piedras de buzar, con las que se ocupan cinco buzos alternando con los otros cinco que quedan de relevo. El peso de las piedras de buzar varía de quince á veinticinco libras, segun la corpulencia del buzo: algunos necesitan llevar de ocho á diez libras de peso adicional en un cinturón para poder conservarse en el fondo del mar hasta que han llenado de ostras la red que llevan para este objeto. La forma de la piedra de buzar es semejante á un cono, y está suspendida de una doble cuerda. La red tiene diez y ocho pulgadas de profundidad, está sujeta á un aro de diez y ocho pulgadas de diámetro y pende de una sola cuerda.

El buzo se dispone á emprender su trabajo despojándose de todo su vestido y cubriéndose solo la parte intermedia del cuerpo con una faja ó tira de una tela cualquiera.

Después de decir las oraciones de su devoción

se arroja al mar, y nadando se acerca á la piedra de buzar que le han preparado, suspendida á uno de los costados del bote, y agarrándose, aplica los dedos del pié derecho en la doble cuerda de aquella; esta doble cuerda pasa por un palo destacado de un costado del bote, y de ella, suspendido el buzo, sostiene la piedra de buzar subiéndola ó bajándola segun le conviene mientras permanece en la superficie: entonces apoya el pié izquierdo en el aro de la red y lo sujeta contra la piedra de buzar, reteniendo la cuerda en la mano, mientras que los del bote procuran se halle bien expedita para que pueda desenrollarse á medida que aquel vaya bajando.

Tan luego como el buzo llega al fondo se cuelga al cuello un talego y tiende la mano á uno y otro lado cogiendo las ostras que le parecen mejores, y cuando siente que las fuerzas le faltan, hace señal sacudiendo la cuerda á que está asido con la mano derecha; se desprende de la cuerda á que está amarrada la piedra, y ésta sube tras él, que es izado con gran presteza hasta el bote, con la granjería que ha podido haber.

El buzo es de tanta más importancia cuanto mayor es el tiempo que aguanta en el agua. El aguante por espacio de dos minutos en el fondo se tiene ya por considerable, si bien hay hombres que resisten hasta cuatro, cinco y seis minutos. El buzo puede repetir esta operación hasta cuarenta veces durante una mañana, y recoger en cada una de ellas de cincuenta á sesenta ostras. Generalmente se tapan los oídos con algodón empapado de aceite, con el que se untan también las narices y la boca, para impedir la irritación que podría causarles el agua del mar.

Aunque el buzar es un trabajo duro y fatigoso, no se le considera ruinoso para la organización del hombre, y así se vé que hasta los ancianos se dedican á él.

El mayor inconveniente que ofrece es el grande y terrible peligro que corre el buzo de ser devorado por los tiburones; peligro que hace mucho tiempo hubiera sido parte para dar fin con la pesquería de las perlas, si no fuera por la supersticiosa confianza que tienen los buzos en una secta de impostores llamados conjuradores de los tiburones, que pretenden tener el poder de mantener cerrada la boca de estos animales ó de alejarlos de un sitio determinado. Al salir el sol, cuando los buzos están para emprender su trabajo, los conjuradores se presentan en la costa murmurando sus ininteligibles exorcismos, en cuya ocupación continúan hasta que se ve venir los botes de regreso, y durante todo aquel tiempo no comen ni duermen, porque, de lo contrario, las oraciones perderían toda su virtud y eficacia. Para disponerse á esta abstinencia, les está permitido beber cuanto quieran; así es que suele verse en un completo estado de embriaguez durante el ejercicio de su ministerio.

Felizmente los buzos son admirablemente ágiles en el agua, y su destreza secundada por la más esquisita atención de sus compañeros del bote, á fin de aperebirse de la menor señal, son la más segura protección contra los ataques de la fiera marina. Mientras el buzo se ocupa activamente en llenar de ostras su talego, no cesa de vigilar á su rededor para ver si se acerca algún tiburón; si descubre la fiera, agita instantáneamente el agua para enturbiarla y perder de vista el mósaruo, y al mismo tiempo sacude fuertemente la cuerda, á cuya bien conocida señal todos los brazos de la tripulación aunan sus fuerzas, y con gran rapidez suben al buzo salvo á la barca.

Algunos buzos se sumergen siempre provistos de alguna reliquia ó amuleto que llevan envueltos en un encerado para preservarlos de la humedad, y otros, católicos romanos, confían en las oraciones de su confesor; si bien, y esto es singular, algunos de estos cristianos no pueden ocultar del todo una cierta fe en los conjuradores de tiburones, á cuyo prestigio no les es dado resistir. Estos impostores, todos indostanes, están sostenidos por el Gobierno, y además reciben una gratificación de diez ostras por cada bote diariamente durante el tiempo de la pesquería.

Los buzos se crian desde la infancia en este penoso trabajo: son en su mayor parte católicos romanos é indostanes, y los más diestros proceden de Calang ó de la costa de Malabar, y de la isla de Mandarid. Los dueños de los botes y los arrendatarios de los bancos, pagan generalmente á los buzos ciertos salarios fijos; pero á veces se hace un convenio por el cual los últimos tienen derecho á una cuarta parte del producto, y sus amos á las tres cuartas partes restantes.

Es prodigioso el número de ostras que se obtienen en el espacio de un mes ó seis semanas. Se ha visto un bote traer á tierra en un dia nada ménos que 33.000 ostras. Tan luego como son desembarcadas se las coloca en diferentes montones hasta que entran en putrefacción, que es cuando puede extraerse la perla fácilmente de la materia correa de que está rodeada. En aquel estado se las echa en unos estanques cuadrados, cercados por un murete de un pié de altura para la mejor preservación de las perlas.

—Estos estanques ó compartimentos están comunicados por medio de cuatro desagüaderos de un declive gradual, con un pequeño depósito en el centro del cercado, á fin de que las perlas desprendidas por efecto de las lluvias ó por el lavado de las ostras, vayan á parar á él y no puedan perderse. Donde no puede disponerse de una localidad como esta, se amontonan las ostras en esteras dobles extendidas sobre la arena y cercadas de empalizadas, á cuya puerta está un guarda constantemente. Pero á pesar

de toda la vigilancia que humanamente puede ejercerse, no es dable evitar que sea burlada alguna vez en las diferentes operaciones de una pesquería en grande escala. Los buzos, los marineros, las personas empleadas en lavar las ostras y cerner la arena, agotan todos los recursos de su ingenio para defraudar á sus amos, y á los inspectores mismos destinados á vigilar las labores, se les ha visto sacar furtivamente de los dornajos del lavado las perlas pegadas á la punta del baston untado con alguna materia pegajosa. Los hurtos causan siempre un gran perjuicio, porque, como es natural, se cifran en las perlas de más valor. En general la manera de verificarlos es como digimos respecto de los diamantes, tragándose el sujeto la perla robada, y así, también, como respecto de aquellos, cuando se sabe positivamente ó se sospecha el hurto, se tiene al reo en observación sometién-dole á la acción de un purgante fuerte.

Cuando las ostras han llegado al estado de degradación que se requiere, se echa una porción de ellas en una canoa de 15 piés de largo por tres de ancho y otro tanto de profundidad, que se llena de agua del mar, y en la que permanecen por espacio de doce horas, á fin de que la materia pútrida se reblandezca totalmente y puedan separarse de ella con más facilidad los gusanos que flotan en la superficie. A lo largo de los costados de la canoa se colocan de doce á quince hombres desnudos. Está de un extremo más elevada que del otro, á fin de dar salida al agua sobrante. Se van cogiendo las ostras una á una, se separan sus dos conchas, rompiendo la una de la otra, y se lavan en el agua. El hedor que exhala la canoa durante aquella operación es el más repugnante que puede experimentarse, y, sin embargo, las personas ocupadas en ella se muestran indiferentes á toda sensación desagradable, y lo que es aun más extraño, no sufren la menor alteración en su salud por consecuencia de aquellos pestíferos miasmas.

Las conchas que tienen adherida alguna perla se echan á un lado para ser después entregadas á los cercenadores, cuyo oficio es el de desprender las perlas con la ayuda de unas tenazas y un martillo. Estas perlas imperfectas y deformes, como es consiguiente que sean, se han estimado generalmente á cuarenta pagolas la libra, y cuando más, han llegado á valer sesenta y cuatro. La parte por donde la perla ha estado adherida á la concha, se pulimenta por medio de unos polvos que facilitan las mismas perlas. Las más redondas y mejores se disponen para ser ensartadas. Muchas de ellas se adoptan para montarlas en broches y sortijas, y el desecho, mezclado con la arena de las perlas, se vende para hacer *chuam*, tan estimado de los epicúreos chinos, de quienes es de suponer aprendió Cleopatra el lujo de beber perlas diluidas.

Después que se han extraído todas las conchas de la canoa, queda en el fondo de esta la materia viscosa de las ostras mezclada con arena y pequeños fragmentos de conchas; el agua se saca con cubos, tomándola en el extremo más bajo y echándola en un saco que se tiene colgado como un filtro.

Después de esto, se echa agua clara en la canoa por el extremo más alto, y entre tanto, tres ó cuatro hombres van removiendo con las manos la masa pútrida y la arena en la parte más baja, impidiendo que se escapen las perlas. Estas se sumergen en el fondo donde quedan apartadas en diferentes cavidades formadas al efecto por medio de listones ó travasas. Desde aquel momento las grandes perlas se descubren á primera vista, se extrae de la canoa todo el desperdicio y se tiende el saco al sol á secar. (1)

En ciertas épocas se ven las ostras flotando á flor del agua sumamente diminutas, cubriendo una extensa superficie. Las corrientes las llevan en este estado hacia las costas de Ceilan, hasta que, desarrollándose, se sumergen por su propio peso y se pegan á los bancos que son objeto de una industria tan importante. Las mejores perlas son generalmente las que se encuentran pegadas á la parte más carnosa del animal, cerca de la unión de las dos conchas, si bien las suelen llevar en todas las partes de su cuerpo y adheridas á la concha. Algunas ostras no contienen perla alguna, y otras contienen una ó más. Se ven á veces algunas con cien perlas de diferentes tamaños; pero tan diminutas que no pueden considerarse sino como semilla.

Aunque este comercio parece ser á primera vista uno de los más lucrativos y á propósito para hacer grandes fortunas, la verdad es que no hay ninguno más precario y expuesto á la ruina. La renta del banco y los gastos de la pesquería son enormes é invariables, mientras que á veces todo el producto de un bote lleno de ostras suele no ser bastante para pagar el salario de un dia de un solo buzo.

Los árabes usan de un medio tan sencillo como ingenioso para perforar las perlas que destinan á ser ensartadas. Toman un pedazo de madera porosa, y después de bien alisada hacen en ella unos agujeros esféricos, proporcionados al tamaño de las perlas, con la mira de que estas no penetren sino en una pequeña parte, y así colocadas en ellos ponen la madera en un poco de agua. La madera se dilata sujetando las perlas fuertemente, y por medio de un instrumento de hierro que gira á favor de una rueda se hacen los taladros con toda seguridad. Después se deja secar la madera hasta que las perlas se desprenden fácilmente.

Las operaciones de limpiar, redondear y pulimentar las perlas, y á veces la del taladro y en-

(1) Véase la Historia de Ceilan, por Cordiger.

sarte, se ejecutan por trabajadores negros que demuestran en ellas una habilidad notable.

CAPITULO V.

De las perlas.

Después del descubrimiento de la América, el tráfico de las perlas pasó en su mayor parte de Oriente á las costas del mundo occidental. Los primeros españoles que desembarcaron en Tierra-Firme encontraron á los salvajes adornados con collares y brazaletes de perlas, y entre los habitantes civilizados de Méjico y el Perú vieron que las buenas perlas eran tan codiciadas y estimadas como en Europa. Los recién llegados no perdieron tiempo en buscar los criaderos de ostras, á cuyas inmediaciones se elevaron poblaciones suntuosas sostenidas por aquella riqueza. La primera ciudad que debió á ella su fundación, fué Nueva-Cádiz, en la pequeña isla de Cubagua, de cuyo esplendor y riqueza hablan con elocuencia los escritores de aquel tiempo; mas de su existencia no queda hoy vestigio alguno en los desiertos arenales de aquella isla.

La misma suerte les cupo pronto á las demás ciudades, porque por varias causas, y principalmente por la destrucción de Melicgrina, los bancos se esterilizaron, y hácia fines del siglo xvi, el comercio de las perlas llegó á una decadencia lamentable. De la importancia que alcanzó nos dá una idea el siguiente extracto: «El quinto que los empleados del rey retiraban del producto de las perlas, ascendía á 45.000 ducados que, según el valor de los metales en aquel tiempo, y la extensión que tenía el contrabando, representa una suma considerable. Hasta el año 1530 el valor de las perlas que se enviaban á Europa anualmente, resulta ser término medio de más de 800.000 piastras. A fin de poder juzgar la importancia que tenía este ramo de comercio para Sevilla, Toledo, Antwerp y Génova, debemos recordar que en el mismo período todas las minas de América no llegaban á producir dos millones de piastras, y que la flota de Ovando parecía ser de una riqueza inmensa, puesto que encerraba cerca de 2.600 marcos de plata.

Las perlas fueron más codiciadas á medida que el lujo del Asia se fué introduciendo en Europa por Constantinopla y por Granada. Las perlas de las Indias orientales eran preferidas á las de Occidente; pero el número de estas que circulaba en el comercio, no era ménos considerable que el de aquellas, inmediatamente después del descubrimiento de América» (1).

Después de la conquista del Perú, el número de perlas traídas á España fué inmenso, si hemos de dar crédito á los escritores de aquella época. Garcilaso de la Vega en sus comentarios, refiere que fué tan productiva la pesquería el año 1564, y tanta la cantidad de ellas traídas á España, que se vendieron en Sevilla por montones en pública subasta, y que el vendedor, á fin de obtener un precio elevado, ofrecía una prima de 6.000 ducados al que hiciese la primera puja sobre el precio fijado de antemano.

Los estados del comercio de la India correspondientes al año 1587, demuestran una importación de diez y ocho á veinte marcos de perlas de diferentes tamaños, pero todas de gran mérito, y de tres cofres de aljofar que se vendió á onzas, todo de la propiedad del rey; de mil trescientos marcos de perlas destinadas á comerciantes españoles y portugueses, y además las que contenían algunos talegos pertenecientes á los pasajeros y que no se pesaron.

Aunque Teverinez no vió las pesquerías de perlas de la América del Sur, dá de cinco de ellas cuenta muy exacta, pues existían todavía en su tiempo. La primera es la de Cubagua, una isla de solo tres leguas de circunferencia, y distante sobre cinco del continente y á ciento diez de Santo Domingo. El suelo es de una aridez tan extremada, que sus habitantes tubieron que proveerse de agua del continente. Esta isla adquirió gran renombre en Europa por el gran número de perlas que enviaba, si bien las mayores no pasaban de cinco quilates.

La segunda en importancia era la pesquería de la isla de Santa Margarita, ó isla de las perlas, á una legua de la de Cubagua y mucho más extensa que ésta. Produce todo lo necesario á la vida excepto el agua, que la llevan del río Cubana, cerca de Nueva Cádiz. Esta pesquería no era de las más productivas en cantidad; pero las perlas eran muy superiores en tamaño y belleza á las de los demás depósitos. Tavernier dice que poseyó una de estas perlas que pesaba cincuenta y cinco quilates, de una perfecta forma de pera y de un hermoso brillo, y que la vendió á Cha-Est-Kan, tío del Gran Mogol. Una de las mejores perlas conocidas, la famosa Peregrina, perteneciente á la corona de España, de peso de 250 quilates, se pescó en Santa Margarita.

La tercera pesquería era la de Camogote, cerca del continente.

La cuarta, en el río La Hacha, á lo largo de la misma costa.

La quinta y última, era la de Santa Marta, á sesenta leguas del río La Hacha. Estas tres últimas pesquerías producían regularmente grandes perlas; pero en general de mala forma y de un color plomizo.

Actualmente la América española no produce otras perlas para el comercio que las del golfo de Panamá y la embocadura del río La Hacha. El mayor número, como hemos dicho, proceden del Océano Indico, y particularmente de la bahía de Condaty en Ceilan.

Algunos ríos de Bretaña abundan en ostras de perlas; pero el producto es tan escaso que no sufraga los gastos de la pesquería. Alguna vez se ha dado con algunas buenas perlas, y se dice que una de las de la corona de Inglaterra fué extraída del río Conway y regalada á Catalina, esposa de Carlos II, por el chambelán de S. M.

En los ríos de los condados de Tyrone y Donegal, en Irlanda, se han pescado perlas de grandes tamaños: una que pesaba treinta y seis quilates fué valorada solo en 40 libras esterlinas, á causa de que estando sucia perdía una gran parte de su mérito. Otras se vendieron á cuatro libras y diez chelines, y una por diez libras.

La última se vendió de segunda mano á Lady Glenleah, que la colocó en un collar y rehusó 18 libras que le ofreció por ella la duquesa de Ormond. M. Pennant, de quien tomamos estos particulares, hace también mención de una pesquería de perlas importante que se hizo en las inmediaciones de Perth, de la que se enviaron á Londres por valor de 50.000 duros desde el año 1761 al 1769.

Las perlas escocesas suelen no ser bastante grandes ó finas para vendidas una á una: raras veces llegan á tener el tamaño de un guisante. Se venden al precio de cinco á ocho libras la onza, y ensartándose se las coloca sobre nacar formando adornos para usarlos así ó en broches.

Las perlas que se conocen con el nombre de bohemias, se pescan en la Moldava desde Krumm hasta más abajo de Turenberg.

Este río produce todos los años de trescientas á cuatrocientas perlas del brillo más puro, y de muy buena forma, y además algunos centenares de ellas imperfectas. La mayor parte del criadero de los bancos, pertenece á la casa de Schwartzenberg. Las conchas que producen perlas son de una clase especial, que sería muy conveniente se fomentase. Además del Moldava hay otro río, el Wattava, que también las cria. No se las pesca como en el Moldava sacando las ostras del fondo del río, sino recogiendo éstas de las orillas cuando aquel sale de madre. La real Hacienda de Bavaria por algun tiempo disfrutó de una renta muy pingüe procedente de la pesquería de perlas del Jitz, cerca de Passau, pero las malas condiciones con que se hacia, consumieron el criadero totalmente.

Las perlas europeas, aunque sean grandes y de buena forma, se diferencian siempre de las orientales en la falta de brillo y oriente.

El polvo de la perla se emplea en la operación de redondearlas y darlas pulimento, y el polvo que resulta de esta operación se utiliza á su vez para el mismo objeto.

Las perlas redondas son las más estimadas, si bien en general más pequeñas que las ovaladas y de forma de pera. Una de estas, citada por Tavernier, como de las mayores y más perfectas de cuantas se han conocido, procedente de la pesquería de Catifa, fué vendida en 5.000.000 de reales. Tenía al través una pulgada, y sobre pulgada y media de longitud. Las perlas de forma de pera son buscadas con interés para emplearlas en pendientes.

El precio de las perlas ha declinado considerablemente á consecuencia, sin duda, de las admirables imitaciones que de ellas se hacen, y que se obtienen á un precio insignificante relativamente.

Los joyeros suelen hacer unas perlas muy grandes, compuestas de dos tubérculos hemisféricos extraídos de la ostra, aplicándolos el uno sobre el otro.

Las perlas extremadamente blancas son las de más valor. Las hay de un color amarillento y de color plomizo. Estas últimas son de la América meridional, y según Tavernier deben su color á la abundancia del lodo en las aguas donde se crían las ostras. Tavernier refiere que en la parte que tenía un mercader famoso en los galeones españoles, le correspondieron seis perlas perfectamente redondas, de peso unas con otras de 1.200 quilates, y de color negro como el azabache. Tavernier se hizo cargo de ellas para darles salida en Oriente, pero no pudo encontrar comprador.

El color amarillo de algunas perlas procede de haberse retardado su extracción de las ostras durante el período en que estas entran en putrefacción. Debe esperarse á que las ostras se abran por sí mismas, porque si se las forzara á ello con algun instrumento, sería fácil causar algun detrimento á las perlas que contuviesen. Cuando se precipita el período de descomposición de las ostras, la infección altera el color de las perlas. Las ostras de los estrechos de Manaar se abren naturalmente cinco ó seis días antes que las del golfo Pérsico. La temperatura de Manaar, á los diez grados de latitud Norte, es mucho mayor que la de la isla de Bahrein, que está á los 27 grados, y por lo tanto de este punto no salen tantas perlas amarillentas como de Manaar.

Las perlas mejores de la América meridional pasan á las indias orientales; pues los reyes y príncipes del Asia las pagan así como las piedras preciosas á precios más elevados que en Europa.

Los orientales, como dice Tavernier, participan del gusto de los europeos respecto de perlas, diamantes y mujeres: prefieren siempre las más blancas.

En toda Europa las perlas se venden según su peso en quilates como los diamantes, pero en Oriente se usan diferentes pesos. En Persia el tipo es el abas, que es una octava parte menor que el quilate, y en las Indias orientales, especialmente en los territorios del Gran Mogol y del rey de Golconda y Visapoor, se usa el ratis, que es también una octava parte menor que el quilate.

Goa fué antiguamente el emporio en el Asia

del comercio de diamantes, rubíes, záfiro y toda clase de piedras preciosas. Allí acudían mineros y comerciantes de todas partes á realizar las ventas de sus joyas por la libertad con que podían hacerlo, y huyendo del derecho que se arrogaban los soberanos de sus respectivos países, de fijar el precio de las que pudieran convenirles. Allí se hacía también mayor que en ninguna otra parte el comercio de las perlas procedentes del Golfo Pérsico, de los estrechos de Manaar en la costa de Ceilan y también de América Meridional.

El gran inconveniente que ofrecen las perlas es la degradación á que están expuestas por la pérdida de su brillo, especialmente cuando se llevan en contacto inmediato de la piel. El medio usado para devolverles su brillo primitivo, es hacérselas tragar á los pichones, sino que ofrece la contra de la pérdida de peso que la perla experimenta, que según Redi, que hizo la prueba, es de una tercera parte durante veinte horas. La pérdida de color de estas hermosas joyas por la influencia del estado atmosférico y otras causas accidentales, puede evitarse fácilmente envolviéndolas entre magnesia comuna seca, en vez de hacerlo en algodón en rama como generalmente se acostumbra.

La perla no es incorruptible como las piedras preciosas; el tiempo las convierte en polvo. Cuando se abrió la tumba que encerraba los restos de las hijas de Silicho, que habían sido sepultadas con todos sus aderezos hacia 1.118 años, se halló que todas las joyas conservaban sus propias condiciones, excepto las perlas que se deshacían en polvo al simple contacto de la mano.

Las perlas se han contado en todos tiempos entre las más preciosas producciones del Oriente: su modesto brillo y la elegante sencillez de su forma, que apenas exigen ayuda alguna del arte para reunir todas las condiciones de una joya perfecta, les han merecido siempre la privanza de los potentados de Oriente, aun á despecho del mismo diamante que parece querer imponer su dominio con sus centelleantes y altivos resplandores.

En Occidente el gusto por las perlas no se remonta más allá de la decadencia del imperio romano, en cuya época fué tal el furor que se desplegó, que los mismos hombres se dejaban arrastrar á los más costosos sacrificios por la posesión de aquellas joyas.

Las victorias de Pompeyo puede decirse que fueron la ocasión de que se introdujese en Roma el gusto por las perlas y piedras preciosas, así como lo fueron del de los engastes de plata, telas de Aitalian y tapetes de mesa adornados de bronce, las de L. Escipion y C. Maulio, y de los bronces y pinturas corintias, la de L. Mumio.

Plinio nos da noticia de algunos objetos expuestos en el tercer triunfo de Pompeyo en Roma, que son:

«Un juego de ajedrez con todas sus piezas, el tablero compuesto de dos piedras preciosas, de cuatro pies de longitud y tres de ancho (cuyas dimensiones inducen á tener por cierto que la naturaleza ha degenerado notablemente en sus producciones), y con una luna de oro de peso de 30 libras.

«Tres tapetes de mesa con adornos de perlas.

«Varios y diferentes vasos de oro y plata, adornados de piedras preciosas.

«Y el retrato de Pompeyo formado con perlas...»

Es lástima que Plinio en vez de gastar su elocuencia en reflexiones morales sobre este retrato, no entrase en los pormenores de él para dar á conocer á las generaciones futuras, qué clase de semejanza podían revelar las perlas con las facciones del original humano.

No obstante la indignación de Plinio, las perlas continuaron progresando en la privanza de los romanos, y aquel escritor confiesa que aun en su tiempo eran tenidas por las joyas más preciosas. Él es quien nos ha dicho también que los romanos fueron los únicos en dar á la perla el nombre de *unio*, por la dificultad de reunir dos igualmente blancas, redondas y brillantes. Todas las demás naciones daban á la perla el nombre de Margarita.

Las damas de aquellos tiempos, no contentas con usar ligas de perlas para sujetar las sandalias, llevaban también zapatos cuajados de adornos de perlas. «Era menester que pisaran perlas», exclama Plinio.

El emperador Caligula imitó esta vanidad mujeril usando borcegues con bordados de perlas, y Nerón hacia que adornaran con ellas los centros y máscaras que sacaban los actores en sus representaciones.

Clodio, á quien su padre, actor trágico, legó una inmensa fortuna, excedió con su prodigalidad á la misma Cleopatra, bebiendo y dando á beber á cada uno de sus convidados en un banquete una perla de un valor incalculable.

Tertuliano dice que una sarta de perlas valía un millón de sextercios, ó sean cuarenta mil duros.

Por espacio de diez y nueve siglos se nos viene contando que Cleopatra disolvió en vinagre una perla de valor de más de ocho millones de reales. Pues bien, la compañera de aquella famosa perla, después de la muerte de la reina de Egipto, pasó á poder de Agrippa, favorito de Augusto, que la dividió en dos partes iguales formando un par de pendientes con destino á la estatua de Venus del Panteon que él había edificado. Esta perla, aun así dividida, dicen que era la admiración de Roma.

La historia moderna recuerda un rasgo de prodigalidad parecido al de Cleopatra de parte del opulento banquero inglés Sir Thomas Gres-

ham. «Habiendo ponderado el embajador español en la corte de Inglaterra ante la reina Isabel, las riquezas de su rey y señor y la de sus grandes, Sir Thomas, que se hallaba presente, le contestó que entre los súbditos de la reina los había que tal vez gastaban en una sola comida tanto como podía importar la renta diaria de su país juntamente con la de todos sus nobles; añadiendo que lo probaría algun día, y que apostaba sobre ello la cantidad que se quisiera (1).

«Pocos días después, el embajador fué por casualidad á casa de sir Thomas y comió con él; mas viendo que la comida no había ofrecido nada de particular, pretendió de su anfitrión que confesase haber perdido la apuesta, á lo que sir Thomas contestó: «Poco á poco; aun no nos hemos levantado de la mesa; y diciendo esto, sacó de una cajita una enorme y preciosa perla oriental que pulverizó y bebió disuelta en una copa de vino á la salud de su reina. «Milor embajador, dijo entonces sir Thomas, ya sabéis que había rehusado por esta perla millón y medio de reales, y que, por tanto, he ganado la apuesta.» No puedo negar que es así, replicó el embajador, y dudo que haya cuatro súbditos en el mundo capaces de hacer otro tanto en honor de su soberano.»

Hay quien asegura que César emprendió la conquista de Bretaña á causa de noticias exageradas que se le dieron acerca de las perlas de sus costas, ó más bien de sus ríos. Si tal fué el principal objeto de su expedición, no hay duda que debió salir poco satisfecho de aquellas joyas, que eran pequeñas y de mal color, siendo él tan inteligente que á simple vista sabía apreciar su peso específico y su valor. El mismo César regaló á Servilia, madre de M. Bruto una perla que valía próximamente cinco millones de reales.

Las perlas han estado siempre en boga en Francia, pero nunca tal vez tanto como en el reinado de Catalina de Médicis y su rival la célebre Diana de Poitiers. En la coronación de aquella, su traje y los de las damas de su corte estaban cuajados de perlas, y sus cabellos caían en ondulantes rizos rociados de ellas con gran profusión. Las perlas continuaron mereciendo la preferencia hasta el reinado de Luis XIV, en cuya época cedieron la supremacía á los diamantes.

PARTE CUARTA.

CUALIDADES, PROPIEDADES Y VIRTUDES DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS.

CAPITULO I.

Propiedades maravillosas que se les atribuyen.

El hombre siente una pasión innata por lo maravilloso. Su imaginación le induce á revestir de propiedades sobrenaturales todo lo que es raro y precioso, y especialmente cuando no alcanza á comprender la causa de estas cualidades. La época que podríamos llamar del renacimiento del diamante, la del descubrimiento de la América é Indias Occidentales, fué también la en que se arrancaron á la naturaleza muchos de sus preciados secretos. Estos últimos pasos de la ciencia, sin embargo, lejos de destruir las hipótesis imaginarias, no sirvieron sino de base para lanzarse á la incierta luz de otras nuevas, á nuevas regiones desconocidas. Los tesoros que venían de las Indias multiplicaban su valor y su atractivo ante la consideración de las cualidades sobrenaturales que se les atribuían.

Esta alucinación no estaba, sin embargo, del todo destituida de fundamento: la propiedad extraordinaria é incomprendible en sus causas descubierta en la piedra iman, sugirió la idea de que otros minerales á su vez podrían poseer virtudes secretas y no ménos admirables.

La ciencia médica habia empezado á usar los medicamentos del reino mineral, é ideas preconcebidas, argumentos especiosos derivados de una observación muy somera, y aquella instintiva inclinación á las ficciones poéticas con que los antiguos pretendían explicar los fenómenos de la naturaleza, concurren en conjunto á revestir á las piedras preciosas de portentosas propiedades naturales y sobrenaturales, físicas y metafísicas.

La primera en belleza, brillo, pureza y resistencia, el diamante, fué naturalmente considerado de virtudes mágicas más potentes, y el soberano en los efectos físicos entre todas las piedras preciosas.

Si, como suponemos, tal vez erróneamente, los antiguos ignoraban el arte de pulir el diamante, no es de extrañar que diesen la preferencia como objeto de adorno á las perlas y á las piedras de colores.

Pero aunque no pudiesen apreciar como nosotros la superioridad del brillo del diamante, le reconocían la eminente cualidad de su naturaleza inmutable, en la que no hacían mella ni el hierro ni el fuego.

Es notable y curiosa la gravedad con que algunos escritores antiguos discutían sobre las maravillosas propiedades atribuidas á las piedras, explicándolas por las benéficas ó malignas influencias de los espíritus buenos ó malos, dipulados los primeros, y permitidos los segundos por Dios como instrumentos de su providencia, rechazando en su filosofía ciertas tradiciones y creencias populares, para admitir otras no ménos arbitrarias y absurdas. Entre los que han discurrido con más profandidad sobre esta materia, dando de lleno de vez en cuando en algunas verdades, y consignando los progresos de la

(1) The History of Banking. By W. J. Lawson, pp. 21-25.

(1) Humboldt.—Personal Narrative, vol. II, páginas 279 y 280.

química y la mineralogía de su época, se cuenta á Anselmo Boetius de Boot, médico del emperador Rodolfo II y Maximiliano II, que escribió en el año de 1664.

Desgraciadamente para la generalidad de los curiosos lectores, las aserciones y comentarios de aquel sábio se hallan envueltas en un farrago de razones tan intrincadas, que se requiere un trabajo ímprobo y una paciencia á toda prueba para desentrañar su sentido. Nos vamos á permitir la libertad de discernir algunas de sus curiosidades, para aquellos de nuestros lectores que no quieran tomarse el trabajo de recurrir al original.

El autor no niega los efectos sobrenaturales atribuidos á las piedras preciosas, pero sí que sean inherentes á su naturaleza, y solo admite que le son concedidas por influjo de poderes superiores.

«La causa activa y sobrenatural es Dios, el ángel bueno y el malo; el bueno por la voluntad de Dios, y el malo por su permisión.»

Y en otra parte añade: «Pero lo que Dios puede obrar por sí mismo, lo puede obrar también por medio de sus ministros y ángeles buenos, los cuales, por una gracia especial de Dios y para la conservación de todas las cosas, pueden penetrar en las piedras preciosas; y aun bajo esta forma les está concedida la facultad de preservar al hombre de los peligros y de dispensarle ciertas gracias particulares. Más así como no podemos asegurar con certeza la presencia de los ángeles en las piedras preciosas, así tampoco debemos entregarnos con demasiada confianza á la creencia y sus virtudes. Por mi parte me inclino más bien á la opinión de que el espíritu malo, tomando la semejanza de un ángel de luz, fija su morada en las piedras preciosas, y obra, por su mediación, ciertos prodigios, á fin de que depositemos nuestra fe en ellas y las consultemos, en vez de recurrir al Sér Supremo en nuestras necesidades. Así tal vez el espíritu del mal nos engaña en la turquesa.» B. i., c. xxv, p. 3.

Por el extracto que precede, vemos que el autor no dudaba de la existencia de los espíritus en las piedras, sino si los tales espíritus eran los buenos ó los malos.

Más adelante nos dice, «que es muy probable que las piedras preciosas, por su pureza, brillo y hermosura, fuesen escogidas para residencia de los espíritus buenos, así como los lugares inmundos, hediondos y terribles son comunmente la morada de los espíritus infernales.»

El diamante, por su extremado brillo y pureza, fué consagrado á todos los objetos celestiales, y por tanto se le atribuyó el poder de triunfar de todos los medios que pudieran emplearse para dominarle, excepto los rayos del sol. Considerábasele como un talisman poderoso y dispensador de grandes beneficios bajo el planeta Marte.

Por espacio de muchos siglos se le tuvo por un poderoso antidoto contra los venenos, epidemias, hechizos, encantamientos, locura, manías, malos espíritus y pesadillas. Sadaba en presencia de los venenos, y era un protector de la virtud. No hay para qué decir que el diamante, no solo ha quedado despojado de todas estas propiedades, sino que en cuanto á la última, ha cambiado de manera, que hoy en día se le reconoce más bien el poder de corromper la virtud que de preservarla.

Tanto cuanto tenía de benéfico el diamante usado exteriormente, eran funestos sus efectos si se le empleaba en usos internos, pues tomado en polvo se le consideraba venenoso hasta el punto de no existir remedio humano para salvar á la víctima. Los discípulos de Teofrasto Paracelso, el químico, aseguraban que tal había sido la causa de la muerte de su maestro, sin duda para ocultar la defecion que éste sufrió muriendo en la flor de su vida, despues de haber pronosticado que á favor de su elixir se prolongaría más allá de los términos regulares.

El diamante concedía el triunfo, la fortaleza y la energía de entendimiento; calmaba la ira, estrechaba los lazos del matrimonio, y de aquí que se le llamara la piedra de la reconciliación, de cuyas virtudes debemos reconocer que no ha desmerecido en nuestros días, atendidos los maravillosos efectos que produce en el ánimo de nuestras bellas contemporáneas.

Pero si esta bella joya fué y es todavía un talisman para apaciguar las discordias matrimoniales, una autoridad respetable nos dice que tambien podía producir las por sus indiscretas revelaciones. La mejor piedra de toque de la fidelidad conyugal, era un diamante colocado sin su conocimiento debajo de la almohada de la esposa, quien en sueños proclamaba los secretos de su corazón.

«And mutters she in her unrest

A name she dare not breathe by day.»

El sábio De Boot, aludiendo á esta virtud del diamante, discurre extensamente sobre si el poder de discernir la afecion legítima ó ilegítima es una cualidad natural de la piedra, ó si pertenece á algun espíritu residente en ella.

Más los argumentos extraordinarios de que se sirve en esta disertación, van envueltos en frases tan impropias del gusto moderno, que no nos sentimos con valor para trasladarlos á nuestros lectores.

Aunque se tenía al diamante por inflexible al fuego, se suponía que sus propiedades y su brillo sufrían algun detrimento por el calor, y así Wolfgangus Gabelschover aconseja á los que usan estas joyas, que se las quiten por la noche y las pongan en una copa con agua fria, ó sobre mármol ó alguna otra materia fresca.

De Boot, bajo la autoridad de un amigo suyo,

médico tambien, apunta algunas aserciones maravillosas acerca del diamante: dice que poseía un secreto para colocar un diamante con suma facilidad en la punta de una aguja, y otro para dividir los diamantes con las uñas, sin ayuda de ningun otro instrumento, en hojas óscamas como si fueran piedra de espejuelo.

Entre los antiguos, el diamante era el símbolo de la justicia severa é inexorable, y de la impasibilidad del hado.

Más modernamente ha simbolizado la inocencia, la constancia, la fe, la fuerza, etc., etc. Muchos príncipes, y entre ellos Cosme de Médicis, le usaron bajo este símbolo.

Una leyenda judía refiere de una piedra, que se supone ser el diamante, del efod de Aaron, que se ponía oscura y triste cuando se acusaba á alguno de algun crimen de que realmente fuese culpable, y que brillaba con mayor intensidad cuando el acusado era inocente. Si los pecados de los hebreos merecían la pena de muerte, la piedra tomaba el color de la sangre.

Todas estas admirables virtudes del diamante quedan eclipsadas ante la más maravillosa aun, que se le atribuí, de multiplicar su especie.

Boetius de Boot, tomándolo de otro sábio, refiere que una señora de buena familia poseía dos diamantes hereditarios que procrearon dejando una posteridad. Los comentarios que hace el narrador de esta facultad generativa del diamante no son méos curiosos y originales que la asercion misma, si bien nos deja con la curiosidad de conocer el tamaño de aquella descendencia, y sobre si siguieron el consiguiente desarrollo de la infancia á la edad madura.

Segun Plinio, existía una repulsion natural entre el diamante y el iman. «Existe tal desacuerdo, dice, entre un diamante y un iman, que no sufre que el hierro sea atraído; y si se pone el iman sobre éste y le suspende, luego el diamante se lo quita.» No es necesario explicar esto, para demostrar que no existe semejanza repulsion.

CAPITULO II.

De las virtudes físicas y espirituales de las piedras preciosas.

Aunque se reconocian algunas propiedades generales á todas las piedras preciosas, cada una de ellas tenía su virtud especial.

Cuanto más preciosa era la piedra, tanto más poderosas eran sus virtudes. La antigua farmacopea contaba entre sus más soberanos remedios, uno costosísimo, compuesto de «cinco preciosos fragmentos» de rubies, topacios, esmeraldas, záfiro y jacintos pulverizados, por lo que es muy probable que en el mayor número de casos se administraría á los enfermos el breyaje compuesto de piedras falsas, y que los médicos ó boticarios se guardarían las verdaderas joyas salvándolas de una destruccion totalmente inútil. En la antigüedad y en la Edad Media creían de tan buena fe en la influencia de las piedras y las plantas, como en la de los cuerpos celestes, y se vé que asociaban estas influencias para multiplicar sus virtudes. No hay duda que la fe en la eficacia de las piedras se alimentaba por frecuentes experimentos favorables observados en el uso de ellas; pero no tiene duda tampoco que en estos casos la influencia de la imaginacion suplía una gran parte de la realidad de los fenómenos.

Una fe decidida, la esperanza, la promesa de una curacion cierta, especialmente cuando el enfermo era de un temperamento nervioso é impresionable, ó cuando solo lo era de aprension, eran otros tantos poderosos auxiliares de la ciencia médica. La esperanza por sí sola es el gran médico de la naturaleza, y la imaginacion obra á veces la realidad.

Segun tradicion oriental, Abraham llevaba al cuello una piedra preciosa que le preservaba de las enfermedades, y que las curaba con solo que se la mirase. Cuando el patriarca murió, Dios colocó aquella piedra en el sol, y de allí viene el proverbio hebreo: «cuando el sol sale se extingue el mal.»

Se creía que todas las piedras mostraban cierta repulsion hacia los venenos.

Holinshed nos dice que el rey Juan observando ciertas manchas en algunas piedras preciosas que llevaba, las tomó por un aviso de que estaban envenenadas unas peras que se disponía á comer.

El día despues de la reconciliación entre Luis XI y su hermano el duque de Guienne, el rey envió á éste en prenda de verdadera amistad, una hermosa copa de oro enriquecida con piedras preciosas, que tenían la virtud de preservar de envenenamientos al que la usase.

Cuando el conde de San Pol, fué conducido al patíbulo, se quitó un anillo de diamantes, y pidiendo al capellan que le auxiliaba le colocase en uno de los dedos de la imagen de Nuestra Señora, añadió: «Padre, hé aquí una joya que he llevado siempre al cuello y que he tenido en gran estima, porque está dotada de la virtud maravillosa de preservar á su dueño de las epidemias y otras infecciones. Os suplico la entreguéis á mi nieto Luis, diciéndole que desee la conserve siempre en memoria mia.»

Juan Sin-miedo, duque de Borgoña, en justificación del vil asesinato de su primo el duque de Orleans, entre las acusaciones que produjo contra la víctima, alegó que habia andado en pactos con el demonio para acabar con él, describiéndose en el proceso con toda minuciosidad el procedimiento mágico por el cual fueron hechizadas una espada, una daga y un anillo que habian de servir para el duque de Orleans. Por medio del anillo, que habia sido hechizado en nombre de Véus, el duque podía fascinar y someter á su voluntad á cualquier mujer.

El rubí oriental ó carbunclo de los antiguos, usado como adorno, ó interiormente en polvo, era un antidoto contra el veneno y preservaba de las pestes, desvanecía la tristeza, reprimía los instintos sensuales, precavia los malos pensamientos, desterraba la pesadilla, amenizaba la imaginacion, y preservaba de las enfermedades.

Si la desgracia amenazaba á su dueño, el rubí lo avisaba oscureciéndose, y cuando el mal ó el peligro se alejaban recobrava su color primitivo.

Si bien el rubí prestaba este buen servicio á su dueño, no dejaba de ofrecer sus inconvenientes, pues producía el desvelo y agitaba y perturbaba la circulacion de la sangre, excitando la ira.

El rubí, ó el carbunclo, como le llamaban, adquirió gran reputacion en el concepto de brillar en la oscuridad. Garcias ab Horta, médico del virey de las Indias, dice que oyó asegurar á varias personas que habian experimentado esta propiedad del rubí, pero añade que él no creía en ella.

Luis Verolam cuenta que el rey de Pegu lleva carbunclos de tal tamaño y brillo que se le vé en la oscuridad resplandeciente como si le iluminasen los rayos del sol, pero añade tambien que él no ha sido testigo de esta maravilla.

Este brillo del rubí en la oscuridad está hasta cierto punto confirmado por escritores modernos. Un viajero reciente refiere que un día de corte en Siam, donde estas reuniones se verifican con escasa y opaca luz, los diamantes y carbunclos que el rey llevaba brillaban y alumbraban como otras tantas luces en miniatura.

(Continuará.)

Á LA CIUDAD DE CÁRDENAS.

Insigne pueblo de la perla hermosa Que Alante arrulla con sonoro beso; Vergel preciado ó creció dichosa La flor de mi pético embeleso; Hoy te saludó el arpa cariñosa Que en tí disfrutó mágico exceso: Y en su arranque de mística armonía El canto que te debe, á tí lo envía.

A tí, pueblo dichoso de Occidente, Que, aunque apenas nacido, eres gigante; A tí, bello recinto sonriente Que recuerda mi alma á cada instante, ¿Qué no te debe el trovador ausente Des que en tí se aúdió, paloma errante, Y á despecho de airados aquilones Le inspiraste á su amor dulces canciones?

Yo te ví pequeñuelo acariciado, Trazar tu senda con potente brío; Y de puro entusiasmo arrebatado Te consagré feliz el estro mio. Yo te ví recorrer con vuelo osado Tus fases de creciente poderío: Y alegre, al contemplarle tan dichoso, Mi amor se enardeció por tí, coloso.

Hoy te admiro tocando el apogeo De la ventura que soñaste un día, Cuando débil raquítico pigmeo, Husion para el mundo parecías. Hoy en tu escudo cariñoso leo El justo lema de tu gran valía, Pues timbre de ciudad has alcanzado, Por tus hechos preclaros conquistado.

Evancéete, sí, pueblo querido; Evancéete en ser ciudad cubana, Que no la intriga ni el favor vendido Lisonjearon tu influencia vana. Títulos sobran al blason subido Que á Matanzas te iguala por hermana. Títulos que aquilatan tu grandeza Y que no harán decaiga su altiveza.

¿No diste un día al patriotismo ejemplo Cuando ciego adalid, mal de su grado, Alzar te hiciera soberano ejemplo, Que su fe y lealtad han consagrado? ¿No en tu recinto mágico contemplo Monumento de amor glorificado, Y que tú levantaste sin segundo Al génio que al hallarte se halló un mundo?

Sí, pueblo amado de la joya hispana; Yo no te olvidé ni olvidar podria Cuando tu historia mágica engalana Y acaricia mi ardiente fantasía. Nada hay en tí que mi memoria ufana No mueva á su querer el alma mia: Por eso entusiasmado al ver tu escudo, Cardenense Ciudad ¡yo te saludó!

ANTONIO NOGUERAS.

LA MIRLA BLANCA.

Suspiro noche y día, Suspiro sin cesar, Muriéndome de amores, Muriéndome de afán. De mi ventana enfrente Otra ventana está, Donde continuo veo La tímida beldad, Objeto de mis ansias Y causa de mi mal. ¡Oh quién feliz pudiera Alzando el vuelo allá, Con amorosa mano Su cuello acariciar! La dulce prisionera Con voz angelical

En infantil deleite Siempre cantando está. ¡Qué trinos, qué gorjeos! ¡Qué blando modular! La regombrada Alboni, La Grissi, la Sontag, Junto á mi prima donna, Pudieranse eclipsar.

Apenas de la aurora La rubicunda faz Asoma en el Oriente Tras nubes de coral, Mi tierna vecinita, En su pasion tenaz, Mirando la luz bella, Su voz al viento da Y con su alegre canto Llama á la vecinidad.

Y cuando el sol hermoso Baja al ocaso ya Para sumir su disco En el lejano mar, Mi infatigable amiga, Cantando más y más, Saluda, y se despide Del día que se va.

¿Y quieres saber, Cintia, Quién es esa beldad, La cándida sirena, La maga que falaz Embarga mis sentidos Que tras ella se van, Que cuando canta encanta Y á mí me hace penar?

Es... una mirla blanca Que tiene D. Pascual En la ventana dicha, Debajo del alar... Preciosa cantorella, ¿Qué no puedas trinar, Como antes, en las selvas Donde tu amor está, Ni conocer el precio De la alma libertad!

Más eres mi delicia, No tornes allá más! Yo aquí seré tu amante, Tu amigo el más leal. No cambio, no, por nada El placer que me das: Canta, canta, vecina, No dejes de cantar.

Si es cierto que tu dueño Deja la vecinidad, Como lo dijo anoche En casa de Pilar, Huye, huye, bien mio, De tus prisiones sal, Y vuela á mi ventana Sin tardanza; verás Cuál te acaricio y mimo Con mijas de pan, Semillas de mis flores, Y frutas, y... andarás Tan libre por la casa Cual solías andar Por las floridas vegas Piciendo el arrayan.

No soy adusto y fiero Como ese tu Pascual, Que así en estrecha jaula Te encierra sin piedad. Ven, ven á mi ventana, Ven conmigo á silbar; Yo sé muchas canciones, Que repetir podrás, Poniendo entre mis lábios Tu pico de coral.

JOSÉ CAICEDO ROJAS.

Á ROSARIO G...

SONETO.

Cual boton de coral entre esmeraldas Se alza la rosa en trono de verdura, Siendo engarce gentil de su hermosura Tocados, ramilletes y girnaldas. Cual plateado pez que sus espaldas De las algas reclina en la espesura, Reclina el río su corriente pura Del alto monte en las pobladas faldas. La rosa, á más de bella es aromosa; El arroyo del río tributario, Es siempre bienhechor; siempre ella hermosa, ¿Cómo en tí no fijar mi culto vario Si aislados valen tanto río y rosa Y rosa y río se unen en Rosario?

LUIS ALFONSO.

1865.

Á LUZ.

Aunque en belleza y galanura rico Triste el Eden yacía en las tinieblas, Más rompiendo gentil entre las nieblas, Apareció la luz.

Aunque en alientos juveniles rica Mi vida ennegrecían los dolores; Alumbrando el Eden de mis amores Apareció tú.

LUIS ALFONSO.

1867.

Madrid: 1871.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo de José Cayetano Conde. Floridablanca, 3.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las neurosis de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el periodo dinámico de las calenturas tifoideas, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C<sup>o</sup>; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

## Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifoidea y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

**INOFENSIVOS** de esquisito perfume fortifican y decoloran instantáneamente el cabello y a su color primitivo, por una simple aplicación, grasas ni laeor, sin trancar la cara, y sin causar medades de ojos ni Jaquecas.

**TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN**  
QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1<sup>a</sup> CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS  
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, Paris. — LA HABANA, SARRA y C<sup>o</sup>.

## IRRIGADOR

Invencon del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam- pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear.

Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numeros- as imitaciones esparecidas en el co- mercial.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

## BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencon, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

### NO MAS CANAS

MELANOGENA  
TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE alné DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.

Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39.  
Deposito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo.  
Casa en Paris, rue St-Honoré, 267.

## VERDADERO LE ROY EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

### CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracon de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco días seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTIN

PURGATIF LE ROY SELON L'ORDONNANCE DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Especial: Los Individuos que padecan de las afecciones siguientes, anestesias, etc.

Signoret  
DOCTEUR-MÉDECIN ET PHARMACIEN

## ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sílliticas.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de la falsificación, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

## PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867  
la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada  
A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT  
la sola aconsejada por el D<sup>r</sup> CORVISART médico del Emperador Napoleon III  
y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Fracos de una onza), en las

Gastritis	Gastralgias	Agruras	Nauseas	Eructos
Opresion	Pituitas	Gases	Jaqueca	Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas  
PARIS, EN CASA de HOTTOT, Succ<sup>r</sup>, 24 RUE DES LOMBARDS.  
DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

## NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquer- ra, Valparaiso (Chile.)

## JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1<sup>a</sup> clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de voz, etc.

## GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos á dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo á las juvenes, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C<sup>o</sup>, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Leriverend; Reyes; Fernandez y C<sup>o</sup>; Sara y C<sup>o</sup>; — en Méjico, E. van Wingen y C<sup>o</sup>; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C<sup>o</sup>; Braun y C<sup>o</sup>; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garaicochea; Lascases; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C<sup>o</sup>; — en Guayaquil, Gault; Calvo y C<sup>o</sup>; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante. —Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoja, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad. —Los médicos que emplean este medio no encuentran en enfermos que se nieguen á purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

FASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indubitable eficacia contra los Resacaos, Gripe, Trinitaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece á las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifoidea.

Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París. — Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquier comision que se le confie. —Habana, Mercaderes, núm. 16.— E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes, . . . . . 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente, . . . . . 30 » Por comisionado . . . . . 32 » Ultramar y extranjero. 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

OBRA DE TEXTO POR SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Novena edicion, aplicada á las contabilidades mercantiles, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 12 reales. PRACTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redaccion en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería Moya y Plaza, y principales de Madrid y provincias. El autor, que vive en Venetia, 5, principal, los envia por el correo á 15, rs., y 10 rs. en sellos ó libranzas.

TENEDURIA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante. Barcelona, Niubó, Espaderia, 44.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Baillière.—Habana, Chao, Habana, 100.



CORS CALLOS

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desembara uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — 3,000 curas auténticas. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto.) Depósito general en PARIS, 25, rue Geoffroy-Lasnier, y en Madrid, BORREL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París. Exijase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fabrica de la Farmacia Suoan, 42, rue Castiglione, Paris

FABULAS POLITICAS.

(Cuaderno detenido y recogido en Mayo de 1868.) Se vende en la librería de Cuesta, calle de Carretas, 9.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana tambien los días 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

Table with columns for destination (Puerto-Rico, Habana, Habana & Cádiz) and fare classes (Primera, Segunda, Tercera) with corresponding prices in Pesos.

Camarotes reservados de primera cámara de sole dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. Id. Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje. Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinacion con los correos trasatlánticos. Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

Large table with columns for destinations (Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz) and fare classes (1.º, 2.º, Cubta) with prices in Pesos.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, and EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.

La correspondencia se dirigirá á D. Victor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68 París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.